

“Poder y placer: ¿cuál es el impacto que la interseccionalidad entre género y clase social tiene sobre las prácticas sexuales?

Un estudio comparativo en torno a la infidelidad, sexo casual, uso de lencería, ataduras e inmovilizaciones, piropos, sexo oral, orgías y encuentros con prostitutas en hombres y mujeres en los sectores populares y medio-altos en Bogotá, Colombia.”

Trabajo de Grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Sociología
Directora de Tesis: María José Álvarez Rivadulla
Jurados: Diana Bocarejo
Franklin Gil Hernández

Presentado por
Andrea Del Pilar Vargas Londoño

Semestre I, 2011

TABLA DE CONTENIDOS

CAPITULO I

Introducción

1. Antecedentes teóricos y metodológicos en relación al poder y las prácticas sexuales.
2. Metodología.
 - 2.1 Caracterización de la muestra.
 - 2.1.1 ¿Qué se entiende por clase social?
 - 2.1.2 ¿a qué clase de hombres y mujeres nos referimos?
 - 2.1.3 Caracterización de la edad.
 - 2.2 Procedimiento de muestreo y herramientas metodológicas
 - 2.2.2 Análisis de información y construcción de capítulos.

CAPITULO II

La hipersexualización de la masculinidad hegemónica y otras identidades sexuales. Perspectivas comparadas de los hábitos y prácticas sexuales de hombres de clase baja y alta en Bogotá.

1. La intersección entre clase social y las masculinidades.
2. Las construcciones del cuerpo masculino y las prácticas sexuales.
 - 2.1 Las construcciones identitarias de la masculinidad en los sectores populares y las clases dominantes en Bogotá y su impacto en la configuración del repertorio de acción sexual: hablando sobre la infidelidad, la prostitución, las orgías y el piropo.
 - 2.2 La socialización primaria masculina: la construcción de los colectivos de exploración en la niñez y la apropiación del placer sexual.
3. Asimetrías entre las prácticas sexuales que el hombre da y recibe en relación a su pareja. Perspectivas comparadas entre hombres de clase baja y clase alta frente al sexo anal, inmovilizaciones y uso de disfraces o lencería como parte del encuentro sexual.

CAPITULO III

Restringiendo la sexualidad femenina; perspectivas comparadas acerca de las prácticas sexuales entre mujeres de clase alta y baja en Bogotá

1. Cuerpo, deseo y femineidad.
 - 1.2 El cuerpo y clase social en los estudios sobre femineidades.
2. La restricción sexual femenina; perspectivas comparadas de las opiniones que las mujeres tienen en relación al sexo casual, la infidelidad y la prostitución.
3. La amputación simbólica del clítoris: silencio y culpabilidad. Las actitudes femeninas en relación a la masturbación y al uso de juguetes sexuales.
 - 3.1 La represión institucional en la socialización primaria femenina frente a la sexualidad. La sobreprotección familiar, la virginidad como un baluarte y la asimetría en la educación masculina y femenina.
4. Las prácticas sexuales femeninas: el placer para los otros. Opiniones de mujeres en relación al sexo anal y el uso de disfraces y/o lencería.

CAPITULO IV

Conclusiones

1. Aciertos y desaciertos del modelo aditivo de poder en relación a las prácticas sexuales.
2. Las consecuencias perversas del sistema bidimensional de género.
 - 2.1 El acceso a prácticas sexuales por encima de los propios deseos.
 - 2.2 La alienación del placer sexual femenino.
 - 2.3 Masculino/activo y femenino/pasivo: Los imaginarios en relación a la violencia sexual.
3. La asimetría entre dar y recibir.
4. Cambios y transformaciones sociales de las identidades de género masculinas y femeninas.

REFERENCIAS

ANEXOS

Poder y placer: ¿cuál es el impacto que la interseccionalidad entre género y clase social tiene sobre las prácticas sexuales?

Un estudio comparativo en torno a la infidelidad, sexo casual, uso de lencería, ataduras e inmovilizaciones, piropos, sexo oral, orgías y encuentros con prostitutas en hombres y mujeres en los sectores populares y medio-altos en Bogotá, Colombia.

CAPITULO I

Introducción

En 1987 la autora feminista Katherine Mackinnon en su artículo *Sexuality* escribió con indignación ‘*parece que la sexualidad la trajera la cigüeña!*’ ante la aparente neutralidad que comúnmente se le atribuye a las prácticas sexuales. Así, la sexualidad por lo general es percibida como una experiencia demasiado íntima, demasiado personal y por tanto inaccesible a las investigaciones en ciencias sociales. A diario, en las autobiografías de hombres y mujeres prevalece la idea de que el sexo es una respuesta automática ante los instintos básicos del cuerpo, como si las prácticas sexuales estuviesen fijadas ‘naturalmente’ y permanecieran inamovibles e invariables frente a las transformaciones socio-culturales.

Sin embargo, a lo largo de este siglo, se ha ido aceptando que la sexualidad no es ‘natural’, sino que ha sido y es construida. De Freud a Foucault, del posestructuralismo a la teoría feminista, han ido en aumento los argumentos antiesencialistas, los cuales han consolidado un bagaje crítico que ponen en evidencia las formas insidiosas y sutiles con que la cultura inviste de significado a las prácticas sexuales (Lamas, 1995). Dicho de otro modo, la sexualidad está hecha de relaciones de poder y por ello es una experiencia política en donde las desigualdades sociales –expresadas en la clase social, el género y la raza- transgreden la realidad material y se imprimen sobre el cuerpo. El hecho que, por ejemplo, la masturbación, la infidelidad o el sexo casual sean prácticas aceptadas para unos y fuertemente reprochadas para otros confirma esta realidad; lo permitido y lo no permitido se convierte en el eje ideológico sobre el cual se experimenta el poder en la sexualidad (Mackinnon, 1987)

Así, los marcos explicativos que proporciona la literatura de clase social y género, por ejemplo, son profundamente valiosos para comprender las prácticas sexuales en tanto que dichas variables dan razón acerca de cómo se encuentra organizado y distribuido el poder en la sociedad (Urrea, Quintín, 2001). Sin embargo la clase social y el género no son categorías de análisis que actúan de forma independiente, por el contrario, se interrelacionan creando un sistema de opresión que produce nuevas formas de discriminación social, las cuales son experimentadas de formas distintas según el contexto social (Knudsen, 2007). Por lo tanto la presente reflexión gira en torno a cómo las prácticas sexuales varían en relación a la interseccionalidad entre género y clase social, dicho de otro modo, si la sexualidad es experimentada de formas distintas por hombres y mujeres según su contexto socioeconómico y cultural, entonces ¿en qué consisten dichas diferencias? ¿Bajo qué criterios los sujetos, en interacción con sus contextos, se apropian de ciertas prácticas sexuales al mismo tiempo que rechazan otras?

Tanto el género como la clase social son categorías que proveen una visión amplia sobre cuáles son las expectativas y las responsabilidades de hombres y mujeres en un determinado tiempo y espacio (Alegría-Ortega, Rivera-Medina, 2005). Colombia y en general Latinoamérica históricamente se ha caracterizado por ser indiscutiblemente la región más desigual del mundo, sin embargo, dicha asimetría en la distribución no es un problema nuevo, sino que ha acompañado los procesos históricos de los países latinoamericanos desde la época colonial (Hoffman, Centeno, 2003). Sin embargo, vale agregar que las políticas neoliberales incorporadas en Colombia a partir de los años 90s han contribuido a agudizar el problema (Salguero, 2002). Por otra parte, el conflicto armado en las zonas rurales y la pauperización del agro en Colombia han dinamizado desde los años 50s el crecimiento rápido y desordenado de las principales urbes colombianas, lo cual se ha visto expresado en la informalidad, el subempleo y la exclusión social que caracteriza a dichas ciudades.

Así, el panorama latinoamericano se caracteriza porque las condiciones de miseria de un significativo sector de la población no emanan necesariamente de la pobreza sino que son consecuencia directa de la radical asimetría en la distribución de los recursos (Hoffman, Centeno, 2003). Dicho de otro modo, el acceso a servicios públicos y sociales tales como agua, alcantarillado, salud o educación está restringido exclusivamente a quienes puedan pagarlos. De lo anterior no sorprende que para el año 2010 Colombia encabezara la lista de los países más desiguales de la región junto con Haití, Bolivia y Brasil (CEPAL, 2010).

En este contexto de inequidad social y económica la perspectiva de clase social es imprescindible para comprender la construcción de las identidades de género; la experiencia de ser hombre en los sectores socialmente excluidos no es la misma que en aquellos donde prevalece el bienestar económico y social. Igualmente ocurre con la experiencia de ser mujer en contextos sociales antagónicos. A su vez, vale agregar que Latinoamérica ha sido heredera del patriarcado, sistema cultural sobre el cual se sostienen las bases ideológicas que legitiman la dominación del hombre sobre la mujer. Dicha institución se ha consolidado a través de prácticas y discursos que se reproducen en los espacios de la vida cotidiana de los individuos, entre ellos la intimidad. De ahí que nuestra hipótesis conciba que la interseccionalidad de ambas categorías tenga un impacto en cómo los individuos experimentan su sexualidad.

En síntesis, nos preguntamos si prácticas como el sexo casual, la infidelidad, la prostitución, el piropeo, el sexo anal, el uso de lencería erótica, la masturbación, entre otras, varían según la clase social y el género en el contexto Colombiano. Y de ser así ¿Cómo los procesos de socialización de los individuos reafirma la aceptación o el rechazo de dichas prácticas?

1. Antecedentes teóricos y metodológicos en relación al poder y las prácticas sexuales.

La clase social, la raza y el género como categoría de análisis son esenciales en tanto que proveen una perspectiva sobre las bases estructurales de la dominación y la subordinación (Hill-Collins, 1989). Con base a esta premisa, a partir de los años 80's en Estados Unidos surgieron las primeras investigaciones que articularon el poder con las prácticas sexuales, utilizando como intermediario dichas categorías.

El primer acercamiento lo realizaron Raymond A. Eve y Donald Renslow en su estudio *an exploratory analysis of private sexual behavior among college students: some implications for a theory of class differences in sexual behavior*, en donde encuentran una tendencia por parte de los hombres a incorporar una mayor diversidad de prácticas sexuales en comparación con las mujeres, del mismo modo, agregan que entre más alto sea el estrato socioeconómico del individuo, mayor será su disposición a incorporar una amplia variedad de expresiones sexuales (Raymond, Renslow, 1978). Posteriormente James R. Browning, Debra Kessler, Elaine Hatfield y Patricia Choo en el año 1999 publican *Power, gender and sexual behaviour*, un estudio empírico en donde se sugiere que las mujeres restringen su conducta sexual más que los hombres, al mismo tiempo que ellos tienden a involucrarse más en prácticas sexuales consideradas 'inusuales'. Finalmente, Alicia Gonzales y Gary Rolison en su artículo *Social oppression and attitudes toward sexual practices* publicado en el año 2005, incorporan el elemento racial. Según este estudio los hombres blancos son sexualmente más aventureros que las mujeres blancas, los hombres negros y las mujeres negras. Al mismo tiempo, los hombres con mayor estatus social también reportaron ser más aventureros que los demás entrevistados. En el cuadro expuesto a continuación se sintetizan éstas hipótesis:

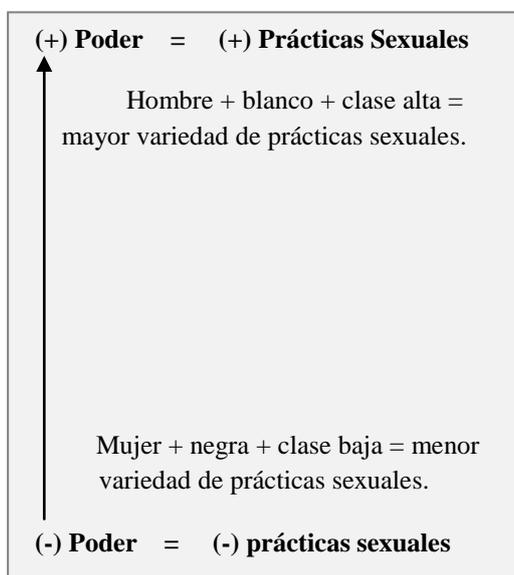
Raymond A. Eve y Donald Renslow, 1980, USA.	<p>Hipótesis 1: Hombres tienden y las personas de estrato socioeconómico más alto, tienden a incorporar una mayor gama de actividades sexuales en comparación con las mujeres.</p> <p>Hipótesis 2: Existe una correlación entre vincularse a prácticas sexuales inusuales o consideradas desviadas y pertenecer a clases socioeconómica alta</p>
James R. Browning, Debra Kessler, Elaine Hatfield, Patricia Choo, 1999, USA.	<p>Hipótesis 1: Los hombres tenderán a reportar más que se involucran en prácticas sexuales que son consideradas 'inusuales' en comparación con las mujeres.</p> <p>Hipótesis 2: Las mujeres tenderán a restringir su conducta sexual más que los hombres.</p>
Alicia Gonzales, Gary Rolison. 2005, USA.	<p>Hipótesis 1: Los hombres blancos reportaran ser sexualmente más aventureros y expresarán disfrutar más el sexo, que las mujeres negras, los hombres negros y las mujeres blancas.</p> <p>Hipótesis 2: Los encuestados de mayor status socioeconómico reportarán ser más aventureros en el sexo y a disfrutarlo más que los demás encuestados.</p>

Cuadro 1: síntesis hipótesis principales de estudios pioneros sobre clase, género, raza y prácticas sexuales.

Vale agregar que estos estudios cuentan con limitaciones teóricas y metodológicas. En primer lugar, la información es recolectada a través de encuestas; esta herramienta permite identificar las prácticas que los sujetos incorporan en su vida erótica, sin embargo, no da razón de *¿porqué las incorporan?* Y cuáles son los discursos a través de los cuales los actores sociales legitiman o rechazan determinadas prácticas sexuales. Así cualquier reflexión en torno al poder debe procurar incorporar los discursos de los sujetos ya que la forma en que ellos organizan su propia realidad proporciona las bases de su dominación, en palabras de Foucault: no podemos olvidarnos de los discursos pues el poder también se ejerce a través de ellos (Foucault, 1979).

En segundo lugar, el marco teórico de estos estudios también es problemático; para los autores los términos clase social, género y raza son sinónimos en tanto que reflejan antagonismos sociales de 'tener' o 'no tener' poder, sin embargo, no contemplan las especificidades de cada sistema de desigualdad. Si bien es cierto que comparten elementos en común, también se diferencian, sobre todo en los mecanismos en que dichos sistemas de dominación se expresan. Por esta razón, cualquier análisis en relación a las prácticas sexuales debería incorporar las particularidades de cada sistema de dominación, por ejemplo, enfatizar en *¿qué significa ser hombre?* *¿Qué significa ser mujer?* en un determinado tiempo y espacio o *¿Cuáles son las expectativas que la sociedad pone sobre cada uno de ellos?* y *¿cómo se expresan en las distintas formas de socialización?*

Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, estos tres estudios corresponden a los primeros acercamientos empíricos que contemplan el impacto de las relaciones de poder sobre las prácticas sexuales, de ahí deviene su importancia. La razón por la que hemos agrupado estas investigaciones es porque las tres provienen de una misma línea de pensamiento según la cual, la relación entre poder y prácticas sexuales es directamente proporcional; esto es, a mayor poder, mayor será la variedad de prácticas sexuales que el individuo incorpora en su intimidad (ver cuadro 2). Este modelo analítico es lo que Patricia Hill Collins llama *Additive Analysis of Oppression*, el cual toma los antagonismos que proporciona la literatura de clase social (clase alta-clase baja), género (hombre-mujer), y raza (blanco anglosajón – negro) y los adhiere formando así un sistema de dominación más fuerte y contundente. Se podría asociar el modelo aditivo con una escala vertical y graduada en donde se sitúan los sujetos en relación con su poder. Los estudios anteriormente reseñados sugieren, por ejemplo, que la mujer negra de clase baja es más oprimida que las demás mujeres y, en esta condición de inferioridad, sus prácticas sexuales son más restringidas. A continuación en el cuadro 2 se esquematiza esta relación:



Cuadro 2: El modelo aditivo de opresión en relación con la escala de poder.

Además del *modelo aditivo* existe otra aproximación teórico-metodológica la cual enfatiza en las particularidades identitarias de género, clase social o raza en relación a las prácticas sexuales, las cuales llamaremos *Modelo interpretativo*. Aquí cabe resaltar los estudios de Mara Viveros, Norma Fuller, Fernando Urrea, Ondyna Fachel, Xavier Andrade, Michel Kauffman, entre otros, los cuales proporcionan una reflexión en torno a la construcción de las identidades masculinas en los sectores socialmente deprimidos en relación a sus prácticas sexuales. Estos estudios, a diferencia de los mencionados en el *modelo aditivo de opresión*, son abordados a través de entrevistas abiertas en donde los individuos reconstruyen y organizan su propia biografía (Fuller, Viveros, 2001). Otra gran ventaja de esta aproximación es que cada práctica sexual se concibe en términos discretos, es decir, es analizada en sus particularidades; a diferencia del *modelo aditivo* que las toma como un cúmulo indiferenciado.

Por ejemplo la antropóloga peruana Norma Fuller explica el fenómeno de la infidelidad como una de las pocas vías abiertas a través de la cual los hombres de los sectores socialmente deprimidos adquieren prestigio social y reafirman su virilidad. Por otra parte, Xavier Andrade interpreta el piropeo como una práctica cultural característica de los contextos sociales marginales en donde

impera la heteronormatividad y se marginalizan otras formas alternas de orientación sexual, de ahí que sea necesario reafirmar constantemente el gusto hacia las mujeres a través de cumplidos públicos.

Sin embargo, los estudios interpretativos que reseñamos anteriormente también presentan limitaciones; al enfocarse solamente en hombres de los sectores populares, dificulta ver las prácticas sexuales en perspectiva, esto es, en términos relacionales con otros grupos sociales, tales como, mujeres y hombres provenientes de otras clases sociales. Por otra parte, a pesar del rico marco teórico de estudios de Femenidades proporcionado por autores como Marta Lamas, Catherine Mackinnon, Ana María Fernández, Ondyna Fachel, Sandra Lee Bartky, Luís Santos Velázquez, Gabriela Castellanos, Luis Vitale, Marina Castañeda, entre otros, las prácticas sexuales femeninas ha sido un tema poco estudiado empíricamente al igual que los estudios sobre las construcciones de género en las clases altas en donde solo cabe mencionar los aportes de Luiba Kogan en el contexto latinoamericano.

También vale agregar que lastimosamente en los estudios de sexualidad no se ha incorporado la *interseccionalidad* como herramienta que explique el poder en razón a la raza, el género o la clase. La teoría de interseccionalidad surge de la necesidad de repensar las relaciones de poder, las cuales históricamente han sido concebidas como acumulativas y distribuidas linealmente en función de la sumatoria dichas categorías de desigualdad. Por lo tanto marco teórico cuestiona el *modelo aditivo de opresión* en tanto que propone que al articular dos o más categorías de desigualdad, estas podrían comportarse de forma autónoma, excluirse mutuamente o acentuar alguna de ellas, dicho de otro modo, la clase social, el género o la raza no necesariamente se acumulan al ser intersecadas (Hill-Collins, 1989; Knudsen, 2007).

Además de la *interseccionalidad*, los estudios anteriores tampoco contemplan el *destinatario* de las prácticas sexuales incorporadas, lo cual es un criterio fundamental para comprender las relaciones de poder. Por ejemplo, puede que haya personas que incorporen un amplio repertorio de acción sexual, pero que dichas prácticas estén destinadas a satisfacer a alguien más, en este caso valdría preguntarse ¿la variedad de prácticas sexuales que incorpora refleja dicha persona refleja su poder? Este es el caso de las prostitutas quienes dan más para satisfacer a un tercero de lo que reciben para ser satisfechas sexualmente. Por lo tanto en reflexiones posteriores, incluidas esta, sería apropiado agregar un indicador que incorporara la brecha entre lo que los individuos hacen para satisfacer a alguien más y lo que ellos reciben para ser complacidos sexualmente.

En síntesis, los estudios anteriormente reseñados que incorporan elementos del *modelo aditivo* y del *modelo interpretativo* tienen aciertos y limitaciones, los cuales han contribuido a pensar la presente propuesta investigativa. Del mismo modo creemos que tanto la perspectiva de *interseccionalidad* como la de *destinatario* deben ser incorporadas en reflexiones posteriores, entre ellas esta, puesto que enriquece el debate en relación al poder y las prácticas sexuales. Por esta razón, uno de los retos de este estudio es tomar lo mejor de ambos modelos e incorporarlos dentro del marco de la interseccionalidad. Así, la presente investigación espera aportar al debate académico y de ahí deviene su importancia.

Sin embargo, vale agregar que la importancia de esta investigación no solamente se restringe a sus aportes en el campo académico: es importante dismantelar aquellas formas sutiles, casi imperceptibles y aparentemente inofensivas de dominación que se encuentran adheridas inconscientemente a los cuerpos y las cuales no cambiarán hasta que no sean visibilizadas y reconocidas por los mismos actores sociales que las reproducen. Así, esta investigación espera contribuir a dismantelar un sistema perverso de dominación el cual se expresa en la sexualidad a través de relaciones asimétricas de género y clase social. Esta investigación está dividida en dos

grandes capítulos; el primero de ellos explora las prácticas sexuales incorporadas por hombres de los sectores populares y dominantes. Y el segundo capítulo reconstruye la misma dinámica pero en relación a las mujeres de ambos sectores sociales. Al inicio de cada capítulo hemos escrito un pequeño resumen sobre los resultados obtenidos en la investigación.

2. Metodología:

La metodología de esta propuesta investigativa se diseñó en torno a dos objetivos: identificar cuál es el conjunto de prácticas sexuales que los individuos incorporan en su vida erótica y determinar cómo dichas prácticas varían en relación a la interseccionalidad entre clase social y género. De lo anterior se desprende el interés fundamental de entender qué significan estas prácticas para los sujetos que las incorporan. De ahí la importancia de integrar los aciertos de las investigaciones anteriores, y a su vez, incorporar nuevas perspectivas que no habían sido concebidas previamente en los estudios de sexualidad, entre ellas *la interseccionalidad* y *la asimetría entre dar y recibir*.

En este sentido, este apartado está dividido en tres partes: en primer lugar realizamos una caracterización de sujetos que vamos a investigar. Luego describiremos el procedimiento de muestreo y finalmente expondremos las herramientas metodológicas que empleamos para la recolección de información.

2.1 Caracterización de la muestra:

La naturaleza de esta temática y la dificultad que representó convocar personas que estuvieran dispuestas a compartir sus experiencias sexuales con un desconocido fueron factores que obligaron a flexibilizar los criterios de selección de nuestra muestra, dicho de otro modo, tuvimos que adaptarnos a las personas que tuvieron la disposición de participar en este estudio. De ahí que nuestra muestra fuera relativamente diversa en términos de edad, origen regional y raza, más sin embargo se trató de preservar el criterio de clase social.

Así nuestro estudio estuvo compuesto por 28 hombres y mujeres de clase alta y baja que entre los meses de mayo y julio del 2010 residían en la ciudad de Bogotá; hubo personas provenientes del valle del Cauca, la costa y los Andes, cuyas edades oscilaron entre 20 a 50 años de edad y de origen racial esencialmente mestizo, a excepción de tres mujeres negras provenientes de sectores socialmente excluidos.

A pesar de la variación que las categorías de raza, origen regional y edad podrían generar sobre nuestra muestra, como lo sugiere Mara Viveros, Virginia Gutierrez de Pineda y Ligia Echeverri respectivamente, vale agregar que el análisis de contenido evidencia que en nuestra muestra las personas comparten un conjunto general de representaciones sobre la sexualidad a pesar de dichas diferencias, las cuales se expresan a través de relaciones de género y clase social, variables sobre las cuales gira el análisis central de la presente investigación. En la tabla expuesta a continuación se expresa el número de personas que se entrevistaron en relación al género y la clase social.

	Hombre	Mujer
Clase Alta	5 personas	9 personas
Clase Baja	7 personas	7 personas

Cuadro 3: número de personas entrevistadas en relación a la clase social y el género.

2.1.1 ¿Qué se entiende por clase social?

El concepto de clase social tiene varias aproximaciones teóricas y una gran variedad de marcos interpretativos desde donde puede ser operacionalizada. En esta investigación hemos incorporado el marco teórico de Kelly Hoffman, el cual enfatiza en las actividades productivas como un criterio fundamental para definir la clase social en el contexto latinoamericano. Así, para Hoffman el contexto social latinoamericano se caracteriza porque gran parte de su población no ha sido incorporada a relaciones de trabajo plenamente mercantilizadas y reguladas legalmente, sino que sobrevive al margen de ellas, desarrollando una gran variedad de actividades económicas de subsistencia cuasi clandestinas e informales (Portes, Hoffman, 2003). Con base a este criterio Hoffman y Portes construyen 4 tipos ideales de clase social; la clase dominante, la pequeña burguesía, el proletariado formal y el proletariado informal, de las cuales tomaremos la clase dominante y el proletariado formal e informal ya que representan los dos espectros sociales que queremos contrastar.

La clase dominante corresponde a los grandes empresarios, los dueños de los medios de producción, empleadores grandes y medianos, altos ejecutivos y profesionales que logran ascender a posiciones privilegiadas (Portes, Hoffman, 2003). Sin embargo, a este grupo valdría agregar a los empresarios independientes o consultores que han desertado del sector ejecutivo, a los estudiantes y recién egresados que provienen de familias privilegiadas.

En cuanto al proletariado informal, este sector corresponde a aquella masa marginal de trabajadores excluidos del sector capitalista moderno que debe luchar por el sustento diario mediante el empleo no reglamentado o a través de actividades directas de subsistencia (Portes, Hoffman, 2003), a este sector pertenece, por ejemplo, los vendedores ambulantes y aquellas actividades fundamentadas en 'el rebusque'. Por otra parte, al proletariado formal pertenece aquel grupo de personas que cuentan con ciertas garantías laborales y está incorporado al sistema de salud y jubilación, más no deja de ser un grupo socialmente sometido en tanto que no genera un ingreso suficiente por su trabajo que le permita superar su condición de pobreza (Portes, Hoffman, 2003), este grupo está compuesto por obreros industriales, operarios, albañiles, técnicos asalariados, entre otros.

Además de la actividad productiva se utilizó la educación formal como un criterio determinante de clase social, el cual no solamente se encuentra reflejado en el nivel de estudios alcanzados sino también en el tipo de institución educativa en la cual se realizó los estudios básicos pues, como afirman Hoffman y Centeno, las familias privilegiadas pueden acceder a colegios privados, mientras que los hijos de la clase trabajadora asisten a colegios públicos de baja calidad, los cuales se encuentran pobremente organizados y reproducen las distinciones de clase social a través de las generaciones (Hoffman, Centeno, 2003). En cuanto a nivel de estudios alcanzados, las oportunidades educativas se extienden en las clases dominantes (Hoffman, Centeno, 2003), dicho de otro modo, los sectores privilegiados pueden acceder a estudios superiores mientras que en los sectores dominados escasamente logran terminar el bachillerato y realizar estudios técnicos.

Con base a lo anterior, para la presente investigación, la clase social se operacionalizó bajo los criterios de: nivel educativo, actividad productiva u oficio y se tomaron estos mismos criterios para el caso de los padres. Así, para el caso de nuestra muestra, se entiende como Clase Baja a aquellos individuos que ocupan los oficios representativos del proletariado formal o informal, quienes además sus estudios no superan el bachillerato o la formación técnica y que ambos de sus padres reproducen estas mismas características. En nuestra muestra este sector está representado por: carniceros, empleadas domésticas, auxiliares de cocina, ornamentadores, meseras, soldadores,

cerrajeros, entre otros, quienes además su educación formal y la de sus padres no supera el bachillerato. Vale agregar que hubo tres personas quienes provenían de contextos sociales humildes pero que aún así ocupaban cargos de oficina como secretarias o auxiliares contables, a estas personas las ubicamos como clase media-baja. Sin embargo en el procesamiento de las encuestas ellas serán adheridas a la clase baja para hacer la muestra más sustantiva.

En cuanto a la Clase Alta, esta se entiende como aquellos individuos quienes ocupan posiciones o actividades productivas representativas de la clase dominante descritos por Hoffman, cuyo nivel educativo está por encima de los estudios universitarios y que al menos alguno de sus padres reproduce estas mismas condiciones. En nuestra muestra este sector estuvo representado por: empresarios independientes quienes han desertado de los puestos ejecutivos, consultores, jóvenes profesionales y estudiantes universitarios provenientes de familias privilegiadas. Los cuadros expuestos a continuación sintetizan esta información.

Criterios de selección de la Clase Alta	Criterios de selección de la Clase Baja
<p>Relación laboral: ocupar alguno de los oficios representativos del proletariado formal o informal.</p>	<p>Relación laboral: ocupar alguno de los oficios representativos de la clase dominante.</p>
<p>Nivel educativo: no superior al bachillerato, sin embargo, en algunos casos los cursos técnicos serán también tenidos en cuenta.</p>	<p>Nivel educativo: por encima de los estudios universitarios.</p>
<p>Condición socio-económica de los padres: que ambos de los padres hayan ocupado alguno de los oficios representativos del proletariado formal o informal. Además cuyo nivel educativo no supere el bachillerato.</p>	<p>Condición socio-económica de los padres: que ambos de los padres, o alguno de ellos, haya ocupado oficios propios de la clase dominante. Además cuyo nivel educativo de ambos, o alguno de ellos, sea igual o superior al universitario.</p>

Cuadro 4: Criterios de selección de la muestra en relación a la clase social.

2.1.2 ¿a qué clase de hombres y mujeres nos referimos?

En relación la variable sexo se tomaron hombres y mujeres heterosexuales debido a que el interés principal de nuestra investigación en relación al género es comprender como la institución del patriarcado, la cual prevalece en el contexto latinoamericano, se expresa en las prácticas sexuales de los individuos, esto es, a través de la interacción de ambos en la intimidad. De lo anterior se desprende que no tendremos en cuenta la población homosexual ni tampoco cualquier forma de transgenerismo.

2.1.3 Caracterización de la edad.

Como lo mencionamos en la presentación de la metodología, no hubo un criterio específico sobre el cual se delimitó el intervalo de edad; de por sí representaba un reto encontrar hombres y mujeres de clase alta y baja que accedieran a formar parte de un estudio. Razón por la cual en relación al intervalo de edad se fue muy flexible. Sin embargo, gran parte de la población se concentró entre los 20 y 40 años. A continuación se expone el gráfico de distribución de las edades según clase social y género.

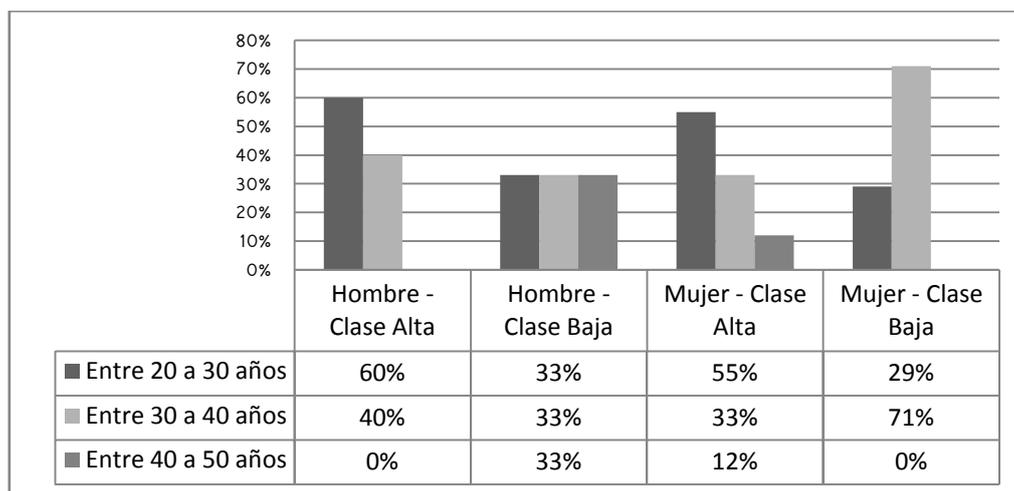


Gráfico 1: Porcentajes de edades según clase social y género.

2.2 Procedimiento de muestreo y herramientas metodológicas:

Tradicionalmente los estudios sobre sexualidad se han enfocado esencialmente en herramientas cualitativas o cuantitativas, lo cual se expresa en el uso de encuestas o entrevistas. Sin embargo las aproximaciones metodológicas que incorporen ambos enfoques no son muy comunes.

El uso exclusivo de encuestas o entrevistas tiene aciertos y limitaciones; por una parte las encuestas anónimas garantizan la veracidad de la información provista por el encuestado, al mismo tiempo facilita la construcción de tendencias dentro de la muestra. Sin embargo, está sesgada a los intereses del investigador y los encuestados responden exclusivamente a dichos intereses. Por su parte, las entrevistas abiertas y personalizadas permiten profundizar sobre los significados que dichas prácticas sexuales tienen para el entrevistado, al mismo tiempo que promueve el surgimiento de variables emergentes que en un primer momento no fueron tenidas en cuenta por el investigador y que resultan de interés para el entrevistado.

Así la presente investigación incorporó ambas metodologías; por una parte las encuestas contribuyeron a identificar las tendencias de la muestra en relación a cada práctica sexual, lo cual en el presente estudio se expresa en las gráficas que hemos anexado. Las encuestas también fueron fundamentales para identificar si existe una brecha entre dar y recibir en relación a las prácticas sexuales y cuál es la naturaleza de dicha brecha.

Vale agregar que las encuestas fueron utilizadas única y exclusivamente para ofrecer un panorama al lector sobre el comportamiento de la muestra, más no pretende extender los resultados a cómo piensa la población bogotana en relación a ciertas prácticas sexuales; 28 entrevistas resultan ser problemáticas para realizar cualquier tipo de generalización (ver cuadro 3). Dicho de otro modo, las encuestas solamente tienen un propósito didáctico en tanto que contribuyen a organizar la

información provista en las entrevistas. La gran mayoría de las gráficas reproducen más o menos la misma estructura, interseccionalidad entre clase social-género y respuesta a una determinada pregunta. Al final de éste documento hemos anexo la encuesta que fue aplicada.

Por otra parte, las entrevistas ayudaron a identificar que significan dichas prácticas para los entrevistados, que valoraciones les atribuyen, como legitiman sus discursos y porqué rechazan o aceptan ciertas prácticas. Estas fueron completamente abiertas y autobiográficas; al entrevistado se le daba la posibilidad de seleccionar el lugar en el cual se sintiera más cómodo, algunos seleccionaron su casa, otros en parques, cafés, pubs y bares. Al empezar la entrevista se le pedía al entrevistado hablar de su contexto familiar, sus amigos, gustos, hobbies, entre otras cosas, con el objeto de construir una confianza. Después poco a poco la investigación se inducía hacia sus prácticas sexuales con preguntas abiertas en relación a sus primeras experiencias, noviazgos etc., en medio de la conversación se hacían preguntas cerradas con base a la encuesta a la cual nos referimos en el párrafo anterior. El tiempo de la entrevista variaba en relación al entrevistado hubo algunos con quienes la entrevista duró 2 hora mientras que con otros llegó hasta 4 horas.

Se aplicaron varias estrategias para la selección de la muestra, sin embargo, la más efectiva fue la técnica de muestreo bola de nieve, es decir, en cada entrevista se le pidió al entrevistado dar el nombre y los datos de 5 referidos quienes pudieran estar abiertos a hablar sobre su sexualidad como parte de un estudio sociológico. Esta estrategia se aplicó a través de llamadas telefónicas y el uso de redes sociales.

2.2.2 Análisis de información y construcción de capítulos.

La información fue analizada con base a la información provista en las entrevistas, las encuestas solamente proveyeron un soporte a los resultados ofrecidos en ellas. El primer para el análisis de la información fue la transcripción de las entrevistas, después dicha información fue filtrada en relación a los temas sobre los cuales las personas hacían más énfasis y sobre lo cual teníamos más información. Así se seleccionaron las citas más representativas ante cada tema, después, se miró el comportamiento de las encuestas en relación a los temas ya filtrados y se construyeron las gráficas.

Finalmente se construyeron los capítulos, lo cual representó un gran reto; al ser un estudio de interseccionalidad de clase social y género estaba el riesgo latente de que un marco teórico opacara al otro. Así el segundo capítulo corresponde a un estudio comparativo de masculinidades en los sectores dominantes y dominados en relación a sus prácticas sexuales. Mientras que el tercer capítulo reproduce la misma estructura pero en relación a las feminidades.

CAPITULO II

La hipersexualización de la masculinidad hegemónica y otras identidades sexuales. Perspectivas comparadas de los hábitos y prácticas sexuales de hombres de clase baja y alta en Bogotá.

Resumen: el presente capítulo explora cómo en el contexto latinoamericano prevalecen dos identidades masculinas en relación a las prácticas sexuales: la identidad masculina hipersexualizada, la cual prevalece en los sectores populares y en donde la conducta sexual es concebida como irrestringible e indomesticable. Por otra parte se encuentra la identidad masculina alterna la cuál surge esencialmente en los sectores dominantes en resistencia a la primera. Las diferencias entre ambas identidades se expresan en los discursos y la posición de dichos hombres en relación a prácticas como la infidelidad, la prostitución, las orgías y el piropeo; mientras los hombres de clases bajas tienden a incorporar estas prácticas, en la clase alta hay una ligera tendencia a rechazarlas.

Sin embargo, a pesar de dichas diferencias entre las identidades masculinas, vale agregar que ambos sectores sociales comparten una socialización primaria común en relación al cuerpo y la sexualidad, la cual se refleja en las prácticas masturbatorias, la pornografía y los colectivos de exploración sexual en la infancia y adolescencia. Finalmente el capítulo explora la asimetría entre lo que el hombre 'da' y 'recibe' en relación a su pareja mujer en prácticas como el sexo anal, ataduras e inmovilizaciones y el uso de disfraces o lencería como parte del encuentro sexual. De lo anterior se concluye que existe una brecha entre lo que el hombre 'da' a su pareja mujer en relación a lo que él recibe de ella en donde él es privilegiado, sin embargo, dicha brecha es más angosta en los sectores dominantes en comparación con los sectores populares.

1. La intersección entre clase social y las masculinidades.

El término género provee una visión amplia sobre cuáles son las expectativas y responsabilidades tanto de hombres y mujeres en un determinado tiempo y espacio. Sin embargo, también nos habla de cómo se encuentra distribuido el poder en la sociedad. (Alegría-Ortega, Rivera-Medina, 2005). A pesar de que actualmente en la sociedad colombiana predomina el modelo patriarcal, es decir que culturalmente el hombre controla y somete a la mujer tanto en la esfera pública como en la privada (Urrea, Quintín, 2001), esto no significa que en todos los hombres el poder se encuentra simétricamente distribuido, así es inapropiado hablar de una masculinidad o de un solo tipo de expectativas y responsabilidades que aplican para todos los hombres; la identidad masculina es una experiencia subjetiva que se construye sobre condicionamientos sociales de bienestar económico y social o bien, sobre escenarios en donde los recursos materiales y culturales escasean y es necesario recurrir a otras formas de adquisición de prestigio y reconocimiento social. En este sentido el marco teórico que proporciona los estudios de clase social se hace indispensable para comprender la construcción de la masculinidad hegemónica y otras identidades masculinas alternas que examinaremos en los resultados de ésta investigación.

Es común que los varones de los sectores más desfavorecidos, que no tienen acceso a otras formas de acumular recursos económicos y culturales enfatizan los valores viriles como la hipersexualidad –ser sexualmente activo– y la fuerza, ya que es una de las pocas vías abiertas para obtener reconocimiento social (Fuller, 2001). Son los hombres que viven en un contexto de pobreza y exclusión social quienes más sumergidos se encuentran en los valores hipermasculinizados y a quienes más se les dificulta salir de estas formas de violencia simbólica (Bourdieu, 1998). Así, el carácter conservador de las relaciones de género en los sectores populares es un sistema cultural que frena las posibilidades de transformación o modernización de las identidades de género tanto femenina como masculina (Kogan, 1999) las cuales se encuentran fijadas bajo profundas asimetrías en el modelo de la hipermasculinidad.

Por el contrario, los varones de los sectores medios y altos de la sociedad que tienen acceso a otros medios para obtener prestigio y recursos pueden presentar una postura más distanciada respecto a las prescripciones más exigentes de la hipermasculinidad dominante, e incluso a menudo presentan una postura crítica hacia la exaltación de los rasgos viriles que ellos califican de ‘machismo’ (Fuller, 2001). Esto no significa que en las clases altas no exista la figura de la hipermasculinidad, lo que ocurre más bien es que en las clases dominantes no existe una identidad masculina hegemónica; el discurso de la hipermasculinidad cohabita con otras identidades masculinas alternas sin que exista una coerción para fijarse a alguna de ellas. Es decir, en los sectores dominantes tiende a suavizarse la frontera entre las identidades de género masculinas y femeninas, las cuales se encuentran irreconciliablemente polarizadas en los sectores populares (Urrea, Quintín, 2001).

A grandes rasgos la masculinidad hegemónica, como ya previamente se ha evidenciado en varios estudios de masculinidades en América Latina (Viveros, Olavarría, Fuller, 2001; Urrea, Quintín, 2001), se caracteriza, entre otras cosas, por ser estrictamente heterosexual así el hombre tiene que reivindicar constantemente tanto el gusto hacia las mujeres como la capacidad de acceder sexualmente a ellas, de aquí se desprende que la masculinidad hegemónica es al mismo tiempo homofóbica y somete a aquellos que tengan rasgos asociados a la femineidad como la suavidad, la sumisión y pasividad, del mismo modo también subordina a la mujer. En esencia el varón se construye como una antítesis de la mujer lo que promueve el rechazo ante todo aquello que desdibuje la frontera sexo-género.

En resumen, la masculinidad hegemónica podría entenderse como grupos particulares de hombres que ocupan posiciones de poder y riqueza –dentro de sus pares y grupos de referencia- y establecen formas de legitimar y reproducir dichas relaciones sociales que perpetúan su dominación (Herrera, 2001). En los sectores populares esto se expresa a través del dominio y control sobre las mujeres como también sobre otros hombres, en contraste, a pesar de que en los sectores dominantes este discurso circula no es hegemónico en la medida que cohabita con otras identidades masculinas sin imponerse sobre ellas.

Resulta interesante, y al mismo tiempo paradójico, que aquellos hombres que ocupan los escalones más altos de poder en la sociedad y cuentan en general con más capitales económicos, sociales y culturales no son quienes encarnan los valores hipermasculinizados a pesar de que cuentan con los recursos suficientes para imponer su voluntad ante los otros. Por el contrario, son los hombres de los sectores sociales y económicamente excluidos quienes cuentan con un repertorio de acción sexual más extenso en tanto que la construcción identitaria de género hipersexualizada se lo impone. Así a lo largo de éste capítulo se discutirá como el *modelo aditivo norteamericano* expuesto en la introducción es problemático para el caso de nuestra muestra.

2. Las construcciones del cuerpo masculino y las prácticas sexuales.

El cuerpo biológico socialmente forjado es un cuerpo politizado, es decir, un espacio social en donde se imprimen los principios fundamentales de la visión del mundo androcéntrico y falonarcisista (Bourdieu, 1998). Así, el cuerpo no solamente es la materia prima donde se inscribe el orden social sino una de las instancias que lo fija, lo expresan y lo reproducen dentro de un complejo lenguaje de gestos, posturas, temores y placeres (Viveros, 2002). En este orden de ideas, es sobre los usos legítimos del cuerpo, es decir sobre sus restricciones y libertades en donde se materializan las desigualdades sociales. Dicho de otro modo, en el cuerpo se imprimen los poderes en disputa y los discursos culturales profundamente asimétricos que el modelo de la masculinidad hegemónica impone.

Por esta razón, probablemente la forma más peligrosa de poder es el corporal debido a que el lenguaje de los cuerpos no corresponde a una estructura consciente y por lo tanto es profundamente difícil romper la cadena de aprendizajes inconscientes que se logran cuerpo a cuerpo (Bourdieu, 1998). Al ser el cuerpo una política -es decir un insumo discursivo que se ejerce sobre la materialidad propia y la de los otros- solamente puede ser entendido desde las prácticas y las relaciones corporales, por lo tanto las prácticas sexuales también responden a una orientación política.

Así, la masculinidad, en cualquiera de sus formas es puesta en escena, esto es, una política incorporada sobre el cuerpo. Es decir, los hombres personifican conscientemente elementos constitutivos de la identidad ‘masculina’ que están incorporados en la cotidianidad de ‘otros hombres’ con quienes él mismo se referencia (Herrera, 2001). En este proceso de construcción simbólica del sujeto es igualmente relevante considerar las formas y contextos particulares en los cuales tales significados son puestos en acción, esto es, producidos socialmente bajo condiciones sociales particulares de etnicidad, clase social, género y raza. En este capítulo analizaremos como los condicionamientos de clase social tienen un impacto en la configuración de las identidades masculinas y cómo dichas expectativas sociales de ‘ser hombre’ se transforman en políticas incorporadas sobre las prácticas sexuales que los sujetos incorporan.

2.1 Las construcciones identitarias de la masculinidad en los sectores populares y las clases dominantes en Bogotá y su impacto en la configuración del repertorio de acción sexual: hablando sobre la infidelidad, la prostitución, las orgías y el piropeo.

La sexualidad es uno de los tres pilares de la hipermasculinidad además de la paternidad y el sustento económico del hogar (Viveros, 2001). Bajo esta perspectiva la sexualidad hipermasculina se concibe como una tendencia natural que no puede ser totalmente domesticada (Fuller, 2001). En éste sentido los varones perciben ésta tendencia de tener todo el tiempo relaciones sexuales como una condición biológica y por lo tanto inamovible, casi como una enfermedad incurable a la que están condenados como bien lo expresa Alejo, hombre de 46 años y domiciliario de un restaurante de un sector deprimido de la ciudad de Bogotá *“el hombre es un animal, el hombre como dicen vulgarmente ‘se come lo que sea’ uno solo está pensando en uno, uno no está pensando en las demás personas. Las mujeres no... Yo tengo amigas que duran dos, tres, cuatro o cinco meses en que no tienen nada –de relaciones sexuales-, en cambio uno no puede durar uno, dos, tres, cuatro días o un mes porque... (Suspiro)... Parece uno un animal”*. Dentro de la construcción del discurso masculino la mujer es concebida simbólicamente como una figura que se encuentra al otro lado del espectro masculino; las mujeres son figuras pasivas sexualmente que no están en la permanente búsqueda de sexo y placer. Es decir, es una figura antitética del universo masculino, una condición esencial de la hipermasculinización (Viveros, Fuller, 2001)

Del mismo modo en las clases dominantes está fija la idea de que la libido masculina es muchísimo más alta en comparación con la de la mujer sin embargo es menos claro que sea una tendencia fijada biológicamente, en las palabras de Diego, empresario de 27 años de la clase dominante *“es que yo soy extremadamente sexual, por mí yo viviría teniendo sexo y generalmente mi pareja no aguanta el trote. Creo que los hombres tenemos el libido más encendido o por lo menos en nuestra cultura”*.

A pesar de que hay una consciencia en las masculinidades -bien sea hipermasculinizada o alterna- que la libido masculina es más alta en relación con la de la mujer, sus representaciones sociales tienden a distanciarse. En los sectores populares la capacidad de tener diversos encuentros sexuales con las mujeres es uno de los medios para la adquisición de estatus y reconocimiento frente a los pares (Fuller, 2001), esto implica, entre otras cosas, que el hombre tendrá dificultad de sumergirse completamente dentro de la estructura monogámica, en las palabras de Benjamín, soldador de 33 años *“en mis relaciones de noviazgo yo fui muy promiscuo, yo tenía una novia que era la oficial, Carolina, pero yo creo que esa es la mujer con los cachos más grandes del país, porque no se salvó ni siquiera la hermana, la prima, un poquitico más y la mamá. De pronto yo no me sentía mal por el sentido de que tenía a mis amigos a la expectativa de qué iba a pasar, entonces salir el macho machote a relucir y era como el ‘guau’ del paseo, entonces nunca tuve ese arrepentimiento”*. Dentro del modelo de la hipermasculinización jactarse de la infidelidad y el poder de conquista es un medio para adquirir prestigio social y al mismo tiempo legitimar la virilidad ante otros hombres pares (Fuller, 2001).

En este sentido el más hombre es aquel que pueda construir un relato, bien sea real o imaginario, sobre sus proezas sexuales; aquí se construye una figura de un hombre habilidoso quien además de tener múltiples encuentros sexuales también tiene la suficiente astucia para prolongar la estructura de la infidelidad, Benjamín al respecto agrega *“yo he tenido noviazgos al tiempo y me parecía divertido, o sea tener como ese misterio de ‘yo me le oculto a ella para estar con la otra’ y yo calculaba muy bien el tiempo y todo. Inclusive alcancé a tener seis novias en el mismo tiempo y espacio”*. Así, dentro del modelo hipermasculinizado la infidelidad no es problemática en la medida que la mujer ‘oficial’ o las mujeres involucradas no se enteren, Mandarino carnicero de 33

años agrega con una sonrisa “yo tuve dos novias una vivía en un pueblo y la otra en otro pueblo, una semana visitaba a la una y la otra semana visitaba la otra. Nunca tuve problemas porque nunca se enteraron”, esta astucia y capacidad de conquista de mujeres son indicadores de prestigio social dentro de los sectores populares.

Por otro lado, en las clases dominantes, las formas de adquirir prestigio social son más diversas como resultado de las condiciones de bienestar económico y social (Kogan, 1999), en consecuencia, los hombres no se sienten forzados a legitimar su virilidad jactándose de los encuentros sexuales que han tenido ni de su fortaleza física, por lo tanto, se les facilita mucho más sumergirse en la estructura monogámica, en las palabras de Felipe, empresario de 35 años y perteneciente a la clase alta “yo nunca he sido infiel. Mira yo trato de ser muy cuadrado y no ofrecerte lo que no te puedo cumplir (...) Si hay derechos de exclusividad yo no he sido infiel nunca”. En las clases dominantes los hombres cuentan con recursos económicos y materiales que les permite ser reconocidos por sus contemporáneos como tales, por ejemplo, carro, tarjeta de crédito, viajes, implementos deportivos caros (Kogan, 1996) y por lo tanto a pesar de que la fuerza física, la capacidad de conquista o la infidelidad también otorgan prestigio social, éstas formas son secundarias y por ende se encuentran más atenuadas.

A partir del gráfico expuesto a continuación se puede evidenciar que en las clases bajas, donde impera el modelo hipermasculinizado, la infidelidad es una institución social, es parte del proceso de socialización masculino y que también otorga prestigio social en un escenario en donde los medios para adquirirlo son limitados. A pesar de que en las clases dominantes la infidelidad también está presente, debido a que el discurso hipermasculinizado también circula en estos sectores, debemos rescatar que también se opone resistencia frente a estos discursos. En este sentido la legitimidad de la infidelidad se encuentra más atenuada en las clases altas en comparación con el indiscutible apoyo y reconocimiento con que ésta práctica cuenta en los sectores populares:

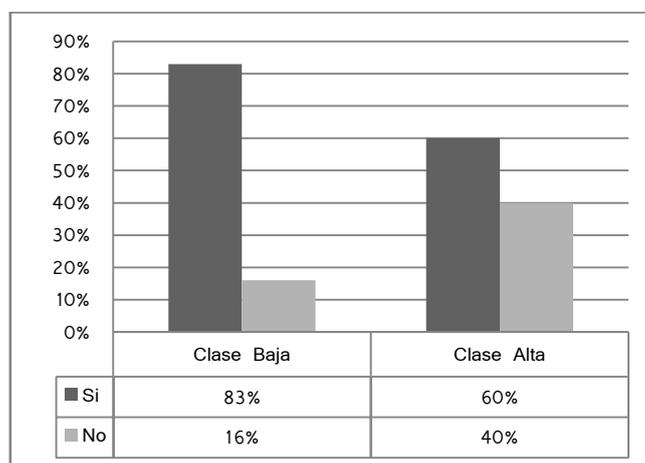


Gráfico 2: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez ha sido infiel? según clase social Alta y Baja en hombres.

Frente a la dificultad de incorporarse cabalmente dentro de la estructura monogámica y el pacto de conyugalidad en el modelo hipermasculinizado, vale agregar que todo varón debe probar ante sus pares que su esposa no tiene poder sobre él: una forma de hacerlo es mostrando que puede romper el pacto conyugal sin consecuencias (Fuller, 2001). Desde el punto de vista del varón, aunque la esposa tiene derecho a exigir que sea responsable y fiel, él no puede cumplir totalmente su pacto porque someterse a la autoridad femenina significaría la negación de su estatus masculino ante

otros hombres; dentro de la plataforma bidimensional en el que están sostenidas las relaciones de género no hay lugar para ambigüedades: se es totalmente dominado o se es totalmente dominante. En este sentido los encuentros con prostitutas tienden a ocurrir bajo el modelo hegemónico de los sectores populares y tienden a ser justificados bien sea por el efecto de los tragos, la influencia de los amigos o por la abstinencia sexual con la pareja, en las palabras de Héctor, mecánico de 46 años de los sectores populares *“cuando yo tuve mi primera pareja nosotros mantuvimos una relación sexual normal, pero el mundo real de los compañeros, los amigos y los conocidos lo inducen a uno a ir a esos sitios –burdeles– ‘mi amigo va entonces camine y lo acompaño’. Y eso fue más de pronto una cosa de tragos que en realidad querer estar con esa persona ¿por qué razón? De pronto la muchacha estaba muy simpática, era su trabajo”*

Benjamín frente al tema agrega *“Hubo un detonante ese fue el aguardiente, en ese entonces no había como una privacidad de estar con mi pareja porque estaban los niños, la casa en la que vivíamos en ese momento no era como muy privada y entonces no se podía tener una relación –sexual– como uno quería. Entonces bueno uno entrado en tragos es muy influenciado y no faltó el amigo que le dice a uno ‘camine para tal lado’ y nada para allá nos fuimos y estuve con una trabajadora sexual”*. Desde la perspectiva hipermasculinizada la hombría también se prueba estando en la calle con los amigos, estando siempre dispuesto a tomar y tener encuentros sexuales con amantes, mujeres desconocidas y prostitutas (Fuller, 2001).

La calle tiene dos connotaciones simbólicas, en primer lugar estar en la calle con los amigos se contrapone a la esfera doméstica; la mujer es la que manda en éste campo (Quintín, Urrea 2001). Así, el hombre al permanecer en la calle a merced de sus amigos está demostrando que por más que su mujer le exija permanecer en la casa él no se deja ‘domar’, sin embargo, solo puede finalmente legitimar ante sus amigos que efectivamente ‘hace su voluntad’ accediendo a tener encuentros sexuales en los bares y prostíbulos que frecuenta con ellos. Para bien o para mal este es el mecanismo legítimo en los sectores socialmente excluidos para construir alianzas y fuertes lazos de cooperación entre los mismos hombres, lo que le permitirá al hombre responder con sus responsabilidades de proveedor y sustento del hogar.

En segundo lugar y como resultado de lo anterior, la calle simbólicamente representa el desorden, la incoherencia, la brutalidad, la calle no perdona, en ella no se puede conservar la integridad moral ni las promesas; un hombre no puede darse el lujo de tener una conciencia moral demasiado fina o, si no, no podrá cumplir con sus obligaciones para con su familia dentro de la lucha por la existencia. En este sentido el hombre se caracteriza por su inferioridad moral, dentro del imaginario latinoamericano el hombre es como un niño y por lo tanto, menos responsables de sus actos. Ellos son irresponsables, no domesticables e incapaces de contener su instinto sexual (Fuller, 1994). Dicho de otro modo, el hombre es arrastrado por las fuerzas que imponen sus condiciones sociales y el medio hostil en el que se desenvuelve para tener relaciones sexuales con diversas mujeres, entre ellas con prostitutas.

La prostituta como figura marginal representa el desorden y el peligro de las calles pero también articula una serie de relaciones sociales entre aquellos varones que se sumergen en la hostilidad del mundo público, no en vano el burdel es identificado como el lugar de encuentro masculino por excelencia y la iniciación sexual ‘clásica’ en muchos casos debe ocurrir en los brazos de una meretriz; la prostituta es una sacerdotisa que confiere masculinidad a los hombres en tanto que es la figura que legitima la sexualidad de los varones (Fuller, 1994).

Por otra parte, en los sectores sociales en donde la lucha por la existencia no es tan hostil ni inmediata, el hombre puede ser más coherente entre sus prácticas cotidianas, puede ‘darse el lujo’ de tener cierta integridad moral, sin embargo, esto no significa que efectivamente la tenga pero no

se encuentra supeditado a no tenerla como ocurre en los sectores populares; en las clases dominantes la 'inmoralidad' no tiende a ser impuesta con la misma fuerza avasallante con que sí se impone en los sectores marginales de la sociedad.

Así, en las construcciones alternas de la identidad masculina que predomina en los sectores dominantes de la sociedad, existe una fuerte tendencia a marginalizar la prostitución, por ejemplo; para los hombres de clase alta estar con una prostituta es algo que resta prestigio social y virilidad; estar con una prostituta, por una parte, significa que el hombre no fue lo suficientemente hábil para convencer o persuadir a una mujer para que accediera a tener relaciones sexuales con él y por lo tanto tiene que pagar para adquirir derechos sexuales. En palabras de Rodrigo, hombre de 34 años de los sectores dominantes agrega *"Jamás tengo que pagarle a una vieja para tener sexo, primero porque me parece una total denigrante autoestima del hombre tener que pagar para tener sexo. Yo prefiero esperar a la vieja que salga -de trabajar- o pagarle La Multa¹ que llaman y decirle '¿quiere salir conmigo?' Pero nunca decirle 'le pago para que tenga sexo conmigo'.*

Joel, estudiante universitario de 21 años de clase alta agrega *"estuve en Ámsterdam la amé y a pesar de todo lo que uno ve no pasó nada, no fui a ninguno de esos prostíbulos a pesar de que muchos amigos me decían 'marica, ¿usted estuvo en Ámsterdam y no fue al Red-Light?' a mí no me gusta comer putas, así de simple, me da como asco y hay muchas mujeres fáciles que no cobran, a mí me gusta el arte de persuadir, el arte de convencer. No hay nada mejor que coquetear, convencer. No estaría con una prostituta"*.

Es notorio que entre los varones educados de los sectores medios y altos exista una renuencia cada vez mayor a socializarse en el prostíbulo. Uno de los argumentos más comunes es la protesta contra formas de relación sexual en las que se sienten forzados a probar su virilidad frente a su grupo de amigos, sin tener en cuenta sus propios deseos (Fuller, 1994). Paralelamente, la pérdida de legitimidad de los valores de la hipermasculinización en los sectores dominantes conduce a que acepten otras formas y otros valores en relación a la adquisición del prestigio social, en este sentido como lo expresaba Joel, estar con una prostituta cuestiona la masculinidad en la medida que el hombre no logró ser lo suficientemente locuaz para acceder sexualmente a una mujer.

En consecuencia, la interpretación de la prostitución en los sectores dominantes y en los sectores marginales es totalmente opuesta; mientras que en las clases bajas es un medio para adquirir prestigio social en las clases altas cuestiona la hombría. En este sentido, parte del ideal de masculinidad en los sectores marginales enfatiza en la destreza y habilidades físicas para manipular los capitales económicos, simbólicos y sociales que tienen a su disposición mientras parte del ideal de sus homólogos de clase media-alta enfatiza las habilidades verbales para manipular dichos capitales (Kaufman, 1994). El gráfico expuesto a continuación expone la asimetría valorativa de ésta práctica según la clase social:

¹ Definición de 'La Multa' en palabras de Rodrigo: *"en los prostíbulos, después de cierta hora si tu quieres alquilar a una mujer que te gusta tienes que pagar una multa porque ellas tienen que dar una plata, o sea el trabajo de ellas es dar plata por sexo al establecimiento, si ella se va a ausentar del establecimiento entonces ella tiene que pagar una multa, entonces yo le digo 'le pago la multa si está conmigo' pero cuando una prostituta le dice a uno 'listo pague la multa' o 'yo pago la multa' es porque quiere tener sexo sin que le paguen. Tu le pagas al dueño del establecimiento o a veces ella lo hace para que pueda ausentarse del lugar pero no a ella directamente"*

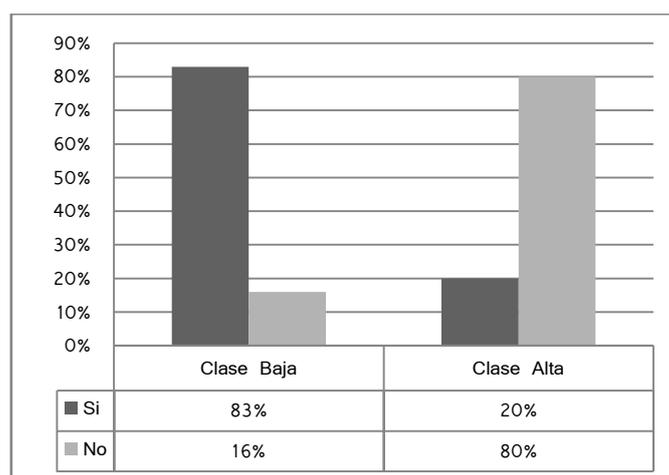


Gráfico 3: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez le ha pagado a alguien para que tenga relaciones sexuales con usted? según clase social Alta y Baja en hombres.

Al definirse la hipermasculinización como estrictamente heterosexual, la homosexualidad se vuelve una amenaza constante hacia los valores de la identidad hipermasculinizada: todo lo que desdibuje la frontera sexo-género es estrictamente tachado (Urrea, Quintín, 2001), en la palabras de Don Héctor *“si yo llego a ver dos hombres besándose en la calle eso termino dándoles en la jeta porque yo soy muy machista, no lo acepto”*. Sin embargo la homofobia también tiene como propósito regular la conducta de los cuerpos hipermasculinizados; a pesar de que la masculinidad se fija a partir del cuerpo biológico, la hombría es algo que se tiene que estar demostrando constantemente y durante toda la vida del hombre (Viveros, 2002).

Así, la homosexualidad, simbólicamente representa un cuerpo pasivo, débil y feminizado, en consecuencia se convierte en la frontera simbólica de la hipermasculinidad. Estas fronteras simbólicas imponen una heteronormatividad, es decir, en un contexto social en donde es obligatorio ser heterosexual el individuo incorpora una serie de saberes y significados que son percibidos como formas socialmente adjudicadas a la heterosexualidad. Este proceso organiza y disciplina, encarna e incorpora reglas constitutivas de la heterosexualidad en los usos del cuerpo (Butler, 1993).

Las clases dominantes miran con distancia el discurso hegemónico de la masculinidad de los sectores populares, en las clases altas los hombres se encuentran en menor o mayor medida influenciados por los discursos que cuestionan el rechazo a la homosexualidad, tienen una actitud más tolerante y crítica respecto a la inevitabilidad de la heterosexualidad (Fuller, 2001), en palabras de Felipe *“a pesar de que me parece asqueroso ver a dos hombres besándose no tengo problemas con la comunidad gay o algo así, son sus vidas y ellos pueden hacer lo que quieran con ellas”*. Las clases dominantes se han distanciado en términos simbólicos de las clases populares esencialmente por el flujo de discursos extranjeros en donde se inculca un estilo de vida cosmopolita y tolerante (Kogan, 1999), el papel que ha jugado la inclusión de las minorías sexuales en Europa y Norteamérica –marcos de referencia de las élites latinoamericanas- han contribuido a que en los sectores dominantes, en donde generalmente circulan estos discursos, se vea con escepticismo la homofobia y la heteronormatividad.

Dentro de la construcción identitaria hipermasculinizada se le exige constantemente al hombre que demuestre su heterosexualidad y su gusto por las mujeres, esto detona mutuas acusaciones entre los varones de ser maricas (Fuller, 2001) y dinamiza los encuentros sexuales que en muchos casos se

vuelve una trampa para los mismos hombres quienes acceden a tener relaciones sexuales con el propósito de reafirmar su virilidad que en muchas veces va en contravía con su propia voluntad, en las palabras de Alejo: *“eso le decían a uno que si uno no había tenido la primera vez entonces uno era un marica, le decían a uno ‘usted es un volteado’ o ‘vaya y demuestre a ver si usted es hombre’ así como se dice vulgarmente ‘vaya y se coma esa vieja’ y a veces iba uno y lo hacía”*. Sin embargo, la presión no solamente proviene de los hombres sino también de mujeres quienes acusan a los hombres de ser homosexuales si no acceden a tener relaciones sexuales con ellas. En las palabras de Mandarinó: *“una vez me le paré a una muchacha -me negué a tener relaciones sexuales- y me dijo que yo era marica, yo le dije que a mí me gustaban las mujeres y me dijo ‘¿entonces por qué no me ha hecho nada en tanto tiempo?’ . Sí, yo me vi aprisionado porque ella creía que a mí me gustaban los hombres y a mí me tocó ceder para demostrarle que a mí me gustaban las mujeres”*. Las relaciones sexuales dentro del esquema identitario de la hipermasculinización es una condición ineludible de la virilidad, en donde el sujeto es aplastado bajo las fuerzas de una maquinaria política que se impone sobre su cuerpo y tiene que acceder a encuentros sexuales que trasgreden su voluntad individual.

El miedo a ser tachado como ‘marica’ también moviliza una serie de prácticas discriminatorias frente a otras identidades sexuales marginales; existe un estricto control social que inhibe la amistad cercana con varones homosexuales y ello se expresa en el rechazo y el temor a la contaminación, a ser tachados como tales (Fuller, 2001), Rodrigo quien pertenece a los sectores dominantes pero que también incorpora elementos de la construcción identitaria hipermasculinizada recuerda el momento en que él y su grupo de amigos tuvieron que distanciarse de su amigo Germán cuando éste reveló su condición homosexual, en palabras de Rodrigo *“cuando Germán habló de su homosexualidad inmediatamente hubo un comentario generalizado de todo el barrio y de toda la comunidad en la que vivíamos; pensaron que todos los cuatro éramos homosexuales. Lo primero que hice fue informarle a mi novia de la época, María del Pilar, y a mi Papá quien muy maduro en su apreciación me preguntó si yo tenía tendencias homosexuales y yo le dije ‘papá yo no he tenido ni siquiera... Nada”*.

Del mismo modo la presión también se ejerce sobre los vínculos familiares; en muchos casos los hermanos, los primos e incluso los mismos padres contratan prostitutas o piden favores a sus amigas para que tengan relaciones sexuales con la persona cuya virilidad se encuentra en duda; Mandarinó tenía una preocupación particular, su hermano no había tenido relaciones sexuales y por lo tanto era sospechoso de no ser heterosexual, ésta era una actitud que afectaba también la virilidad del propio Mandarinó y se vio en la necesidad de tomar medidas al respecto: *“mi hermano menor era todo reservado, todo callado, todo tímido y a mi hermano lo hice despertar como a los 20 años porque yo lo veía que nada en ese tema (nada de sexo), y nada que salía con mujeres (...) Y yo me conseguí una amiga y le pedí el favor ‘venga, hágale la vuelta a mi hermano, es que mi hermano ya tiene veinte años y no ha tenido la primera vez con nadie y tiene como miedo’. Y yo llamé a mi hermano y le dije que entrara al cuarto y le eché llave a la puerta, pero a él le dio miedo entonces yo le dije a él ‘¿qué le dio? ¿Es que le tiene miedo a las mujeres o es que le gustan los hombres?’ y él me dijo ‘no, a mí no me gustan los hombres’. Y ya mi hermano desde entonces se despertó y ya hoy en día no lo baja nadie, no lo para nadie, se despabiló y ya tiene dos o tres novias al tiempo”*.

Así, el hombre que no demuestre públicamente su atracción sexual hacia las mujeres es sospechoso (Viveros, 2002) y tiene que atenerse a los juicios y burlas inquisidoras de sus pares. Esto tiene como consecuencia que dentro del modelo hipermasculinizado el hombre cada día de su vida tiene que reafirmar públicamente que le gustan las mujeres y que su gusto hacia ellas es indomesticable,

estas necesidades dentro de ésta construcción identitaria masculina desatan otras prácticas culturales como el piropeo.

En este sentido el piropo legitima el modelo hipermasculinizado en donde el hombre hace público su incontrolable deseo hacia las mujeres para no despertar la desconfianza de otros hombres: para ser viril no solamente hay que gustar de las mujeres sino también expresarlo públicamente, materializarlo en prácticas del cuerpo, en miradas incontrolables, en minuciosas inspecciones de los atributos femeninos. El deseo masculino hacia las mujeres tiene que probarse para así ‘ser todo un varón’, el silencio es la primera señal de sospecha en el modelo hipermasculinizado, el hombre que mantiene su deseo sexual o sus relaciones sexuales en privado es aplastado bajo el juicio de sus pares quienes constantemente cuestionarán su masculinidad, este tema resulta ser sumamente delicado en los sectores populares en donde los mecanismos para adquirir prestigio social son limitados y no se puede desaprovechar ninguna oportunidad para construir lazos informales de solidaridad. Como lo hemos dicho anteriormente, en los sectores populares ganarse la empatía de los pares es un requisito indispensable para sobrevivir. Benjamín expresa públicamente su deseo hacia las mujeres a diario *“todos los días hecho un piropo en la calle aunque yo tenga mujer, para mí es como de pronto la recocha, sí... Cómo que pasa la mujer bonita y hay que molestarla con el piropo, por el lado morboso, es que hay mujeres que tienen el culo magnético, eso que ellas pasan y uno no puede parar de voltear a mirar”*.

Como lo habíamos mencionado anteriormente, los hombres construyen cotidianamente su masculinidad no solamente frente a mujeres, sino primordialmente frente a otros hombres. Así, generalmente los piropos ocurren cuando otros miembros del grupo masculino están presentes para atestiguar la creatividad verbal de quien lo lanza. Es cierto que la mujer es, en tanto objeto, la causa del piropeo, pero la audiencia receptora es otra: es el grupo de amigos, y, por tanto, se busca efectivamente una validación de las habilidades masculinas no frente a la mujer sino frente al grupo de pares (Andrade, Herrera, 2001).

Por otro lado las identidades masculinas de los sectores dominantes tienden a cuestionar el piropeo; ésta práctica es considerada de mal gusto y vulgar. En palabras de Diego *“no, no creo -que haya echado un piropo- o pues no que me acuerde porque me parece vulgar y digamos, para empezar a las mujeres les incomoda eso y la verdad cuando veo a los manes echándole piropos y gritándole a las mujeres en la calle si me da pena ajena pero al máximo, me parece terrible y vulgar”*. En este sentido el piropeo es una práctica que resta prestigio social en las clases dominantes.

El piropo no tiene otro sentido práctico más allá de legitimar la heterosexualidad de quién lo lanza, el piropo no es eficaz como estrategia de conquista y eso lo sabe quién piropea (Andrade, Herrera, 2001). En este sentido como en las clases dominantes no hay que estar constantemente legitimando la heterosexualidad el piropo pierde su función social; es vulgar en tanto que es ineficaz dentro de la cotidianidad en las clases dominantes. Así, nuevamente la relación entre piropo y clase social es asimétrica; en las clases populares es otro mecanismo para la adquisición de prestigio social entre otros pares mientras que en los sectores dominantes no cumple ninguna función. Esto se evidencia en el gráfico que se mostrará a continuación:

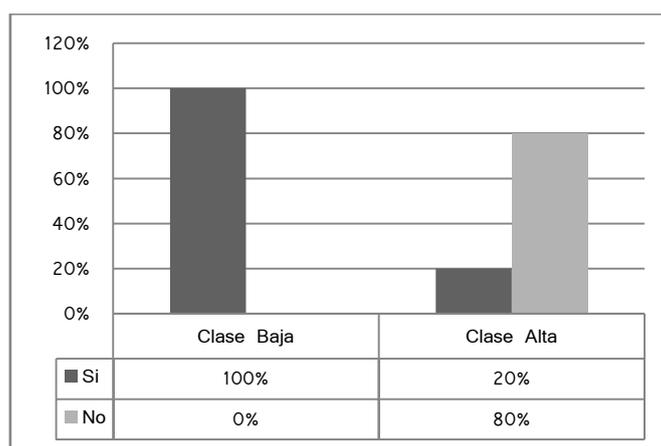


Gráfico 4: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez ha lanzado un piropo en la calle? según clase social Alta y Baja en hombres.

A pesar de la existencia de una profunda homofobia y de una exteriorización ante los pares del gusto hacia las mujeres resulta interesante observar que en los sectores populares las experiencias sexuales con otros hombres no entran en contradicción con los valores de la hipermasculinización. De nuevo Benjamín recuerda *“estábamos con unos amigos bebiendo, eso fue cuestión de borrachera, ellos tenían un amigo que era bien homosexual y el hombre empezó con la vaina y yo soy bien loco, entonces yo le dije ‘échese este bocado a la muela’ pero ya en medio de la borrachera y el man ya se lo tomó en serio, entonces me lo chupó Yo soy heterosexual a morir pero con ese man fue una vaina como re recocha, como de vaina, como de tragos, como de locura”*. La última prueba de virilidad dentro del modelo hipermasculinizado es vencer a otro varón, colocándolo en la posición femenina de ahí que la sodomización se catalogue como la total de afirmación del dominio de un varón sobre otro (Fuller, 2001).

Así dentro de las prácticas sexuales en éste modelo lo que confirma la virilidad es el rol que ocupa; la posición pasiva inmediatamente es tachada por ser una práctica que va en contra de los valores viriles, entonces, lo que define lo masculino es la posición que se ocupa y no el objeto de placer o deseo. Quien toma el papel pasivo es femenino, independientemente de su sexo biológico, y quien penetra es viril. La oposición activo-pasivo es definitoria en la representación de sexualidad masculina (Fuller, 2001). Esta dicotomía activo-pasivo es común dentro de las prácticas sexuales en las cárceles en donde las relaciones de poder se instauran a través de la sodomización de otros hombres considerados inferiores (Fedelich, 2003).

Sin embargo valdría agregar que las relaciones de género dentro de las prácticas sexuales son mucho más complejas que la oposición entre activo-pasivo; la reafirmación del poder sobre otro sujeto también se define en relación de quién es el sujeto receptor del placer, por ejemplo, Benjamín sodomizaba a su compañero en la medida en que él es receptor de ése placer, analizándolo profundamente él era el que estaba jugando un rol pasivo y su compañero era quién estaba jugando un rol activo, sin embargo aquello que le daba poder era el hecho de ser el sujeto receptor del placer y el otro el objeto que lo provee.

Un muy buen ejemplo de ésta dinámica es la fantasía masculina de un trío con dos mujeres en donde el hombre ‘sueña’ con ser el sujeto receptor de la total atención de dos mujeres y jugar un rol pasivo. La disposición de participar en un trío se encuentra presente tanto en las identidades masculinas de sectores populares como en los privilegiados, en las palabras de Olmo joven editor

de 22 años de clase alta: *“me gustaría participar en un trío conformado por dos mujeres porque no me gustaría ver a un hombre desnudo al mismo tiempo que yo teniendo sexo”* el cuerpo masculino dentro de un trío es construido como un cuerpo desagradable, como un cuerpo que está de más e invadiendo un espacio que no le corresponde, al respecto Felipe agrega *“a mí me parece que el pipí es como invasivo, esa vaina es intimidante, es como si te apuntaran como un revolver, me parece que no sé, yo no sé porqué tengo esa posición siempre viciada de que todo lo que es mujer es súper artístico y todo lo que es con hombres es terrible”*.

Valdría agregar que el trío plantea una dicotomía. La lectura tradicional del trío desde la perspectiva masculina es; dos hombres entran en disputa por el cuerpo femenino o, por otro lado, dos mujeres se ponen de acuerdo para satisfacer al hombre. En este sentido un hombre no le gustaría entrar en competencia con otro ni tampoco ser subordinado en un encuentro sexual, en éste sentido la única forma de garantizar esto es un trío entre dos mujeres, puesto que la figura femenina en la sexualidad es un cuerpo dócil y complaciente, con el cual no se entra en disputa dentro de la búsqueda del placer sino más bien contribuye a encontrarlo –esto lo reconstruiremos en detalle en el segundo capítulo de ésta tesis-. Dicha construcción simbólica del cuerpo femenino ha sido alimentada a partir de los insumos pornográficos, contenidos que han sido parte de la socialización sexual masculina en la infancia y la adolescencia. Los productos pornográficos son ávidamente consumidos por los hombres y se enfocan en la producción de la sexualidad centrada en la virilidad y, sobre todo, como forma de afirmación del control del cuerpo femenino para uso exclusivo del placer masculino (Fuller, 2001; Mckinnon, Dworkin, 1985).

Por otra parte, la orgía, a diferencia del trío, tiene otras particularidades para los cuerpos hipermasculinizados: el hombre al encontrarse expuesto frente a otros hombres su corporeidad tiene que personificar y, en muchos casos, exagerar su rol dominante, en este sentido los hombres no se someten mutuamente, ni se sodomizan; la orgía cumple una función fundamental dentro de la hipermasculinización puesto que los hombres se identifican mutuamente como pares: en la orgía el objeto sometido es la figura femenina quien simbólicamente encarna la pasividad y la sumisión, ella no interactúa, ni decide en tanto que es cosificada. Mientras que el varón, como estructura significante, encarna la actividad sexual y la dominación, performando y legitimando su virilidad ante sus pares. En palabras de Benjamín *“yo estuve en varias orgías, en una oportunidad nos fuimos para la casa de un amigo y entonces una parejita ya estaba en la vuelta y todos quedamos como ¿y estos manes qué? Y eso se prendió, se prendió pero con ganas la cosa. Entonces ya alguien por ahí dijo ‘Oiga venga cambiemos’ y pues ‘hagámosle’ eso ya fue de locura. Y todos rotados, todos contra todos pero nunca manes con manes, solamente nos rotábamos las viejas”*, Alejo agrega en relación a su experiencia: *“éramos quince personas y eso era todo el mundo contra todo el mundo pero no hombres con hombres sino mujeres con hombres, o sea le voy a dar un ejemplo, éramos quince uno estaba con una, luego estaba con otra y así. Y eso nosotros lo hacíamos frecuente, eso cuando uno salía uno resultaba era en eso, Zutano estaba con ella y Mengano estaba con ella y el Señor estaba con ella”*. La orgía es un ritual en donde se reafirman los lazos de solidaridad entre quienes pertenecen a ella (Maffesoli, 1985), en este caso, se reafirma colectivamente la virilidad dentro de una mutua comunión y consumo del cuerpo femenino; el cual es objeto en tanto que es intercambiable. Por lo tanto una regla inviolable de trío es no sodomizar a otro hombre sino más bien la figura femenina que dentro del nuevo orden de jerarquías ocupa el papel marginal. Nuevamente la orgía es otro ejemplo en donde a pesar de que el receptor es la mujer la audiencia es el grupo de pares.

En las clases dominantes no es muy clara la relación con la orgía, como lo hemos mencionado anteriormente, está presente el discurso de la hipermasculinidad que es la identidad hegemónica en los sectores socioeconómicamente excluidos, sin embargo hay otros discursos identitarios que

harían pensar que dentro de la orgía es necesaria la reificación del cuerpo femenino y por lo tanto no es tan fácilmente intercambiable, en palabras de Felipe “*Si yo me acuesto contigo de alguna forma te he podido conocer un poquito pero en esos sitios no sé quién eres, qué haces, de dónde vienes, qué piensas, cómo piensas y eso yo siento que de cierta forma me da una tranquilidad y una seguridad acerca de qué estoy haciendo y con quién*”. Por otro lado existen otras formas de entrar en comunión con el grupo de pares, en donde se reafirman las alianzas y los lazos de solidaridad, por ejemplo almorzar en los clubes, participar en encuentros deportivos, viajar a otras ciudades o países con el grupo de amigos.

Solo un hombre de clase alta mencionó haber participado en una orgía, de esta manera, la orgía podría interpretarse como una institución que legitima los lazos de virilidad en el marco de la hipermasculinidad, modelo hegemónico de masculinidad en las clases bajas.

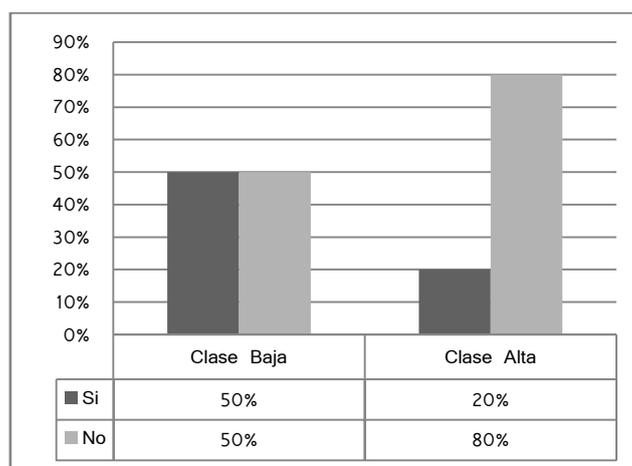


Gráfico 5: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez ha participado en una orgía? según clase social Alta y Baja en hombres.

2.2. La socialización primaria masculina: la construcción de los colectivos de exploración en la niñez y la apropiación del placer sexual.

Como se evidenció en el apartado anterior las prácticas anteriormente mencionadas -la infidelidad, la prostitución, las orgías, los tríos sexuales y el piropeo- presentan profundas asimetrías en relación a la clase social. Sin embargo, la masturbación y los colectivos de exploración sexual son prácticas transversales al género masculino y se encuentran presentes en todos los sectores sociales. Así, algo que está claro tanto en las construcciones alternas de la masculinidad como en el modelo hipermasculinizado es la relación sexo-placer, lo cual se evidenció en todos los hombres sin importar sus condicionamientos sociales. A menudo se habla de la facilidad con que un hombre ‘se enciende’ sexualmente mientras que la mujer es más fría y ‘se demora más’; ésta diferenciación ‘sexual’ a menudo se explica a través de procesos biológicos que abarcan desde las diferencias químicas y estructurales del cerebro femenino y masculino hasta procesos hormonales y genéticos (Alsop, Fitsimons, Lennon, 2002). El énfasis sobre lo biológico ha llevado a los investigadores en ciencias sociales a desinteresarse del ‘deseo’ como una construcción social, dejándolo así en manos de otras disciplinas como la psicología, las neurociencias e incluso la endocrinología. La historia de nuevo se repite solo que ahora con otro rostro; esto ya había ocurrido en relación a la dicotomía hombre-mujer en donde las asimetrías corporales justificaron la desigualdad social entre los sexos cien años atrás (Viveros, 2002).

La división sexual del placer parece ‘natural’ se presenta como estado objetivado en el mundo social y es incorporado a través de los habitus de los sujetos y los procesos de socialización del que tanto hombres como mujeres han sido víctimas. Así todas las divisiones arbitrarias del mundo se presentan como naturales, evidentes e ineluctables (Bourdieu, 1998). Este es el caso de los imaginarios sobre el placer sexual entre los sexos en donde se ha dicho que el cuerpo masculino está predispuesto hormonalmente para buscar constantemente el sexo y el placer mientras que el deseo femenino es casi inexistente. Dicha arbitrariedad cultural es una pieza de los sistemas de dominación; los diferentes dispositivos institucionales hacen posible que esta arbitrariedad cultural sea reconocida como legítima, y al mismo tiempo otorga legitimidad al grupo dominador como autoridad. Opera de tal forma que el ejercicio de la violencia simbólica es invisible a los actores sociales y presupone la implicación de aquellos que más sufren sus efectos (Fernandez, 2006). Así, queremos dismantelar dichos dispositivos institucionales que están presentes en la socialización masculina y femenina y que además hacen posible la apropiación o alienación de los sujetos sobre su placer sexual.

Como lo mencionamos anteriormente, en las masculinidades la libido es institucionalizada y es entendida como algo inherente a ‘ser hombre’. Éste proceso ocurre desde la socialización primaria; esta etapa de la vida es particular, es el momento en el que sujeto recibe las interacciones cotidianas como la única realidad existente (Berger, Luckmann, 1967). A su vez, los varones interiorizan desde su infancia un universo, un primer conjunto de representaciones en torno a la identidad masculina y el placer cuyo contenido es transmitido por el mundo social al que pertenece (Viveros, 2001). Así, dentro de estas representaciones de la ‘identidad masculina’ se encuentra la masturbación, el deseo sexual y el placer, esto es legitimado por instituciones sociales tales como el colegio, la familia y el grupo de amigos como algo inherente a la masculinidad y, en consecuencia, es excluyente a la femineidad.

En primera instancia, el niño varón siempre cuenta con la asesoría de algún hermano mayor o amigo que lo introduce y lo familiariza con las sensaciones resultantes de la masturbación (Viveros, 2002). En este sentido, la masturbación no confunde al niño varón –como sí ocurre en las mujeres- es una práctica que es socializada dentro de su grupo de pares en donde incluso es promovida. En palabras de Olmo, *“como a los 12 años me masturbé por primera vez, que yo recuerde, y lo hice por curiosidad. Todo empezó porque en sexto llegaron unos pelados más grandes, uno o dos años mayores que yo, y empezaron a hablar de eso ‘no que la paja’ y yo ‘no ¿cuándo? Ni idea’ y uno empieza ya a ver esa posibilidad y entre los hombres nos empezábamos a hablar de esas cosas. Incluso recuerdo que una vez en sexto mis compañeros estaban organizando con otros dos amigos ‘no que camine esta noche a la casa de tal y vemos películas y nos hacemos la paja’ y todos quedamos como ‘¡bueno sí!’”*. Estos grupos de amigos que Olmo menciona están muy presentes en la socialización masculina, no solamente tienen la función de familiarizar a los niños con la masturbación sino que también de empoderarlos y familiarizarlos con el placer.

En las primeras etapas de la construcción de la masculinidad se discuten diversos temas sobre el placer y se socializan distintas estrategias para maximizarlo, en las palabras de Andrés, hombre de 20 años de los sectores populares *“uno charlaba con los amigos de pronto de una forma muy infantil pero también de una forma muy relajada acerca de si ya lo había hecho, de ¿Cómo lo hacía? ¿Con qué lo hacía? ¿Qué sentía? Por ejemplo, había unos amigos a quienes les gustaba hacerle un hueco al jabón -para masturbarse-. Yo nunca hice eso pero creo que es normal. Uno lo hacía por necesidad porque el cuerpo mismo lo pedía”*. En este sentido no es la masturbación la que se internaliza, la masturbación es el medio para la adquisición de placer y solamente es empleada frente a la ausencia de encuentros sexuales. Incluso la masturbación es una práctica marginal en la vida adulta del hombre, como diría Benjamín *“¿Qué gana uno con pajearse? Yo*

solo lo hago cuando mi mujer tiene el periodo” pero a pesar de su posición marginal en la vida adulta la masturbación y los colectivos de exploración sexual cumplen un papel fundamental en el empoderamiento del placer dentro de los niños varones.

La naturalización del placer masculino no es un problema pero este empoderamiento es asimétrico; las mujeres son excluidas de estos procesos de socialización y su sexualidad se encuentra fuertemente restringida por instituciones sociales de control, del mismo modo su relación con el placer es mucho más compleja; la pasividad femenina en el sexo es una cuestión política (Fernández, 1993). Los colectivos de exploración sexual masculinos son rituales dentro de la consolidación de la masculinidad que buscan instaurar una separación sacralizante entre quienes son socialmente dignos de llevarlos a cabo y quienes están excluidos a perpetuidad, es decir, las mujeres (Bourdieu, 1998). Todos los hombres sin importar su condición social participan en dicho ritual, por lo tanto las prácticas masturbatorias y los colectivos de exploración sexual son transversales al género masculino, es decir se encuentran presentes en los hombres de todas las clases sociales; es un punto en donde convergen las distintas identidades masculinas.

La asimetría entre la alienación femenina y el empoderamiento masculino del placer se verá reflejada en la vida adulta, cuando hombres y mujeres interactúen dentro de un mismo acto sexual. Las prácticas sexuales que se lleven a cabo en dichos encuentros incorporarán la brecha previamente constituida dentro de los procesos de socialización de los sexos. Sin embargo, ésta brecha será en mayor o menor medida según los condicionamientos de clase social. Este será el tema a desarrollar a continuación.

3. Asimetrías entre las prácticas sexuales que el hombre da y recibe en relación a su pareja. Perspectivas comparadas entre hombres de clase baja y clase alta frente al sexo anal, inmovilizaciones y uso de disfraces o lencería como parte del encuentro sexual.

En la vida adulta los hombres se empoderan de su placer a través de las redes de socialización; así dentro del grupo de pares se definen los pilares básicos del quehacer sexual, es decir, qué prácticas sexuales empoderan y qué otras restan virilidad, del mismo modo se establecen los usos legítimos del cuerpo femenino (Bourdieu, 1998). En este sentido la mujer es ‘buena en la cama’ en la medida ceda ante las demandas sexuales masculinas, es decir que corresponda a los usos que han sido legitimados dentro de la socialización masculina. Mandarino comenta las conversaciones con sus amigos: *“uno con los amigos escucha de todo, que las mujeres le hicieron esto, que se lo chuparon, que se lo metieron, que se lo metió por la boca, que se lo metió por detrás, que se lo metió por delante, mejor dicho, todo lo que sabe la mujer hacerle a uno, entre los amigos nos preguntamos ‘¿cómo le fue con la mujer?’ y unos le dicen a uno ‘no, eso se acostó en la cama y le dije que tenía ganas de hacer esto y no me lo quiso dar’ y uno le pregunta a otros ‘¿y a usted marica como le fue?’ y le responden a uno ‘no marica a mí me fue bien, eso hicimos el carrito, el ocho, el salto del tigre, me le vine, me hizo la paja, mejor dicho de todo’”*. Para los hombres, la pareja sexual ideal es aquella que tiene iniciativa sexual, que disfruta del sexo, aquella que sabe cómo complacer al hombre, la que accede a lo que él quiere, la que corresponde los deseos sexuales del hombre, y finalmente, la que es ‘comprensiva’ con las necesidades sexuales masculinas (Fachel, 1999). En definitiva la mujer ideal es la que se encuentra alineada con las prácticas sexuales que los hombres han consensuado que ellas deben desempeñar.

Al ser la sexualidad uno de los ejes de la masculinidad, estas conversaciones tienen un efecto coercitivo dentro de las mujeres quienes destinan su repertorio de acción a tratar de satisfacer éstas demandas en un intento por combatir el miedo a ser abandonadas. En palabras de Maribel empleada doméstica de 30 años *“yo he ido a las reuniones con los compañeros de él y uno los*

escucha cuando ellos dicen ‘noo mano me comí una vieja y la dejé porque mal polvo’ comentarios entre ellos mismos, o por lo menos ‘nooo esa vieja que yo tenía se botaba y no hacía nada’ entonces uno lo que hace es parar oreja y yo pienso... Si eso es lo que dicen entre ellos entonces ¿Qué será lo que dirán de uno? Pues sí, uno escucha de que ‘noo que esa vieja es mala pal huevo, noo que esa vieja es grande acaba-chiros²’ o también uno escucha los otros comentarios contrarios ‘esa chiquitica me salió tremenda, esa chiquita me bajaba y me hacía y hasta estrellitas veía yo’ (...) Ellos si lo dejan a uno por eso –por no ser buena en la cama- por eso me gustaría tener como terapias para hacerlo uno mejor –el acto sexual-, como para experimentar cosas que uno no ha experimentado”’.

En una sociedad machista el hombre se impone sobre el cuerpo femenino y reclama su control sin embargo, en los sectores populares no se expresa del mismo modo ni en la misma medida que se expresa en los sectores dominantes: en los sectores populares el control sobre la sexualidad femenina es más fuerte en tanto que reproducen el modelo hipermasculinizado. Mientras que en los sectores dominantes las relaciones de género dentro del encuentro sexual tienden a horizontalizarse aunque persiste la dominación sobre el cuerpo femenino.

La determinación de los usos legítimos de los cuerpos subordinados en la sexualidad por parte de quienes detentan el poder es un fantasma histórico; en roma un varón podía tener relaciones sexuales con otro varón en tanto que fuera de jerarquía inferior y asumiera la posición pasiva, era aberrante que un ‘ciudadano’ adoptara la posición pasiva (Fernández, 2006). Del mismo modo ocurría con las mujeres que asumieran la posición activa o se colocaran encima del varón durante la copula. Entonces lo que es considerado aberrante no es la práctica sexual misma sino en la reversión del orden social (Fuller, 1994), por eso no es gratuito que en numerosas civilizaciones la posición amorosa en la cual la mujer se monta sobre el hombre, invirtiendo la relación de poder, sea explícitamente condenada y castigada (Bourdieu, 1998). Así pues, puede que actualmente lo que se considere condenable haya cambiado pero el sistema de roles de género dentro de las prácticas sexuales sigue vigente en el modelo hipermasculinizado.

Por ejemplo, la práctica de ser inmovilizado, atado o esposado a la cama como parte de la experiencia sexual impone la dicotomía de dominación y sometimiento puesto que aquel que se encuentre atado inmediatamente asume el rol pasivo y subordinado. Así, como era de esperarse, cuando se les preguntó a los hombres de sectores populares si alguna vez habían inmovilizado a su pareja-mujer la gran mayoría dijo que sí, sin embargo, en cuanto a ser inmovilizado por la pareja solamente el 33% afirmó estar dispuesto a permitir que su pajera lo inmovilizara. Es decir existe una asimetría frente a esta práctica en tanto que los hombres están dispuestos a inmovilizar pero no a ser inmovilizados. Dicho de otro modo no están dispuestos a asumir el rol subordinado, así la sexualidad masculina tiene que ser imponente, activa y dominante dentro del modelo hipermasculinizado (Viveros, 2001).

Así, un varón que asume la posición activa en el acto sexual con otro varón sigue siendo viril. Por el contrario, si ocupa una posición pasiva sería feminizado, incluso si su objeto de deseo es una mujer (Fuller, 2001), en este sentido, dentro del sistema de género hegemónico en los sectores marginales el hombre no puede permitir que se invierta el orden social de poder; eso le restaría masculinidad.

Por el contrario en las clases dominantes las relación entre dar y recibir tienden a atenuarse; los hombres han sido inmovilizados en la misma proporción que han inmovilizado a su pareja,

² En palabras de Maribel grande acaba-chiros es que se ven bonitas, buenas y hermosas pero que no sirven para la cama.

solamente un 20% de los hombres no está dispuesto a ser inmovilizado. A continuación se puede apreciar en el cuadro ubicado en la parte izquierda la relación en los sectores populares y en la parte derecha se presentan los resultados de los sectores dominantes:

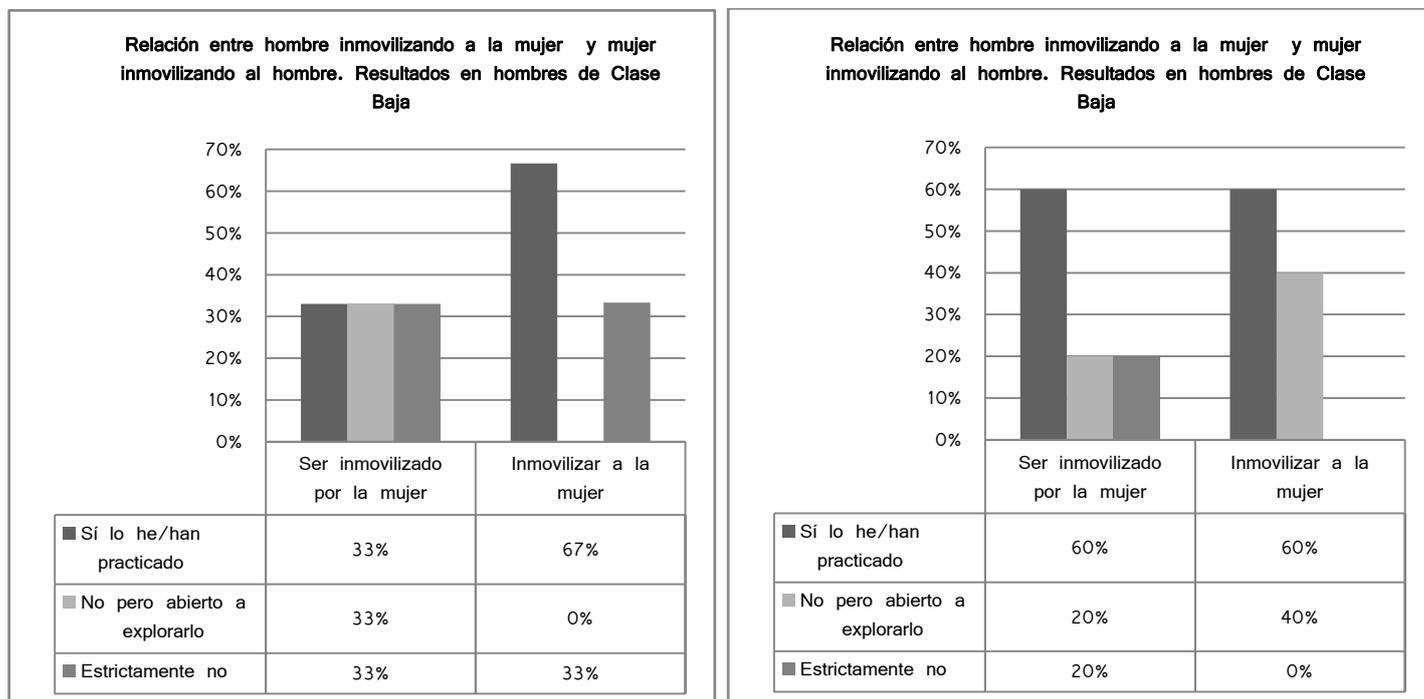


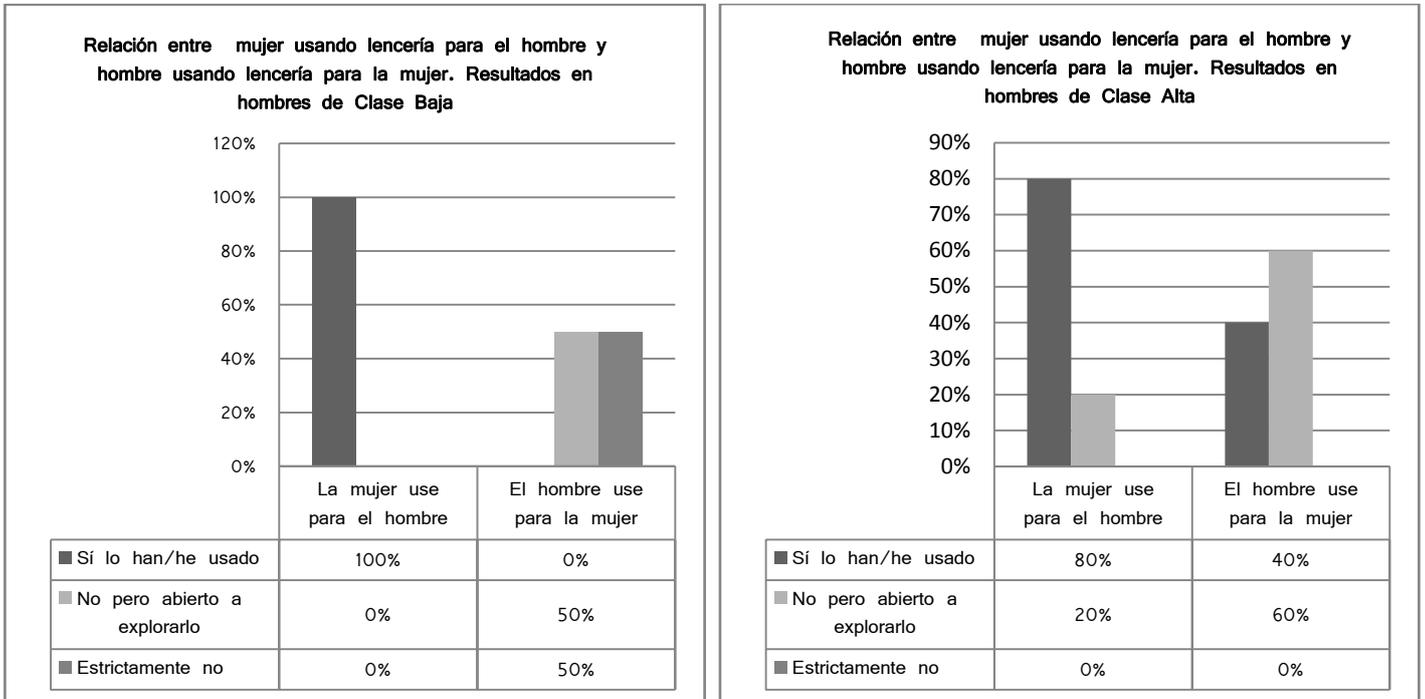
Gráfico 6: Disposición de hombres de clase baja (izquierda) y hombres de clase alta (derecha) en relación a inmovilizar a su pareja mujer y ser inmovilizados por ella.

Con respecto al uso de lencería o disfraces como parte del encuentro sexual la asimetría en los sectores populares fue mucho mayor a la presentada anteriormente; todas las mujeres se han disfrazado o usado lencería para el encuentro sexual con su pareja, sin embargo, ninguno de los hombres lo ha hecho y el 50% no está dispuesto a hacerlo nunca, mientras que el 50% restante está abierto a la posibilidad de hacerlo pero no lo ha hecho aún. Existen una serie de connotaciones peyorativas frente a un hombre utilizando lencería o disfraces que son reforzadas tanto por hombres como por mujeres, en palabras de Guillermo, celador de 22 años “*ellas se han disfrazado para mí pero yo para ellas no, pues yo pienso que es como ridículo por eso no me pongo nada de disfraces ni he intentado tampoco*” Alejo tampoco está dispuesto a disfrazarse para su pareja “*no me disfrazaría nunca, no me gusta, no me llama la atención hacerlo. Las mujeres si usan ropa bien sexy. Si yo lo hiciera me parecería jarto, aburrido, a mi no me parecería gracia hacer eso*”. Del mismo modo, Paola secretaria de 24 años de clase media opina “*noo a mi no me gusta –ver a un hombre usando lencería o disfraces-, eso se ve muy ridículo*”.

Anita mesera de 36 años opina que los hombres creen que al disfrazarse para una mujer están perdiendo hombría: “*será que sienten que de pronto haciéndolo están perdiendo mucho el ego de hombre, creen que ‘nooo si yo haciendo eso voy a hacer el ridículo’. No pues pensarán de pronto que si la pareja lo ve así le dirá ‘ay no porqué es así ¿no le da pena o qué?’*” Un hombre disfrazándose o usando lencería es emasculado por ser objeto de placer para la mujer, es decir, por no ser él el receptor y el sujeto del placer. Un hombre disfrazándose para una mujer invierte la relación dominado-dominante dentro del modelo hipermasculinizado de la sexualidad..

En las clases dominantes el escenario nuevamente es diferente; la asimetría entre dar y recibir tiende a atenuarse: ninguno de los hombres está en desacuerdo con el uso de disfraces o lencería, el 40% de ellos ya se ha disfrazado alguna vez para su pareja, mientras que el otro 60% restante está abierto a experimentar esta práctica. Diego al respecto dice *“un tipo –hombre- puede ser igual de sensual que una mujer solamente que hay gente que ve eso como malo, como un tabú más que todo porque no están conformes con su propia sexualidad”*.

Los cuadros a continuación exponen explícitamente lo que hemos dicho en los párrafos anteriores:



Gráfica 7: Disponibilidad de hombres de clase baja (izquierda) y hombres de clase alta (derecha) en relación a usar lencería para su pareja mujer y, que su pareja mujer utilice lencería para él.

La sensualidad es una serie de atributos simbólicos que se imprimen en el cuerpo femenino con el objeto de satisfacer los deseos y las fantasías masculinas, en tanto que los usos legítimos del cuerpo femenino son legitimados bajo el sistema hipermasculinizado. Así el hombre es sexual pero no sensual y esta relación funciona inversamente para la mujer: la sexualidad y la sensualidad dentro del modelo hipermasculinizado entran en contradicción puesto que la sensualidad encarna la pasividad, es alienarse en tanto sujeto de placer para convertir la propia corporeidad en el objeto de deseo de los otros. La dicotomía sensual/sexual se ha imprimido históricamente en los cuerpos como una característica inminente a la diferenciación sexual hombre/mujer; la apropiación y construcción del erotismo femenino en manos de los hombres es un dispositivo más de la dominación masculina en el ejercicio del poder patriarcal (Fernandez, 2006). De este modo, aunque el deseo de la mujer en ninguno de estos casos sea pertinente para la relación sexual, la mujer debe actuar seductoramente, invitando el deseo del varón mediante poses y actitudes que representan histriónicamente un deseo que no es propio (Castellanos, 2004).

Las mujeres poseen belleza, suavidad, delicadeza, armonía y suavidad en sus rasgos y gestos, en últimas las mujeres son bellas en cuanto débiles y vulnerables. Mientras que la belleza masculina está asociada directamente a la fuerza que deviene de un cuerpo duro y musculoso; por eso resulta tan trasgresora la idea de un hombre utilizando lencería o disfraces como parte del encuentro sexual, este ideal entra en contradicción con cuerpo que se torna agresivo, fuerte e inflexible

(Fuller, 2001) y como resultado, la hipermasculinidad no acepta ambigüedad solamente procesa un código binario hombre-mujer, los disfraces o la lencería incorporados en el cuerpo masculino genera una ambigüedad que el varón no puede entender; lo feminiza y lo vuelve objeto sexual del placer femenino invirtiendo así las jerarquías de poder que el orden patriarcal no puede permitir.

Lo que busca el orden patriarcal es imponerse, someter el cuerpo de los otros –hombres considerados débiles y mujeres- en todos los planos o escenarios incluido el de la sexualidad. Por ejemplo, el sexo anal es una práctica que por lo general es promovida por los hombres; el discurso femenino apunta a que esta práctica parece ser una demanda masculina en donde muchos casos la mujer accede ante la realidad inminente de ser abandonadas (Fachel, 1999). Del mismo modo dentro de los valores hipermasculinizados el hombre es el que siempre tiene que dar sexo anal ‘pero no dejarse’ puesto que permitirlo es asumir el rol pasivo y por lo tanto asumir los roles de figuras marginales como el homosexual o la mujer.

En resumen el hombre en tanto que receptor del sexo anal está atentando contra la virilidad y por eso no tiene que permitirlo, en palabras de Benjamín: *“yo le he hecho a mi mujer sexo anal pero eso de la estimulación prostática a mi no me lo han hecho y nunca lo he permitido, siempre me he cohibido en ese aspecto. Me lo han propuesto de pronto la manía de la mujer de querer sentir qué es meter el dedo, pero o sea, en la relación sexual apenas uno siente la mano cerquita –al ano- la reacción masculina es apretar las nalgas, uno queda en choque y queda quieto y le preguntan a uno ‘¿qué pasó?’ Y yo quedo como ‘no no no que pena a mi no me haga eso’ o sea en ese sentido yo me he cohibido, de pronto es algo psicológico es como la cuestión de ¿Qué tal que me quede gustando y me vuelva marica? Jajajaj. Yo ya tengo hijos, y ellos ya me han visto como el barón, el machonsote del paseo y que les salga por ahí el papá con un cuento distinto entonces ¿uy como así? dentro de mi masculinidad no lo permitiría, creo que atenta contra mi masculinidad. O sea tengo tanto sentido masculino, de pronto si sentiría cierto riesgo, como cierta falta dentro de esa educación que yo tuve cuando niño de que el hombre es hombre y el hombre tiene es que ofrecer y no dejarse tampoco”*.

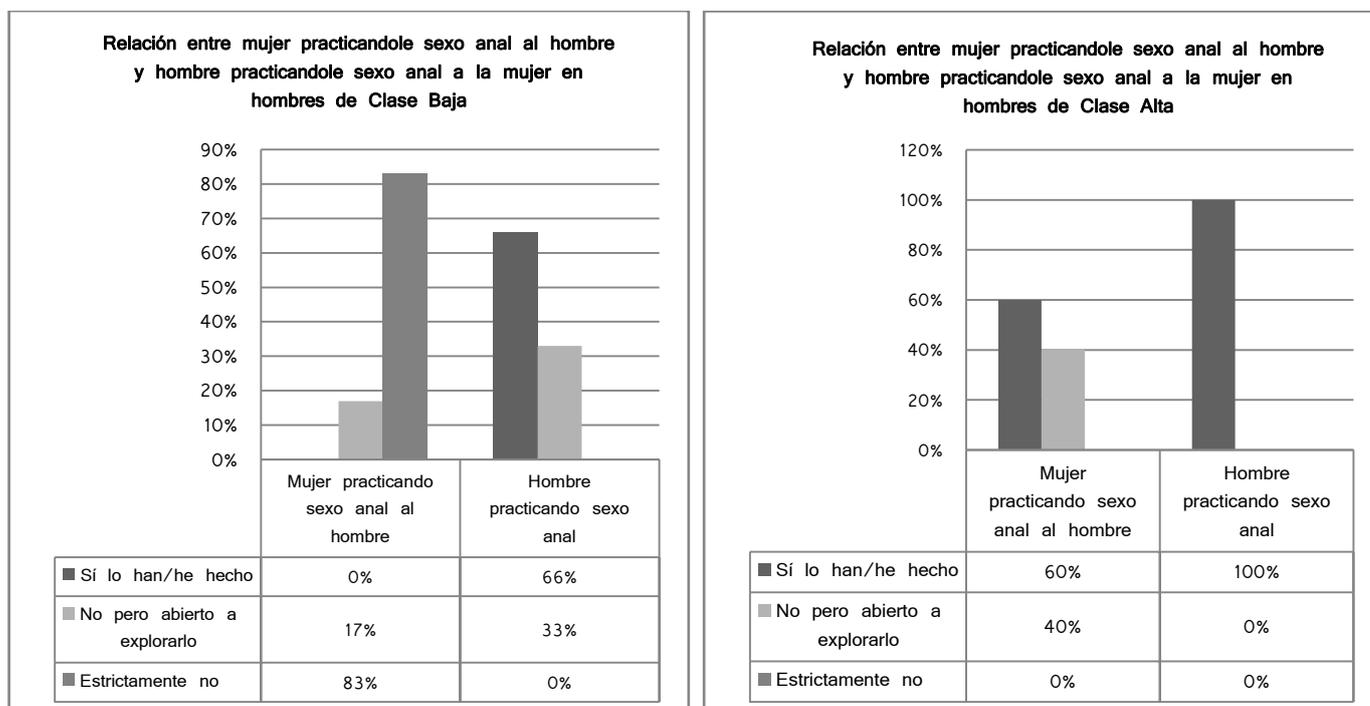
En este sentido no es la práctica del sexo anal la que atenta contra la masculinidad puesto que la gran mayoría de los hombres afirmaron que haberlo practicado con su pareja mujer, es el rol que se ocupa dentro de dicha práctica; la pasividad o ‘dejarse dar’ y asumir el rol de sumisión ante la mujer u otro hombre –figuras simbólicamente inferiores en jerarquía dentro del modelo hipermasculinizado- es lo que resulta problemático. Estos valores también se reafirman desde las mujeres; muchos hombres no se atreven a promover o permitir recibir sexo anal puesto que entraría en sospecha ante ellas. Gilma, secretaria de clase media de 35 años al respecto dice *“¿yo jugar con un pene de plástico a penetrarlo a él? No, eso nunca, sería un gay, sería como un cacorro no sé. A los manes les gusta sentirlo apretadito (el pene) o sea, que un man se lo meta a uno por detrás pues bueno pero ¿Qué se lo deje meter? Difícil. Yo pienso que un hombre que se lo deje meter por detrás es cacorro, es gay, le gusta. No sé si estoy errada”*. En la misma línea, Jazmín compañera de trabajo de Gilma también de 35 años y de clase media dice *“yo no sé pero a mí siempre me han dicho que cuando un hombre se lo pide por detrás –a la mujer- es porque le gusta ‘comer chiquito’ o sea le gusta comer hombre”*.

Así la masculinidad es puesta en escena bajo estrictos controles sociales, no solamente ante los pares sino también frente a quienes interactúan dentro de la sexualidad. Recibir sexo anal está profundamente vetado dentro de los valores hipermasculinizados, en este sentido el hombre es más género que individuo (Fernandez, 2006), puesto que dicha construcción de la masculinidad se impone sobre su subjetividad. Este es el caso de Andrés quien por miedo a que su virilidad sea puesta en duda no le ha propuesto a su pareja recibir sexo anal: *“de pronto para mí –recibir sexo*

anal- no es un atentado a la hombría si uno siente placer en eso y si uno lo hace con una mujer no es homosexualismo, uno no es homosexual, es una forma más de explorar el sexo. Pero hay muchas mujeres muy conservadoras que de pronto uno les dice ‘bueno, métame algo por el ano’ y digan ‘ay este man es marica, este man es gay, salió gay’ entonces por eso de pronto yo no lo he hecho. Porque un hombre recibiendo sexo anal es igual a homosexual, algo así”.

En las clases altas el discurso del sexo anal es completamente diferente: circula una creencia generalizada de que en el ano hay puntos de placer que intensifican el orgasmo masculino, Olmo cuestiona a los hombres que no acceden a recibir sexo anal “*no me sentiría atentado en mi masculinidad porque en el ano hay zonas erógenas impresionantes. Nunca me han metido los dedos pero si me han tocado ahí y sé que hay una serie de zonas erógenas ahí, que es más por una tara que los hombres no acceden a eso*”. En este sentido 60% de los hombres ya han practicado sexo anal y el 40% restante está abierto a explorar esta práctica. Sin embargo, en la mayoría de los casos éste imaginario se rompe ante la práctica, es decir, hay sentimientos encontrados entre los hombres que han sido objeto de exploraciones anales, declaran ‘no sentirse violados’ pero tampoco ‘completamente cómodos’. Diego relata su experiencia “*una vez me metieron un dedo pero no me interesó, no sentí ninguna sensación positiva al respecto pero no quiere decir que me haya sentido violado o que hayamos tenido que parar el acto o algo. No me pareció raro tampoco*”, Felipe agrega “*me lo hicieron una vez –sexo anal- pero fueron los dedos y pues la verdad me pareció que esa vieja no sabía de eso, me parece que era como muy burda, como muy basta, entonces me pareció como que no, la paré... Realmente parecía que no se controlaba muy bien. Eso depende mucho de la persona y con esa no me fue muy bien, y ninguna otra persona ha intentado hacer algo parecido. Pero tampoco le vi nada de malo, me pareció una exploración”.*

En la gráfica expuesta a continuación se comparan nuevamente los diferentes grados de asimetrías en relación a ‘dar’ y ‘recibir’ dentro de los encuentros sexuales, según la clase social:



Gráfica 8: disposición de hombres de clase baja (izquierda) y hombres de clase alta en relación a practicarle sexo anal a su pareja mujer y recibirlo por parte de ella.

En las revistas y productos culturales que consumen los hombres de los sectores dominantes se promueven nuevas formas de explorar la sexualidad y en muchos casos, tienden a descomponer el discurso hipermasculinizado: en este sentido se es ‘civilizado’ en la medida que el hombre no sea un ‘troglodita machista’, en los sectores dominantes se mira con escepticismo dichos discursos. A pesar de que esta no es una ideología dominante en las clases altas vale resaltar la fuerza que con el transcurso de los años adquirido dicha construcción alternativa de la masculinidad; una nueva identidad masculina está adquiriendo fuerza, y el medio en donde ha emergido ha sido esencialmente las clases altas, en donde el placer femenino ha empezado a adquirir relevancia dentro de las prácticas sexuales.

En contraste, en los sectores populares prevalece propiedad del cuerpo femenino; el hombre percibe que al ser el proveedor económico del hogar está pagando por servicios y esto contribuye a ensanchar la brecha entre ‘dar’ y ‘recibir’ en palabras de Héctor *“cuando uno se casa consigue pareja estable y esclava sexual por la misma inversión ¡claro que sí! Porque uno invierte ¿qué invierte? Está cubriendo uno los gastos y uno tiene unos derechos por darle esa comodidad. Entonces digámoslo así, uno piensa que ellas tienen que estar dispuestas –sexualmente- siempre cuando uno quiere, más no cuando ellas quieren”*. Helena desde su experiencia como mujer relata *“él –mi esposo- me ha amenazado más de una vez, me decía que si yo la embarraba en algo el de una me encendía³, que si no le servía la comida o que la ropa. Él es el típico tipo que quiera una sirvienta gratis en la casa con derechos sexuales, él a mi no me saca, me mantiene encerrada, yo no puedo tener amigos”*.

Recapitulando, a lo largo de éste capítulo hemos reconstruido como las distintas identidades masculinas, que se encuentran condicionadas por relaciones de clase social, tienen un impacto en las prácticas sexuales que los hombres incluyen en su vida erótica. También hemos reconstruido el proceso mediante el cual los hombres incorporan la sexualidad y el placer como algo inherente a su corporeidad, del mismo modo hemos brevemente mencionado como el proceso de socialización femenina es completamente opuesto y esto ha sido un factor determinante en la asimetría entre lo que el hombre ‘da’ y ‘recibe’ en relación a la mujer. Así, la tercera parte de éste capítulo lo hemos dedicado a profundizar como estas asimetrías no están igualmente acentuadas según la clase social y por tanto dependen en gran medida de las construcciones identitarias de la masculinidad que se desarrollan bajo marcos de bienestar o marginalidad socio-económica.

Finalmente a pesar que en el transcurso de éste escrito hemos reconstruido esencialmente las conductas más representativas en cada clase social, esto se ha hecho como parte de la labor sociológica de construcción de tipos ideales que contribuyen a la comprensión de éste fenómeno. Sin embargo esto no significa que todos los hombres de los sectores populares conservan y reproducen los valores hipermasculinizados; sin importar qué tan arraigado esté dicha identidad masculina siempre surgen construcciones identitarias opuestas que hacen contrapeso a las identidades hegemónicas y ampliamente legitimadas (Urrea, Quintín 2001). Por ejemplo, Javier, funcionario público de los sectores medio-populares cuestiona los discursos imperantes en relación a la masculinidad: *“yo no soy de los hombres que piensan que uno va una fiesta y uno se consigue una vieja y ya, yo tengo amigos que dicen ‘¡qué va! Usted que se va a poner enamorar, a decir cosas bonitas, a soñar vainas con las viejas no... Usted coge una vieja, la seduce y se la come y adiós, sale’ o sea, te estoy hablando como hablaría uno de ellos, así descarnado, un lenguaje demasiado burdo. Entonces ese tipo de hombres sí está pensando en su placer, es más, ni siquiera están pensando si la mujer tiene o no un orgasmo lo que les interesa es pensar que tuvieron un sexo con mucha fuerza, que eyacularon y se acabó. Nuestra sociedad es de ése estilo, a veces*

³ Encender: agredir físicamente a alguien, agarrar a golpes.

quienes pensamos diferentes somos tachados e incluso a veces nos han dicho que somos maricas porque ¿qué hacemos pensando en que una mujer hay que reconocerla en todas sus áreas y no solamente como un instrumento de satisfacción?”.

CAPITULO III

Restringiendo la sexualidad femenina; perspectivas comparadas acerca de las prácticas sexuales entre mujeres de clase alta y baja en Bogotá

Resumen: a pesar que la clase social es un factor determinante en las prácticas sexuales que los hombres incorporan, las mujeres de ambos sectores sociales tienden a compartir más similitudes que diferencias en relación a su conducta sexual. Esto se ve reflejado en la actitud y los discursos que las mujeres pertenecientes a ambos contextos sociales comparten en relación al sexo casual, la infidelidad y la prostitución. Del mismo modo en su socialización primaria prevalece el silencio y la represión institucional frente a los temas de sexualidad, lo anterior se ve expresado en los sentimientos de culpabilidad en relación a prácticas como la masturbación, el uso de juguetes sexuales y la restricción de experiencia sexuales con hombres.

Finalmente el capítulo explora la asimetría entre lo que las mujeres 'dan' en relación a lo que 'reciben' de su pareja hombre en relación a prácticas como el sexo anal y el uso de disfraces o lencería como parte del encuentro sexual; dicha brecha es más amplia en las mujeres de los sectores populares en comparación con aquellas que pertenecen a los sectores dominantes. Sin embargo, la identidad femenina hegemónica en ambos sectores sociales en relación a la sexualidad fabrica un cuerpo en donde prevalece la satisfacción de las necesidades eróticas del hombre por encima de las propias.

1. Cuerpo, deseo y femineidad.

Históricamente en la tradición occidental la dicotomía hombre-mujer ha sido fundamentada en función de la apariencia externa del cuerpo; desde su nacimiento al sujeto se le habla de una cierta manera, se le trata distinto, se le alimenta diferente y se depositan sobre él ciertas expectativas y deseos dependiendo de cómo lucen sus órganos genitales. Dicha simbolización cultural de la diferencia anatómica toma forma en un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas. Así, mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que es propio de hombres y de mujeres (Lamas, 1995). Sin embargo, cada uno de estos procesos determina destinos corporales totalmente opuestos, especialmente sobre la sexualidad: los cuerpos se valoran, se acarician, se miran diferente en función de su estructura corporal (Santos-Velázquez, 1995).

Para este caso, la experiencia de ser mujer consiste, entre otras cosas, en una serie de hábitos que resultan de la interacción diaria y los significados que se le atribuyen a dichas interacciones, sin embargo, este sistema simbólico no es resultado de un proceso ‘azaroso’ sino que está articulado en función de relaciones de poder, que dentro de la estructura patriarcal actualmente vigente en el contexto latinoamericano quiere decir, en función de la masculinidad hegemónica. En este sentido, el cuerpo femenino es construido para satisfacer los intereses y las necesidades de una sociedad falo-céntrica y, en consecuencia, socialmente la femineidad encierra todo lo que es atractivo para los hombres, específicamente la disponibilidad de su cuerpo y de su atractivo sexual (Castellanos, 1995).

A grandes rasgos, el proceso de socialización del cual es objeto la mujer en Colombia, y en general en los países donde prevalece el patriarcado, ha dado como resultado un cuerpo restringido y disciplinado, mientras que el cuerpo masculino en su condición de ‘casta’ dominante goza de libertades y excesos. Por ejemplo, el estudio realizado por la fotógrafa alemana Marianne Wex sobre el lenguaje corporal en espacios públicos documentó diferencias sustanciales en el lenguaje corporal de hombres y mujeres mientras esperaban el tren; las mujeres lo hacían con sus brazos y piernas cerradas y sus manos puestas sobre sus piernas; en las fotografías ellas lucen tensas y disciplinadas, totalmente rígidas e inflexibles. Por otro lado, los hombres tratan de expandir su cuerpo en el espacio, con las piernas abiertas y una actitud relajada (Bartky, 1988).

Así, según esta aproximación teórica y como ha sido ampliamente abordado en los estudios feministas, el cuerpo femenino es socializado bajo una rígida disciplina con el propósito de volverlo dócil y obediente; se incorporan dispositivos de poder que desarrollan habilidades tales como, la disposición de sentarse y escuchar cuidadosamente temas en donde no se está particularmente interesada, sentir gusto en complacer a los demás, tener el hábito de hacer lo que los otros quieren por encima de los propios deseos o desarrollar tareas repetitivas y poco interesantes (Figueroa, 2004). El presente capítulo pretende explorar como estos hábitos también se replican en las prácticas sexuales femeninas, o por lo menos esa es la realidad que vive gran parte del grupo de mujeres que participó en esta investigación.

Así, puesto que la sexualidad es una extensión corporal, es decir forma parte de las prácticas cotidianas de hombres y mujeres, no está exenta de dicho disciplinamiento; sobre los cuerpos se establece una doble moral en tanto que encierran valores antagónicos para hombres y mujeres: valoriza en ellos la promiscuidad, y en ellas, la castidad. La virginidad es considerada una virtud en la mujer, y menospreciada en el hombre. En el contexto latinoamericano actual, la infidelidad masculina es más aceptada e incluso, en ciertos sectores sociales es promovida, mientras que en la mujer dicha práctica es castigada y vigilada con muchísima mayor severidad en comparación con sus contemporáneos masculinos (Castañeda, 2002), en últimas, se implantan valores de tipo

flexible, laxo y permisivo en los hombres y de tipo severo, estricto y controlado para las mujeres (Corrales, 2005).

Vale agregar que el proyecto machista de controlar la sexualidad femenina es en gran parte posible gracias al proceso histórico-social de producción de una forma particular de subjetividad: *la pasividad sexual femenina*, por medio del cual la mujer se aliena de la propiedad y la exploración de su cuerpo y renuncia a la búsqueda activa del placer sexual para posteriormente ponerlo al servicio del hombre (Fernández, 2006). La mujer ‘asexuada’ podría definirse como aquella que no tiene necesidades eróticas propias, nunca toma la iniciativa, no alberga fantasías sexuales y tampoco se masturba sin embargo le angustia no ser considerada lo suficientemente sensual o femenina, en otras palabras, le angustia no ser objeto de deseo masculino (Castañeda, 2002). Por lo tanto, la sexualidad femenina no es auto-determinada, es decir construida por-y-para las mujeres sino que es impuesta por quienes han detentado el poder; los hombres quienes dentro de su construcción identitaria han incorporado el sistema ideológico del patriarcado (Mackinnon, 1987).

Desde esta perspectiva la mujer es puesta al servicio del hombre, debido que el deseo masculino así lo requiere para su excitación y satisfacción. Así la sexualidad femenina existe sólo para ser el deseo del ‘otro’ más no para deseárselo; todas las connotaciones simbólicamente sexuales que la mujer encarna no recaen sobre ella misma sino sobre aquellos quienes históricamente se han apoderado de su sexualidad (Castellanos, 2004), esto explicaría porque muchas veces las mujeres han caído en la trampa de acceder a tener relaciones sexuales por encima de su propia voluntad.

Dentro de los estudios sobre femineidades ha prevalecido el marco interpretativo el cual afirma que, la dicotomía pasividad/actividad impone una doble moral sexual en la que el hombre firma los derechos de exclusividad sobre el cuerpo femenino y en consecuencia la cosifica en tanto que el placer femenino poco o nada cuenta dentro del encuentro sexual. En consecuencia, el repertorio de acción sexual que las mujeres incorporan en su vida erótica está destinado a satisfacer intereses ajenos. Del mismo modo, se puede decir que este es esencialmente un proceso político en donde el cuerpo femenino, como territorio moral, ha sido manipulado por un conjunto poderes y mecanismos de control social, como la vigilancia y el castigo, con el fin de garantizar su total sumisión hacia el hombre, a quien por el contrario, escasamente se le imponen restricciones sobre su sexualidad (Hernández, 2008).

Así, en vez de ‘pasividad’ sexual femenina sería más apropiado hablar de ‘pasivización’ en tanto efecto de la violencia simbólico-institucional del cual ha sido objeto la sexualidad femenina dentro del patriarcado, mas no de un predisposicionamiento natural: si partimos de que la libido es idéntica en hombres y mujeres tenemos entonces que reconocer que la masculinidad activa y la femineidad pasiva son procesos impuestos culturalmente en aras de legitimar la dominación masculina (Fernández, 2004; Lamas, 1995). Igualmente tenemos que reconocer que la mujer asexuada, junto con todas sus implicaciones, es también un proyecto político, dentro del cual también se construyen otros imaginarios sobre el cuerpo femenino, por ejemplo, que la mujer obtiene placer en cuidar a los demás, que únicamente demuestra su afecto maternal y nunca erótico, o bien, que nunca se toca ni se masturba (Corrales, 2005).

En este sentido la sexualidad tal como la conocemos es un discurso esencialmente masculino en tanto que el acto sexual por lo general hace referencia a la penetración del pene erecto en la vagina –u orificios similares que la sustituyan- seguido de embestidas hasta lograr la eyaculación masculina; ‘tuvimos relaciones sexuales tres veces’ típicamente significa que el hombre penetró a la mujer en tres ocasiones y tuvo tres orgasmos (Mackinnon, 1987), es decir, como lo hemos mencionado a lo largo de este apartado, la construcción de los significados referentes a la sexualidad es monopolizada por los hombres; este es el escenario en América Latina y por lo

general en todos los países en donde el patriarcado es la ideología cultural imperante. En este sentido, si queremos comprender como funcionan los dispositivos de poder en la sexualidad debemos desarmar los procesos socializadores que distinguen tanto a hombres como mujeres que interactúan en ellos. Este será uno de uno de los propósitos del presente escrito.

1.2 El cuerpo y clase social en los estudios sobre femineidades.

Actualmente en el contexto latinoamericano ha habido avances significativos en materia de derechos laborales y jurídicos para las mujeres. Sin embargo, a pesar de dichas transformaciones persisten formas de control y dominación sobre ellas, así tengan acceso a los medios de producción. La existencia de dichas formas de dominación pone en tela de juicio la creencia generalizada de que, el marco de derechos conlleva a la igualdad de género *per sé*.

La complejidad de este fenómeno plantea la necesidad de incorporar nuevos factores de desigualdad que, de manera interrelacionada, forman parte de las estructuras que mantienen a las mujeres en situaciones desfavorables de precariedad y de vulnerabilidad social (García-Saíenz, 2009). Dicho de otro modo, el modelo de la interseccionalidad sienta las bases para el entendimiento de los dispositivos de poder que intervienen en el ejercicio de la femineidad.

En relación a lo anterior, actualmente prevalecen dos marcos interpretativos que interrelacionan la clase social con el patriarcado. La primera de estas teorías plantea una relación simbiótica entre capitalismo y patriarcado; cada uno de estos sistemas por separado no llega a explicar la situación de desigualdad de género, así, la opresión de las mujeres en el trabajo doméstico, por ejemplo, es el resultado de las fuerzas ejercidas por sistema capitalista y el sistema patriarcal. Esta teoría plantea que ambos sistemas actúan de manera articulada, simbiótica, de forma que se refuerzan y legitiman mutuamente (García-Saíenz, 2009). Sin embargo este modelo también plantea un problema; si la relación entre capitalismo y patriarcado es simbiótica ¿qué explica que el sistema patriarcal haya antecedido históricamente al capitalismo o que actualmente prevalezca en sociedades que no son capitalistas?

Este problema nos remite inmediatamente a la segunda perspectiva teórica, la cual considera al capitalismo y al patriarcado como sistemas diferenciados, autónomos y que actúan de manera separada. Esta teórica vincula el sistema capitalista con el control económico y el sistema patriarcal con el control ideológico (García-Saíenz, 2009). Dicho de otro modo, mientras el patriarcado exista como institución, la dominación sobre las mujeres existirá sin importar el modelo de producción que prevalezca, porque aunque las mujeres tengan acceso a los medios de producción o generen su propia riqueza, el patriarcado garantiza el control social y simbólico de lo que ellas producen.

Sin embargo, a pesar que el patriarcado se impone sobre las mujeres sin importar su clase social, vale preguntarse si dicha institución afecta a las mujeres que pertenecen a contextos de marginalidad y exclusión social, del mismo modo que afecta a aquellas que viven en condiciones de bienestar social y económico. Igualmente vale preguntarse si el patriarcado se impone sobre el cuerpo y las prácticas sexuales femeninas de la misma manera en las mujeres de los sectores marginados y en aquellas que pertenecen a las clases dominantes.

Así, a pesar de los procesos de transformación institucionales en América Latina en materia de derechos para la mujer, parece ser que la lucha por la igualdad en el plano de lo sexual será más ardorosa que el combate por ciertas reivindicaciones económicas y jurídicas (Vitale, 2002). La inserción de la mujer dentro de la estructura productiva y su posterior acceso a los medios de producción no logra contrarrestar, en la mayoría de los casos, la lucha mediática de consumir su cuerpo; puede que el cambio de las relaciones de producción permita la obtención de importantes

beneficios para la mujer sin embargo estos no garantizan la modificación de la conducta posesiva del hombre en el acto sexual *per sé* (Vitale, 2002). La dominación masculina en el ámbito sexual es mucho más sutil e inconsciente en comparación con otras expresiones del poder patriarcal tales como, la violencia física o la agresión verbal; la dominación en la sexualidad muchas veces se impone de formas muy sutiles, como por ejemplo, una petición cariñosa o un ruego amoroso constante, lo que la hace mucho más difícil de percibir y por tanto, de combatir.

Para Katherine Mackinnon, lo que hace que la sexualidad femenina sea inmune a las luchas sociales y reivindicaciones de género es que el modelo patriarcal sigue imponiendo silencios institucionales sobre el cuerpo y la sexualidad femenina en relación al placer; dichos silencios se encuentran presentes en todas las clases sociales, así el pudor y la vergüenza son dispositivos de poder que agotan las posibilidades de las mujeres de expresar plenamente y de variadas formas su sexualidad mientras que consecutivamente reproducen los mecanismos de auto-represión que la sociedad patriarcal le asigna (Mackinnon, 1987). Así, la clasificación de mujeres y hombres en tanto que juegan un rol ‘pasivo’ o un rol ‘activo’ es una diferenciación arbitraria en tanto que es construida socialmente pero que en últimas termina siendo un agente tremendamente definitorio en la reproducción de los valores que promueven el consumo del cuerpo femenino.

Ha sido ampliamente aceptado que el acceso a los medios de producción juega un papel central en las relaciones entre hombres y mujeres en tanto que la base de la dominación masculina es el manejo de los recursos materiales y económicos. Sin embargo el acceso de las mujeres a los medios de producción no promueve la igualdad de género *per sé* puesto que la dominación de los recursos materiales también es una lucha simbólica; el patriarcado es un sistema ideológico que se expresa de múltiples formas, entre ellas el control de los medios de producción por parte del hombre sobre la mujer, sin embargo, que las mujeres tengan acceso a los medios de producción no significa que el sistema ideológico patriarcal haya desaparecido, sino más bien que la forma en que dicho poder se expresa se ha transformado. Por ejemplo, en los sectores populares, las mujeres administran el hogar con el dinero que sus maridos les proporcionan para los gastos, muy frecuentemente a cuentagotas y a través de constante presiones. Los hombres dan a sus mujeres lo estrictamente necesario para mantener la casa, lo cual al mismo tiempo les permite controlar lo que se consumen, y por supuesto, las decisiones que su esposa toma. Así, la gran diferencia entre la actitud de hombres y mujeres hacia el dinero es que los primeros pueden darse el lujo de ser arbitrarios con el gasto (Castañeda, 2002).

El ejemplo expuesto anteriormente corresponde al sistema de dominación de la riqueza de *hecho*, es decir que efectivamente los hombres cuentan con el monopolio de los recursos económicos. Sin embargo, como se mencionó en el párrafo anterior, no solamente existe la dominación de hecho sino también simbólica, esto es, demeritar los ingresos femeninos sin importar cuán significativa sea su cuantía dentro de la economía del hogar. Esta es una forma diferente en la que se expresa el poder patriarcal, la cual es muy popular en los sectores sociales en donde la mujer está articulada dentro de la estructura productiva. Así, a pesar de que en los sectores dominantes la mujer tiene la posibilidad de integrarse al mercado laboral, estudiar carreras universitarias y por tanto generan su propia riqueza, estos ingresos son considerados ‘innecesarios’ o ‘aportes voluntarios’ puesto que históricamente quien ha asumido el rol de proveedor es el hombre y el trabajo femenino por tanto es percibido como un pasatiempo, puesto que sin ellos el hogar puede seguir funcionando normalmente gracias a los ingresos que provee la figura masculina (Kogan, 1999). Por esta razón, a pesar de que los roles de género están cambiando y cada día las mujeres se integran a labores masculinas y viceversa, esto no necesariamente refleja, como mencionábamos en párrafos anteriores, un cambio en los valores profundamente asimétricos del sistema bidimensional de

género, más bien, refleja un cambio en la forma en que se ejerce el poder patriarcal sobre el cuerpo femenino y posteriormente sobre su sexualidad (Castañeda, 2007).

En síntesis, las transformaciones sociales tales como la inclusión de la mujer en el mercado laboral, bien sea formal o informalmente no tiene un mayor impacto sobre las relaciones de género *en sí mismas*; el machismo es un sistema simbólico incorporado sutilmente en los procesos de socialización y que está presente en todas las clases sociales. Dentro del sistema machista son los hombres quienes otorgan juicios de valor a las prácticas femeninas y estos pueden ser positivos o negativos en relación a su conveniencia, por ejemplo, no es gratuito que una mujer ‘delicada’, es decir, débil e incapaz de protegerse a sí misma, sea una virtud que los hombres buscan en su pareja. Del mismo modo no es gratuito que las mujeres se ajusten a este modelo y que deseen ser frágiles.

Siempre que sean los hombres quienes impongan el deber ser femenino, siempre que sean ellos quienes ajusten el sistema de significados de lo que es ‘deseable’ y lo que no es aceptable en una mujer a su libre albedrío, el sistema patriarcal prevalecerá sobre cualquier transformación social, se mantendrá erecto frente cualquier sistema económico, político o jurídico, se impondrá sobre las mujeres sin importar cuánto ellas puedan contribuir dentro de la estructura productiva. En últimas, será transversal a cualquier clase social y situará a las mujeres como ciudadanas de segunda categoría en relación a sus pares masculinos. La lucha de clases es la lucha por la autodeterminación; la clase ‘dominada’ es aquella cuyas acciones no son auto-definidas, sino que son determinadas por fuerzas y personas que están por fuera de su control (Holloway, 200). La construcción de la identidad femenina no está muy alejada de dicha definición; la mujer no es un ser auto-determinado en tanto que su deber ser es impuesto por el patriarcado. La gran diferencia entre la dominación de clase y la dominación de género es que la primera es legitimada por el acceso a los medios de producción mientras que la segunda por la apariencia externa de los órganos genitales.

Así, la interseccionalidad de clase social y género en los estudios de cuerpo y sexualidad provee un marco explicativo fundamental que sitúa al patriarcado como el sistema ideológico que legitima la dominación de clase social e incluso la trasgrede en tanto que las mujeres de los sectores dominantes también se encuentran profundamente afectadas por dicho sistema ideológico. Por tales razones, aunque haya transformaciones en el escenario jurídico y laboral en el contexto latinoamericano estos no logran permear profundamente en la consciencia de los valores del patriarcado; el escenario de conflicto entre las relaciones de poder se ha desplazado más no ha desaparecido, y esto se puede evidenciar en el ámbito de la sexualidad femenina.

A lo largo de este capítulo mostraremos como a pesar de las condiciones de bienestar económico y social de las que gozan las mujeres de los sectores dominantes, sus prácticas y hábitos sexuales no se diferencian considerablemente de sus homologas de sectores menos favorecidos. Sin embargo, los discursos sí tienden a distanciarse; las mujeres de clases dominantes tienden a favorecer un discurso liberador en cuanto a su sexualidad los cuales no se reflejan en sus prácticas ya que siguen reproduciendo los roles impuestos por el modelo patriarcal, mientras que las mujeres de clases populares incorporan un discurso restringido en relación a su cultura sexual, el cual resulta ser más coherente a sus prácticas sexuales, ya que se acepta y se reconoce la dominación masculina como una institución legítima que las somete.

2. La restricción sexual femenina; perspectivas comparadas de las opiniones que las mujeres tienen en relación al sexo casual, la infidelidad y la prostitución.

En primer momento vale agregar que la ‘resistencia’ que las mujeres imponen sobre su sexualidad no es una forma de lucha política sino más bien un estereotipo cultural impuesto. El dominio frente a lo sexual está dividido en ‘restricción, represión y peligro’ para las mujeres, y ‘exploración, placer y acción’ para los hombres (Mackinnon, 1987), por esta razón casi todas las sociedades del mundo valoran la sexualidad masculina, elogian la promiscuidad y la competencia sexual en los hombres; en cambio la sexualidad femenina es desalentada y reprimida e incluso castigada severamente en algunos países cuando se expresa fuera de los parámetros sociales vigentes: la mujer que vive su sexualidad en libertad es menospreciada por hombres y mujeres, quienes la califican de puta o machorra (Castañeda, 2002).

Dentro de los valores que dentro de la sociedad colombiana se promueven, para las mujeres el sexo casual está en la lista negra. Por ende, durante el transcurso de su vida la mujer tendrá que lidiar con el miedo de ser considerada ‘puta’, este apelativo será una fuente inagotable de angustias e inseguridades, razón por la cual tratará de distanciarse de cualquier conducta que ponga en duda su ‘honorabilidad’, en palabras de Helena, desempleada de 33 años de los sectores populares “*no me iría con un desconocido a la cama porque la intimidad es algo muy privado y uno no se lo entrega al primero, por moral, por respeto, por una enfermedad, uno no sabe quién es, uno no sabe de dónde viene, uno no sabe donde vive, nada. Entonces no*”. En lo referente a la asociación entre género y sexualidad, en el modelo marianismo-machismo que propone Norma Fuller, el sexo es concebido como una fuerza desordenada y disruptiva en sí misma, tanto para hombres como para mujeres. Sólo que la mujer es la encargada, por su superioridad moral y mayor contacto con lo sagrado, de contener esta fuerza disruptiva, ya que los hombres no pueden hacerlo por su relación con la calle y su incontinencia sexual. Así, la mujer es considerada la fuente de toda virtud y, en consecuencia, de naturaleza incorruptible: su espacio es el hogar, y a diferencia del hombre, se encuentra protegida de todo peligro bajo las fuerzas que encierra su pureza sexual (Fuller, 2001).

Desde esta perspectiva, el sexo es desorden/pecado, sin embargo la mujer es capaz de contenerlo porque está protegida por sus altísimos estándares morales, así, ella debe ofrecer resistencia para que no haya desborde; si ella entrega su cuerpo a las fuerzas caóticas del sexo por fuera de los medios legítimos dispuestos para ello, entonces está condenada (Fuller, 2001). Por lo tanto la mujer que no logra contener sus deseos sexuales encarna un peligro inminente para la sociedad pues es ella quien debe incorporar estos valores ante la incapacidad de los hombres de contenerlos, dicho de otro modo, es ella quien lleva la batuta moral de la sociedad. Así, la mujer que acepta encuentros sexuales casuales está enferma en tanto que carga sobre su cuerpo y sus acciones una terrible enfermedad que, a riesgo de contagio, es necesario aislarla. En palabras de Alejo “*la opinión de mi familia sobre mi mamá era que ella era una puta porque mi mamá tuvo 11 hijos con diferentes personas, entonces no podíamos nosotros acercarnos a ella porque eso era muy malo para mi familia*”. El aislamiento es uno de los castigos sociales que tiene como propósito restringir la sexualidad femenina en cualquiera de sus formas; este es uno de los dispositivos de poder que sostienen el sistema profundamente desigual de género en cuanto a las libertades y restricciones sexuales de hombres y mujeres; para el hombre el sexo casual es una fuente de prestigio social (Santos-Velázquez, 1995).

De este modo sobre la mujer se despliega todo el peso institucional del control de la sexualidad; se espera de ella una conducta sexual impecable bajo la amenaza constante de ser aislada como una leprosa, en palabras de Anita, mesera de 36 años de los sectores populares “*por lo menos acá en Latinoamérica está muy mal visto eso –el sexo casual–, acá la gente hace comentarios, que uno es una fufurufa, que uno con el primero que ve se acuesta, que es una perra, que es una zorra, una vagabunda. Si estuviera en Europa ahí si me apunto porque ya es otro mundo, ya es otra cosa, la*

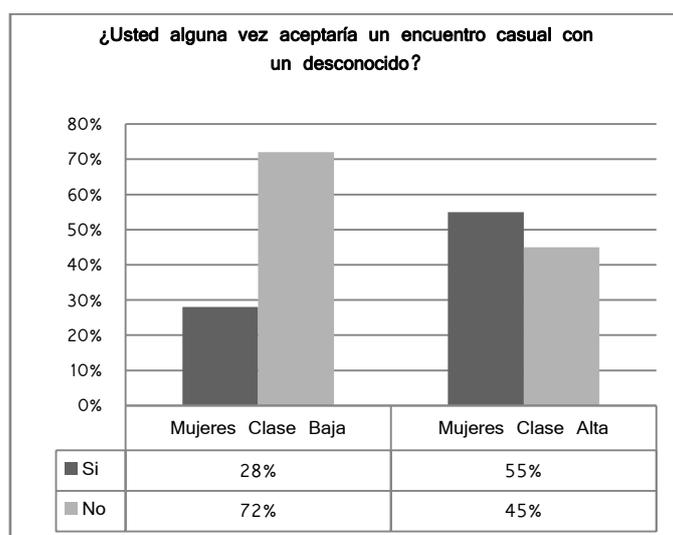
gente no lo va a criticar a uno porque allá las mujeres están acostumbradas a ése ambiente". Así, esencialmente de la mujer, dentro del modelo bidimensional del género, se espera prudencia; ella tendrá que evaluar, e indagar meticulosamente una y otra vez sobre las intenciones del hombre que quiera acceder a ella. Propenderá a restringir los contactos sexuales o aquellos espacios en que estos puedan ocurrir.

La mujer teme a ser juzgada por otras mujeres pero también por otros hombres; dentro del sistema hipermasculinizado al hombre le resulta profundamente desagradable estar con alguna mujer 'que tenga mala fama', es decir, aquella mujer 'con quien ha estado todo el mundo' (Alsop, Fitsimons, Lennon, 2002). En palabras de Jane, cocinera de 28 años de los sectores populares: "*ellos dicen 'esta china así como se acostó conmigo hoy, con el primero que conozca es así, se va a acostar' entonces uno tiene que cuidarse de eso. Ellos mismos se hablan, hombre con hombre, ellos se van comunicando 'mira que me lo dio' 'que mira que lo hace así' 'mira que ésta lo hace bien bueno' porque es que yo he oído como se ponen a hablar mal de la gente, de las mujeres, entonces uno se cuida de eso. Como mi mamá me da tanto consejo me dice 'Jane el día en que tu estés con un macho enseguida no se lo vayas a dar porque después dice que tu eres una 'culo-loca'' como dicen en la costa, una puta. Culo-loco es que enseguida lo va dando -el sexo-, entonces si uno se demora uno o dos meses ellos dicen 'esta pelada sirve porque fijate que lo he pedido tanto tiempo y nada que me lo quiere dar' entonces uno tiene que aguantarse un poquito y él no, como te digo, hombre es hombre, un hombre se puede comer mil mujeres en la noche. Un ejemplo, un hombre se puede comer 1, 2, 4, 5 mujeres en la noche y ellos se creen el macho man porque es hombre*".

En este sentido los colectivos de socialización masculinos en donde se expresan abiertamente las opiniones de los hombres en relación a sus experiencias sexuales con las mujeres juega un papel importante en la regulación de la conducta sexual femenina: determina cuál es el deber ser de la mujer mediante el rechazo o la aprobación de sus prácticas sexuales. Así, la mujer decente es aquella que en lugar de ser amable con todos los muchachos, dedica la atención a uno en particular, o a ninguno en su defecto, para evitar comentarios generalizados que pongan en duda su buena imagen, ya que ser considerada una 'chica fácil' provocaría que algún hombre se le acercase con intenciones deshonestas que podrían poner en riesgo su reputación (Hernández, 2008)

Tanto mujeres de los sectores populares como de los sectores dominantes tienden a restringir el sexo casual, sin embargo los discursos en los sectores dominantes tienden a tener un elemento diferenciador; las mujeres de los sectores dominantes se describen a sí mismas como mujeres liberales que cuestionan las imposiciones culturales en cuanto a su deber ser como mujer. En palabras de Diana, empresaria independiente de 37 años de los sectores privilegiados: "*la experiencia con las monjas me dejó haber aprendido a entender que quiero vivir en libertad y que no creo en ese dios castigador, creo que dios es un bacán que todo lo que hay es perfecto que uno vino acá para pasar contento así sea tirando antes del matrimonio, así sea tirando con hombres casados. Yo rechazo la idea de un Dios castigador, el temor de dios a 'no fornicar', no sé todas esas cosas*". Sin embargo, permanece la idea del sexo dentro de los marcos del amor, el compromiso y la entrega, pues consideran la experiencia sexual mucho más placentera si ocurre en estos términos, Diana agrega "*me gusta tirar enamorada, me gusta tirar involucrada, si es para tirar tengo amigos para tirar, siempre hay con quien tirar, pero no me gusta tirar así, es decir, tendría que ser una abstención sexual ni la hijueputa pero en ese caso prefiero masturbarme*". Así, las mujeres de los sectores dominantes aunque no estén completamente cerradas al sexo casual tienden a restringir esta práctica en tanto que no exista la posibilidad de llevar la relación sexual a un compromiso posterior.

En este sentido la industria cinematográfica, televisiva y musical son insumos culturales que reproducen la estructura ideológica del patriarcado en tanto que promueve un ideal del amor androcéntrico en lo que McClary denomina ‘retórica de seducción’ en donde el sexo se convierte en una experiencia deseable si o solo si uno dentro de la experiencia sexual es amado y ama a la figura masculina, mientras que para los hombres sexo y amor son ideas disociadas (Viñuela, Rodríguez, 2009). En este sentido el ideal del amor es un elemento esencial dentro de la construcción identitaria femenina y que introduce a las mujeres dentro de la estructura monogámica (Spataro, 2009). El gráfico que aparece a continuación expone la tendencia de las mujeres de los sectores populares a restringir el sexo casual, mientras que en las mujeres de los sectores dominantes existe una ligera tendencia a aceptar esta práctica aunque la resistencia sigue siendo significativamente fuerte:



Gráfica 9: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez aceptaría un encuentro casual con un desconocido? según clase social Alta y Baja en Mujeres.

En cuanto a la infidelidad femenina las actitudes del patriarcado tienen un impacto en la restricción de ésta práctica; dentro del código machista el odio es un baluarte de la masculinidad, en este sentido los verdaderos hombres no olvidan las ofensas, ni perdonan la humillación, ni dejan de esperar la oportunidad para vengarse (Castañeda, 2002); estos valores socialmente atribuidos a la hipermasculinidad se materializan en amenazas explícitas hacia aquellas mujeres que incumplan el pacto de la fidelidad, sin embargo la fidelidad es esperada de ella hacia él pero no de él hacia ella pues la condición sexual incontrolable del hombre le impide cumplir su parte del pacto (Fuller, 2001).

En varias de las entrevistas realizadas en esta investigación, las mujeres de los sectores socialmente excluidos afirmaron reiterativamente sentir angustia frente a las posibles consecuencias de la infidelidad; durante el compromiso conyugal las mujeres de los sectores socialmente excluidos enfrentan uno de sus más grandes miedos: la muerte, pues la infidelidad por parte de la mujer es un mandamiento imperdonable dentro del modelo hipermasculinizado y probablemente también una fuente de humillación y deshonor que en muchos casos podría llevar a desequilibrar los sentidos del hombre y llevarlo a un estado de irracionalidad y locura. En palabras de Anita “*pueden quitarle a uno hasta la vida porque uno no sabe hasta qué grado se le daña el autoestima a la persona y lo pueden salir lastimando a uno. Hay muchas mujeres que por eso no son infieles, porque dicen ‘no si mi marido se llega a dar cuenta es capaz de que me mata’ y efectivamente lo pueden matar a*

uno, no ese día ni el otro día, pero algún día como ha pasado con muchas mujeres que han dejado los maridos por otro y ya llevan tres cuatro años de dejarlos y cuando uno menos piensa ¡tenga! Sí, a mí sí me da miedo que me maten, uno no sabe cómo va a reaccionar la persona, vaya uno y les dañe su ego es mejor no arriesgarse”. El machismo es un factor sociocultural determinante de los crímenes pasionales debido a que ésta institución social enfatiza en la posesión de la mujer, en este sentido, a pesar de que los celos son un factor universal, prácticas culturales promovidas por la hipermasculinidad hegemónica los dinamizan (Bogaert, 2008), especialmente en aquellos escenarios en donde el estado de ‘locura’ es legitimado socialmente por el grupo de pares quienes consideran inaceptable la traición sexual.

Así, dentro de los sectores populares, la infidelidad femenina es uno de los principales detonantes de los crímenes pasionales debido a que la construcción identitaria hipermasculinizada prevalece en este sector social. Del mismo modo el miedo de las mujeres es alimentado constantemente por los medios de comunicación amarillistas como *El Espacio* cuyas historias de sangre y muerte juegan un papel fundamental en la consolidación de la monogamia femenina en los sectores socialmente marginados; las mujeres tienden a relatar y contar estas historias como si fueran propias, las viven y las internalizan como parte de su construcción de sujeto. Helena, desempleada de 33 años de los sectores populares relata como una de estas historias jugó un papel determinante en su construcción identitaria; *“no, yo no le he sido infiel a ninguna de mis parejas, el flaco me mata, empecemos por ahí. Me mata, literalmente. Porque él dice que yo soy solo de él y que tengo que morir al lado de él... Sí hay un amigo de él que me encanta, me fascina, pero no, hasta ahí. Literalmente me matan. Y en Ciudad Jardín se dio un caso feo, hubo un caso de un tipo que celaba mucho a la esposa y la veía con amigos y una noche llegó borracho y se la montó porque disque los vecinos la habían visto hablando con un muchacho. Y ahí lo feo es que la muerta no fue ella, el tipo llegó borracho y fue a puñalearla a ella y ella ya estaba prevenida porque lo escuchó desde la puerta gritando horrible y cogió un cuchillo en la cocina y se lo clavó en una pierna pero ella pensó que solo fue un rasguño y que él llegaba a la cama a dormir, y a la mañana siguiente lo encontró muerto, el tipo se desangró de la borrachera y ella está ahorita pagándolo en la cárcel y todo por celos del hombre”.* Estas historias ejercen coerción sobre el cuerpo femenino, restringen su accionar en tanto que determinan específicamente uno de los castigos que recibirá aquella mujer que se atreva a trasgredir el pacto conyugal (Hernández, Pérez, 2007).

Dicho de otro modo, para la construcción identitaria hipermasculinizada que impera en los sectores dominantes en varios países latinoamericanos, no solamente la sexualidad masculina es concebida como ‘incontrolada’ e ‘impulsiva’ sino también sus celos y en este hecho se fundamenta que la mujer no pueda tener amigos, pues ella sabe que desde siempre ha tenido la vocación de madre y no podrá establecer un vínculo con los hombres más allá que con sus hijos. De allí la profunda privación de su sexualidad, de la misma manera ella internalizará la idea que dentro de su grupo de pares jamás podrá pertenecer una figura masculina (Fuller, 2001). En los imaginarios de los sectores populares la amistad entre un hombre y una mujer no es posible; la mujer es un objeto de posesión masculina y por lo tanto no podrán tener una relación de iguales. Por el contrario, no es mal visto que los hombres tengan amistades femeninas aún después de la unión conyugal, la mujer reservará su amistad solo a las de su mismo género y acortará lo más que pueda su círculo de amistades, en otras palabras, el matrimonio busca una esposa-madre con vocación de mártir y marido con vocación de libérrimo (Corrales, 2005).

En consecuencia, los celos servirán como pretexto para controlar, reprimir y castigar a la pareja en el momento en que ella llegase a establecer vínculos sociales u amistades con personas del sexo opuesto. La gran lección que Helena ha aprendido de las historias que ella ha visto o los casos que ella ha escuchado es que tener aunque sea un amigo hombre puede ser un motivo suficiente para

que su vida acabe en tragedia “*a mí me da miedo hablar con gente y hace unos días él –mi esposo- me prohibió la amistad con unos amigos, porque yo me veo mucho con ellos y a mí me gusta mucho la compañía de ellos, pero no. A veces me siento obligada a estar con Benjamín y me ha tocado poner distancia con los muchachos, yo no quiero tener problemas, o sea a mí me gusta tener amigos pero no. Él -Benjamín- siempre piensa que uno se va a meter a la cama con alguno de ellos*”.

Vale agregar que, si bien los hombres que incorporan una construcción hipermasculinizada del género no están en disposición de perdonar la infidelidad, las mujeres sí puesto que la sumisión femenina se funda en la convicción de que los hombres son inferiores moralmente a las mujeres quienes se encuentran protegidas por sus fuertes convicciones morales, así ellos se caracterizan por la pendencia, la obstinación y la incapacidad de contener sus impulsos sexuales y la mujer, dentro de su condición de mártir y cuyos valores han sido inspirados en María, se caracterizan por la infinita paciencia, la comprensión y la vocación al servicio y cuidado de los otros (Fuller 2001). Por esta razón las conductas machistas se siguen justificando con base al imperativo biológico, ‘porque así somos los hombres’. A su vez, muchas mujeres siguen explicándoles a sus hijas que es necesario seguir soportando a los hombres y perdonarles sus excesos o sus deslices ‘porque así son’ (Castañeda, 2002).

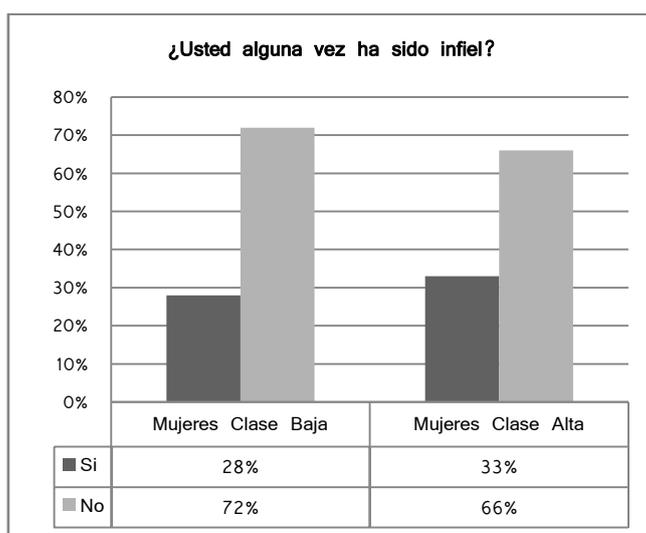
En este orden de ideas, la monogamia aparece, no como la forma más elevada del matrimonio, sino que inaugura la primera opresión de clases; la del género masculino sobre el femenino que ancla significados diferenciados para hombres y mujeres en relación a la infidelidad conyugal. La monogamia actual es una institución histórica que surgió del interés de concentrar la riqueza en las mismas manos –la de un hombre- y el deseo de transmitir esas riquezas por herencia a sus hijos y a los de nadie más, excluyendo a los de cualquier otro. Para este proyecto político es necesaria la fidelidad de la mujer pero no la del hombre; tanto es así, que la monogamia de ellas no ha sido del menor óbice para la poligamia descarada y oculta de ellos (Hernández, Pérez, 2007).

Todo proyecto político necesita una ideología que permita su reproducción y esta no es la excepción; los ideales antagónicos del marianismo-machismo son los engranajes que aceitan el aparato patriarcal: la infidelidad femenina se asocia con la ausencia de fortaleza y pureza de espíritu, así las mujeres que sucumben a la fuerza disruptiva y caótica del sexo en sus cuerpos están condenando sus hogares (Fuller, 2001), en palabras de Gilma, secretaria de 33 años perteneciente a los sectores medios-populares: “*siempre he creído que el hogar es sagrado, siempre pienso que cuando hay una infidelidad en el hogar es como invitar al diablo a la casa a que le vuelva a uno la vida mierda, entonces siempre como que tuve esa culpabilidad de haberlo hecho –salir con otro hombre- y eso que no fue ninguna aventura sexual*”. Por ende, la mujer que pierde la posibilidad de controlar su sexualidad condena a todo el grupo familiar a la ruina y lo deshonra en tanto que ella no logra restringir su sexualidad (Fuller, 2001).

Por otro lado, en los sectores dominantes la mujer se encuentra menos influenciada por los relatos anteriormente mencionados, tampoco está presente la amenaza latente de la muerte o la agresión física masculina, esencialmente porque en los sectores dominantes comulgan otras identidades masculinas que rechazan la violencia hacia la mujer, sin embargo vale resaltar que la construcción identitaria hipermasculinizada sigue vigente aunque en menor medida en los sectores dominantes. Así, a pesar de que las mujeres de los sectores marginales y los sectores dominantes mayoritariamente no practican la infidelidad, las mujeres de los sectores dominantes involucran argumentos diferentes. A grandes rasgos, el pacto conyugal es concebido como una forma de contrato social en donde la pareja se compromete mutuamente a cumplirlo como cualquier otro.

Carolina inversionista en Bienes Raíces de las clases dominantes no practica la infidelidad no porque le tenga miedo a la agresión física sino porque lo considera un compromiso adquirido: *“algo que si hay en mí es que yo nunca fui infiel, con más libre pensamiento que soy, de lo tranquila que soy de hacer las cosas sin sentir culpa, nunca fui de las que se acostó por un hombre ni por explorar. Y no por culpabilidad sino por mí misma. Por más intensa que fuera la atracción y por más cosas que me pasaran, de tensiones y contacto físico yo jamás llegué al punto de acostarme con una persona, no allá yo no llego, algo me bloqueaba algo me decía que no, para mí el compromiso es algo muy importante”*.

Sin embargo, estas condiciones solo pueden llevarse a buen término en un escenario en donde las relaciones de género tienden a simetrizarse, es decir, en donde la infidelidad masculina no es una institución social que prevalece como requisito indispensable para la adquisición de prestigio social. En otras palabras, en los sectores dominantes la infidelidad no es una imposición cultural y por tanto se puede garantizar las condiciones para el cumplimiento del pacto conyugal, mientras que en los sectores populares la ruptura del pacto conyugal es una condición necesaria que legitima la virilidad. Por lo tanto aunque la infidelidad está presente en los sectores dominantes debido a la influencia que el discurso hipermasculinizado sigue teniendo en estos sectores sociales no es una institución social en la medida que es reprochada tanto en hombres como mujeres. En la gráfica que se expone a continuación se ejemplifica lo que hemos mencionado anteriormente; como la infidelidad tiende a comportarse similar entre mujeres de clase baja y alta:

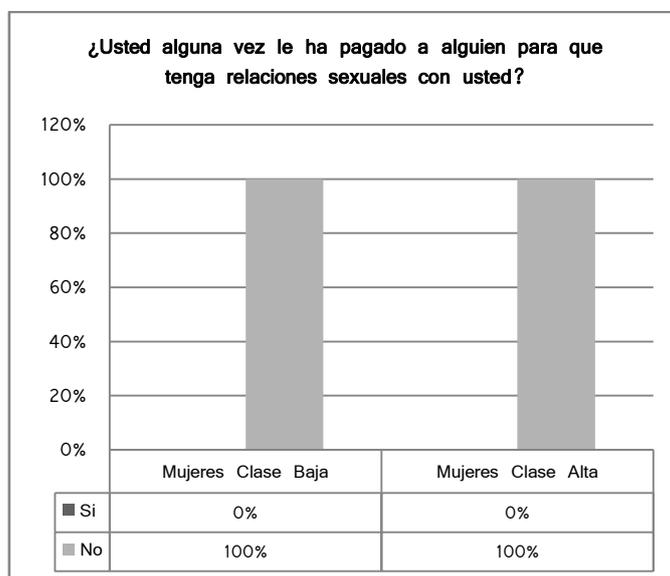


Gráfica 10: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez ha participado en una orgía? según clase social Alta y Baja en Mujeres.

Aunque del gráfico se pueda concluir que la infidelidad funciona del mismo modo dentro de las mujeres sin importar su clase social los discursos al respecto son profundamente diferentes; para las mujeres de los sectores populares la fidelidad es una imposición cultural frente a la amenaza constante de la muerte, el maltrato físico o el abandono mientras que para las mujeres de los sectores dominantes es parte de un compromiso en donde parte y parte (hombre y mujer) procuran mutuamente por igual de incorporarse dentro de la estructura monogámica.

Por otra parte, en relación a la prostitución, esta es una práctica que unánimemente las mujeres rechazan sin importar su condición social. Una explicación puede ser que, uno de los elementos constitutivos de la construcción de la femineidad es la belleza, desde la infancia se exalta la

importancia de la apariencia física en las mujeres quienes, como parte de su proceso de socialización, dedican enormes esfuerzos al cuidado corporal. El cuerpo representa por ello una de las principales fuentes de autoestima para las mujeres (Kogan, 1999), el cual trasciende cualquier condicionamiento de clase social. A continuación se expone gráficamente como las mujeres de los sectores dominantes y los sectores marginales restringen la prostitución unánimemente:



Gráfica 11: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez le ha pagado a alguien para que tenga relaciones sexuales con usted? según clase social Alta y Baja en Mujeres.

En este orden de ideas, al ser la masculinidad simbólicamente la sexualidad sin restricción esto implica que durante el transcurso de su vida la mujer será asediada por hombres quienes querrán acceder sexualmente a ella al menos que, no cumpla con unos estándares mínimos de belleza que la masculinidad requiere del cuerpo femenino; el hombre acepta encuentros sexuales salvo algunas excepciones y el aspecto físico juega un papel fundamental en el proceso de ‘descarte’ de dichas excepciones. En este sentido, el discurso femenino en relación a la prostitución enfatiza en que es humillante para una mujer tener que pagarle a una persona para que tenga relaciones sexuales con ella. En palabras de Gilma, “*no, todavía no he tenido la necesidad pero cuando la tenga sí, cuando esté vieja, fea y que no me levante nada, pues me busco a alguien para que me salve la vida. La gente que lo hace es porque no se puede levantar a nadie porque si uno está en pleno de sus facultades siempre hay hombre*”. En efecto, el mercado de la prostitución masculina no son las mujeres, sino otros hombres homosexuales o bisexuales. Adicional a esto en un estudio realizado sobre la prostitución masculina en Cuba se señaló que las mujeres mayores de 40 años también recurren a esta práctica (Methol-Ferré, 2006).

Así, no acceder a la prostitución es una cuestión de prestigio social dentro de la construcción identitaria femenina, pues pagarle a alguien para que tenga relaciones sexuales quebranta uno de los principios que conforma la feminidad: la construcción de un cuerpo que seduce y que resulta atractivo para los hombres, lo cual resulta ser una parte fundamental e indispensable dentro del ritual de la sexualidad desde la perspectiva masculina. En palabras de Tatiana, joven de 21 años y profesional de los sectores dominantes: “*no he tenido la necesidad—de recurrir a la prostitución—, porque para uno de niña es muy fácil, o sea llegas y dices, ‘hola ¿cómo estás?’ y alguno de los cuatro guevones que estaban en la misma mesa te para bolas. Yo creo que no lo haría —pagarle a un prostituto— porque a mí me gusta como que sea especial, si le pagas a alguien se pierde ‘la conquista’. Además fíjate que las primeras veces que uno lo hace con alguien es muy de conquista,*

de 'hola, mírame' y si tú compras sexo eso no lo puedes tener nunca, esa parte de mi ego y de seducción".

La dinámica de la seducción se fundamenta en la construcción artificial de signos con el objeto de 'simular' el deseo hacia el otro, dicho de otro modo, impostar un deseo que no es propio con aras de despertar el de un tercero; este es uno de los arquetipos de la femineidad. Dentro del ritual de la sexualidad quien seduce es la mujer y logra su propósito en tanto que se apropia con éxito de las prácticas simbólicas y los insumos culturales tales como el adorno y el maquillaje para despertar el deseo del hombre (Capasso, 2007). En este sentido, performar el cuerpo es uno de los mecanismos por medio de los cuales las mujeres ratifican su femineidad y por tanto, la belleza se convierte en una fuente inagotable de prestigio social para ellas. Por esta razón la práctica de la prostitución resulta ser denigrante desde la perspectiva femenina puesto que en dicho escenario la mujer es incapaz de ratificar su femineidad y poder de convencimiento ante los otros, que en muchos casos resulta ser una de las pocas vías abiertas con la cual las mujeres cuentan para adquirir poder en la sociedad. Por ello, la mujer que recurre a la prostitución se denigra al no ser lo suficientemente 'mujer' para seducir.

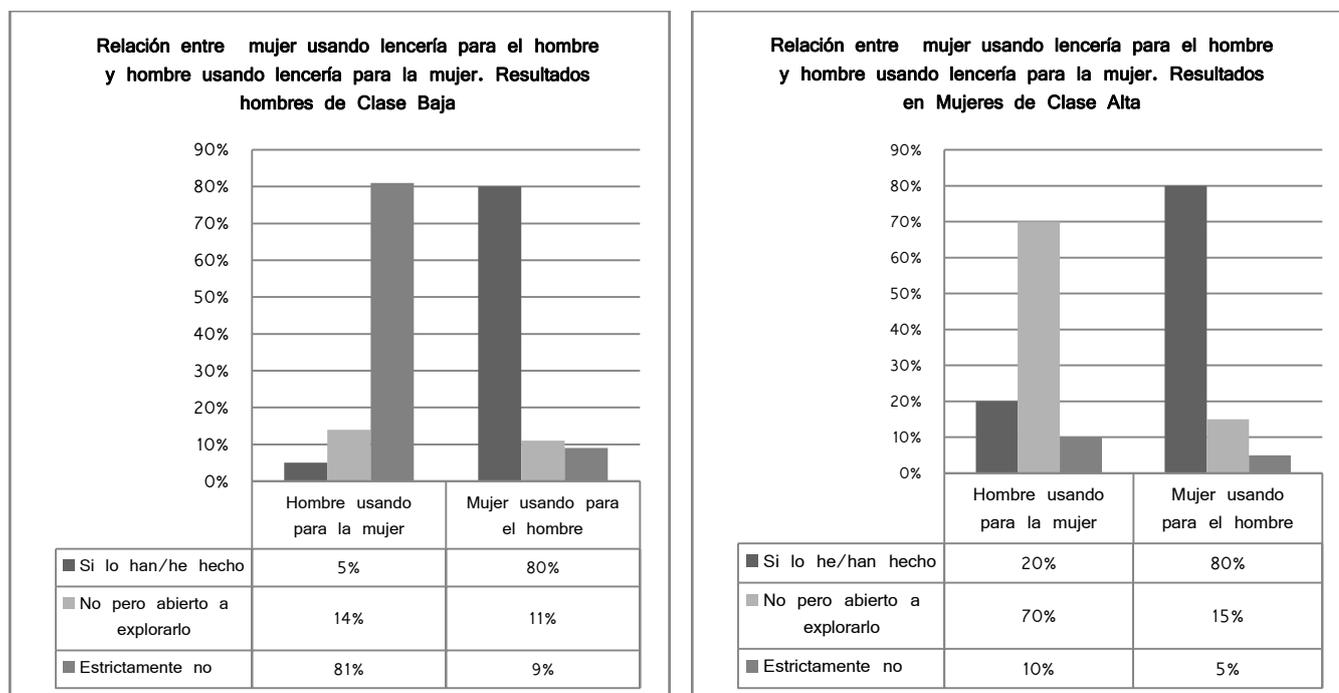
Vale subrayar que los significados que las mujeres incorporan en su cuerpo son artificiales en tanto que no son construcciones propias sino que pertenecen a una visión androcéntrica de la sexualidad, así, el marco de referencia de la sexualidad es un arquetipo único, el masculino, y es a partir de la imposición de este sentido que lo femenino termina por definirse a partir de lo masculino, en otras palabras, la sexualidad es solo una, una sola libido, la masculina. La sexualidad en occidente ha sido tradicionalmente una estructura fuerte, discriminante, centrada en el falo, la castración y la represión de las pulsiones femeninas (Capasso, 2007). El ego femenino así, se alimenta en la adulación masculina; nuevamente la mujer 'es', en tanto que su femineidad es rectificada por los hombres; ser 'mujer' está definido por lo que el deseo masculino requiere para su excitación y satisfacción (Mackinnon, 1886).

El uso de lencería o disfraces dentro del encuentro sexual, por ejemplo, son formas en las que se expresa la seducción, en este sentido, la seducción es poner el cuerpo femenino a disposición del hombre y por lo tanto es una práctica esencialmente femenina aunque como lo mencionamos en el capítulo anterior ha ido adquiriendo aceptación entre hombres de los sectores dominantes. Sin embargo la asimetría entre hombres y mujeres sigue siendo muy fuerte, pues dentro de la construcción identitaria femenina la seducción a través de lencería y disfraces son prácticas necesarias para identificarse a sí mismas como tales. Sin embargo, las prácticas de seducción, como se ha mencionado en el párrafo anterior, no se hacen por placer propio sino para satisfacer las necesidades masculinas. En palabras de Tatiana *"lo he hecho, más por que los hombre son 'oh se disfrazó' 'oh hizo tal cosa' más que por qué a mí se me haga interesante. Una vez me puse un corsé, o por ejemplo medias, porque a los hombres les encanta las medias veladas. Lo he hecho más por complacer a mi pareja, además porque es muy chévere verle la cara de idiota, o sea también ayuda para la autoestima"*.

Así, sentirse deseada, o dicho de otro modo, despertar el deseo masculino es uno de los atributos que están presentes en la construcción identitaria femenina. Jane agrega *"y eso uno les coquetea, se pone uno el panty, el hilo dental y se vuelven locos"*, del mismo modo Helena menciona *"una vez me vestí como policía y no me fue nada mal con Benjamín"* o en palabras de Diana *"había una malla que a él le encantaba"* En resumen el uso de disfraces o lencería es una práctica profundamente incorporada en los hábitos femeninos y su construcción identitaria, por lo tanto seducir al hombre se vuelve una práctica obligatoria dentro del modelo bidimensional del género en

donde los hombres tienen el control de los símbolos y por tanto incorporan sus valoraciones en los cuerpos femeninos.

En la gráfica que se expone a continuación se muestra que ésta práctica está fuertemente interiorizada en las identidades de género femenina de los sectores dominantes y los sectores populares, sin embargo a pesar que en los sectores populares existe una fuerte reticencia a aceptar ésta práctica esencialmente por los valores hipermasculinizados, en los sectores dominantes hay una tendencia a aceptar ésta práctica:



Gráfica 12: Disposición de mujeres de clase baja (izquierda) y mujeres de clase alta (derecha) en relación utilizar lencería para su pareja hombre y que él use lencería para ella.

A pesar de que el rol femenino de seducción está institucionalizado, es decir que los actores sociales están más familiarizados con que la mujer de utilice disfraces o lencería para despertar el deseo sexual masculino, vale resaltar que están las mujeres de los sectores dominantes están más abiertas a asumir el rol de receptoras dentro del juego de la seducción, mientras que en los sectores populares debido a la existencia de identidades masculinas verticales, es decir que no permiten ninguna ambigüedad de género ni la ruptura de la barrera masculino-femenino (Urrea, Quintín, 2001), existe una mayor reticencia por parte de las mujeres pertenecientes a éstos sectores sociales de asumir el rol de receptoras. Cuando Paola fue indagada acerca de si ella permitiría que un hombre le bailara eróticamente, su respuesta fue *“no a mi no me gusta, eso se ve muy ridículo en un hombre. Yo no sería buena mirándolo, yo sería buena bailando con él, jugando con él, que bailen con uno y no que bailen para uno”*.

A lo largo de éste apartado hemos explorado como ciertos hábitos sexuales tales como, el sexo casual, la infidelidad, la prostitución y el uso de disfraces como parte del encuentro sexual están profundamente intervenidos por convenciones culturales cuyo propósito es restringir la sexualidad femenina mientras que al mismo tiempo la pone al servicio del hombre. Esto ha sido consecuencia directa de un sistema de género profundamente asimétrico en relación a la distribución del poder y en donde la corporeidad femenina es propiedad masculina; los hombres determinan las prácticas sexuales que la mujer debe incorporar.

La sexualidad femenina es para 'los otros' y esta forma de identidad corporal se cultiva desde la infancia en donde la mujer aprende a ignorar sus potencialidades sexuales, es decir, a amputarse, a desprenderse de su placer en tanto que lo oculta y lo desconoce. Por otra parte la sobreprotección del grupo familiar sobre el cuerpo femenino también contribuye a crear una relación ambivalente entre sexo y feminidad, lo cual crea sentimientos de culpabilidad en relación al acceso sexual. Estos dos temas serán los ejes de análisis en los dos apartados siguientes del presente capítulo.

3. La amputación simbólica del clítoris: silencio y culpabilidad. Las actitudes femeninas en relación a la masturbación y al uso de juguetes sexuales.

Los procesos de socialización primaria de hombres y mujeres dentro del patriarcado están marcados con profundas asimetrías; en el capítulo de masculinidades se evidenció como los colectivos de exploración sexual masculinos en la infancia promueven el empoderamiento del placer de los hombres, esto en principio no significaría ningún problema si estos colectivos también fueran parte de la socialización femenina. Sin embargo dentro del sistema ambivalente de género la sexualidad masculina es un asunto público; los hombres socializan sus experiencias sexuales y discuten formas de maximizar su placer. Por otra parte, la sexualidad femenina desde la infancia es un asunto íntimo y anquilosado en las profundidades de la consciencia. Así el silencio se convierte en el dispositivo de poder más efectivo dentro del patriarcado puesto que lo innombrable no existe y, en consecuencia, el placer femenino no puede ser más que una arbitrariedad (Scott, 1985).

La ausencia de colectivos de exploración sexual femenina es una de los primeros límites simbólicos entre hombres y mujeres. En relación a esto, uno de los primeros precedentes empíricos en Latinoamérica fue la investigación realizada por Siegel en 1947 sobre las prácticas sexuales de jóvenes en Costa Rica en donde resalta que los varones discutían sobre la masturbación con bastante naturalidad mientras las jóvenes trataban el tema con vergüenza o en muchos casos se rehusaban a hablar al respecto; la totalidad de las mujeres negaron haberse masturbado (Hernández, 2008). De forma similar en la presente investigación las mujeres que fueron entrevistadas reconstruyen un discurso sobre la masturbación en donde prevalece el silencio y el tabú. En palabras de Jazzmin, secretaria de 35 años de sectores medio-populares *“no yo nunca escuché que mis amigas se masturbaran ¿Qué ellas me contaran que lo hacían? Nada, es más, de la masturbación en ese entonces cuando yo estaba en el colegio yo no sabía qué era eso, y con mis compañeras tampoco tuvimos esa experiencia para comentarlo, no nada”* al respecto Tatiana agrega *“cuando empecé a hablar más con niñas lo que pasaba es que yo les preguntaba mucho más directamente, acostumbrada a como hablaban los hombres, como yo hablaba con los hombres era normal que se hablara de sexo y mis amigas me decían ‘¿pero usted está loca? No hable de eso’ ‘no, no pero es que hay que mantener el respeto, yo no hago nada’ y todas decían frente a la masturbación ‘jajaja no yo no, eso es para hombres, eso es feo’ no sé qué. Yo me acuerdo que todas estaban súper rojas, pero nunca daban detalles. Las niñas nunca hablaban de eso”*.

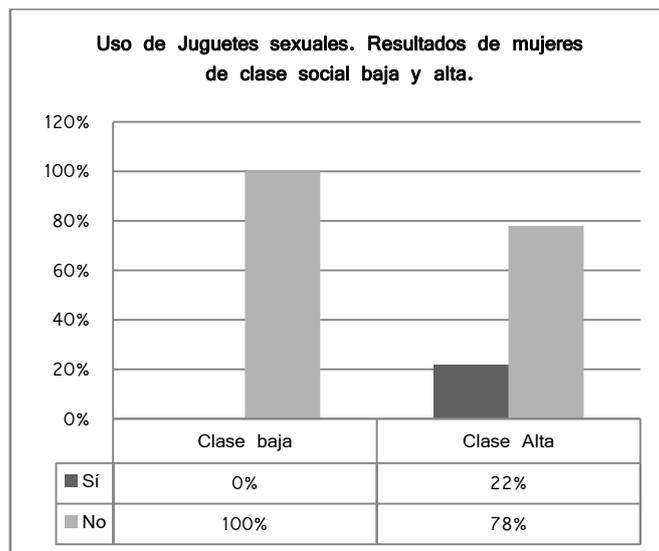
Dentro del esquema bidimensional de género, el silencio frente a los temas de sexualidad es una virtud para las mujeres; es indelicado y poco 'femenino' comunicar los pormenores de del propio cuerpo y el placer, en palabras de Gilma *“no conocí casos de compañeritas que se masturbaran ni tampoco se lo decía a nadie porque la intimidad es eso, intimidad y eso es muy de uno, uno no tiene por qué estar diciendo ‘hice esto... bla bla’ uno puede contar lo que pasó pero contar los pormenores me parece indelicado”*. La ausencia de colectivos de diálogo y exploración sexual dentro de la socialización femenina tiene efectos contraproducentes en el descubrimiento del placer sexual; ante la falta de orientación en relación al cuerpo las mujeres no logran identificar las experiencias que experimentan y tienden a reprimirlas al considerarlas perjudiciales para sí mismas. Históricamente en relación a las consecuencias psíquicas y físicas de la masturbación

femenina se ha construido toda una serie de instituciones de control que reprimen esta práctica, sucintado así sentimientos de culpa vinculados a ella, así, la masturbación ha ocasionado temores intensos de daño, de lesiones irreparables, de no ser normal como mujer, de no poderse casar ni tener hijos, en fin un sin-número de discursos que atemorizan cualquier exploración con el propio cuerpo (Horney, 1989).

De este modo el placer es desarticulado del cuerpo, rechazado y negado, la masturbación es un espacio común de culpabilidad y remordimiento, es una enfermedad que hay que erradicar. En palabras de Claudia, comunicadora social de 27 años de los sectores dominantes *“yo me sentía culpable de masturbarme porque yo pensaba que nadie más hacía eso. Yo no se lo comenté a nadie, sentía que estaba mal porque era una necesidad constante, o sea yo hasta pensaba... Si esto me lo castigan ¿cuántas veces va a ser el castigo? Porque es que eran muchas veces, yo realmente me masturbaba 5-6 veces al día y chiquita, muy chiquita yo tenía 9 años. Y yo me preguntaba ¿porqué nadie me cuenta esto? ¿Por qué nadie me contaba que se masturbaba? Ya después empecé a escuchar que los niños lo hacían entonces yo decía ¿pero entonces porqué las niñas no? ¡Nadie me decía que hacía eso! Yo sentía que se me había vuelto una adicción, que era algo malo, era algo muy muy malo. Yo le pregunté a muchas amigas muchas veces pero nada, me decían que no, nadie nunca me dijo que sí ni siquiera ya grande, pues claro, ¿entonces uno que siente si todo el mundo le dice que no? Que esto está mal, que estaba loca porque hacía eso entonces yo aprendí a decirle no a ‘eso’ -la masturbación-”.*

De este modo, a pesar que en América Latina y en general en occidente la circuncisión femenina es profundamente rechazada, esta actitud no significa que el cuerpo femenino no sea mutilado; el silencio es el bisturí que amputa simbólicamente el clítoris en nombre del patriarcado, el placer es exorcizado del cuerpo femenino en tanto que la mujer interpreta su placer sexual como una experiencia que la destruye así misma. Sin embargo el problema en sí no es la masturbación es el miedo que el silencio ha inoculado en cuerpo femenino, el mismo silencio que hace sentir a las mujeres que la masturbación es una práctica ‘rara y desviada’ para ellas, mientras que es ‘normal y aceptable’ para los hombres. Maribel mesera de 30 años de los sectores populares habla sobre la única vez en su vida que se masturbó *“esa vez yo me sentí bien pero ya al rato uno se empieza a preguntar ¿pero qué? ¿Qué me pasó? ¿Qué es esto? Fue una sola vez y ya. No lo volví a hacer porque en el momento me sentí bien pero ya después de que me pasaba el corrientazo yo me sentí mal, me sentí culpable yo me preguntaba ¿porqué estoy haciendo esto?”* Helena agrega, *“de pequeña si lo hice como tres veces y sentía vergüenza, sentía que estaba haciendo algo malo, pues en el momento sentía como un placercito rico pero ya cuando terminaba yo decía ‘uy no’ me lavaba con hartó jabón las manos, me bañaba, me sentía re-sucia por eso dejé de hacerlo”.*

La virtud femenina se refleja en su capacidad de contener sus instintos sexuales y renunciar a aquellas experiencias más tentadoras, dentro de la construcción identitaria femenina impuesta dentro del marianismo la mujer es mártir por excelencia; ella sufre, se sacrifica por los otros, pone el bien colectivo por encima de los sus propios deseos y por tanto, para la mujer, el camino hacia la virtud es la abnegación (Fuller, 2001). Así, la mujer no se toca ni se masturba, ni dispone de su cuerpo y mucho menos utiliza juguetes sexuales. En el gráfico expuesto a continuación se exponen los resultados en relación al uso de juguetes sexuales en las mujeres según la clase social:



Gráfica 13: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Usted alguna vez ha participado en una orgía? según clase social Alta y Baja en hombres.

Las diferencias entre mujeres de clase alta y baja no son realmente significativas y esto se debe a que los procesos de socialización femenina en la infancia y la adolescencia son transversales a la clase social, es decir, el silencio institucional frente al cuerpo y la masturbación son espacios comunes que identifican y unen a las mujeres de ambos sectores sociales.

La forma en que se ejerce el poder a evolucionado, ya no se ejerce de forma directa a través de un tercero sino que es incorporado en la consciencia y así es que finalmente las instituciones de control se han materializado en la intimidad (Foucault, 1876). Este acercamiento teórico es fundamental para entender los sentimientos de vergüenza y culpabilidad que experimentan las mujeres incluso cuando se encuentran solas. Las instituciones de control y de poder han invadido las habitaciones; la consciencia de estar constantemente vigilado ejerce coerción sobre los sujetos, sobretudo en su intimidad. Los espíritus de nuestros seres amados deambulan por las cornisas y escuchan nuestros pensamientos y gemidos de placer. En palabras de Anita *“la primera vez que me masturbé lloré mucho, me dio mucha tristeza ver lo que yo estaba haciendo. Pensaba que, como tío se murió, pensaba que él me había visto y que estaba mal hecho eso, que no lo debería hacer. Sí, me sentí muy culpable pues como eso lo hacen son los hombres. Y como pues dicen que cuando la gente se muere queda como el espíritu vagando por ahí entonces yo pensé que mi tío me vio y me daba pena”*, Paola secretaria de 24 años de los sectores medio-populares agrega *“yo nunca me masturbé pero si lo hubiera hecho habría sentido vergüenza porque como hasta la biblia dice que ‘aquel que ose en masturbarse la mano se le caerá’ algo así decía mi abuelita. Entonces yo sentía vergüenza conmigo misma porque dios me estaba mirando, o algo así”*.

En consecuencia, la mujer tiene que mantener tanto su cuerpo como su mente purificada ante la omnipresencia de dios y los espíritus de sus seres más queridos. Así, la honorabilidad femenina no solamente se expresa por sus acciones sino también por sus pensamientos y por esto tanto la masturbación como los malos pensamientos deben ser silenciados, lo cual solamente es posible a través de la cauterización simbólica del clítoris, es decir, desmembrar el clítoris como estructura significativa, desapareciéndolo del lenguaje y, a su vez, descomponiendo el placer que provee. Este sistema está tan incorporado en la consciencia y tan naturalizado en el cuerpo como lo está el lenguaje, la significación es un juego mental neo-cartesiano que genera posibilidades interpretativas; por lo tanto la carencia de significado social o de la posibilidad real alguna de

tenerlo disuelve la habilidad de criticar el carácter opresivo de la realidad (Mackinnon, 1987). Que los hombres puedan acceder a su propio cuerpo y que las mujeres deban fragmentar su placer es sin lugar a dudas uno de las formas más perversas de dominación dentro del sistema bidimensional de género, es perverso en tanto que es invisible y arraigado en formas inconscientes y aparentemente inofensivas de socialización (Bourdieu, 1998).

A pesar de que frecuentemente el placer se presenta como independiente a los procesos históricos y por lo tanto apolítico, nada podría estar más alejado de la realidad; el placer se mueve a través de elecciones sucesivas, que nunca son decididas de manera autónoma, ya que dichas elecciones le son impuestas al sujeto a través de las prescripciones sociales de un orden cultural, o sea, por la ley social (Lamas, 1995). Cuando se afirma que la mujer es pasiva y el hombre es activo sexualmente debido a la constitución biológica de los cuerpos se ignoran los procesos culturales que intervienen en la construcción social de los mismos. Este proceso de legitimación de las desigualdades de género en cuanto a las libertades y restricciones sexuales es lo que Bourdieu llama la *naturalización de lo social*, la masturbación femenina es un buen ejemplo de cómo la sexualidad femenina es objeto de restricciones y limitaciones culturales que solo hacen posible la experiencia sexual en tanto que esta satisface las necesidades masculinas.

Así como la cultura reprime el deseo sexual entre personas de una misma familia o personas del mismo sexo, también restringe el accionar sexual femenino autónomo, es decir, aquel que responde a sus propias necesidades de placer sin que éstas impliquen satisfacer al hombre: como consecuencia de la represión femenina impuesta por la cultura, la búsqueda del placer permanece oculto para las mujeres; ahogados en cuatro paredes de cal y silencio (Santos-Velázquez, 1995). Por ejemplo cuando a las mujeres de esta investigación se les indagó en relación a recibir sexo oral muchas de ellas manifestaron que se sentían incómodas en el rol de receptoras, en palabras de Helena *“a mi Héctor me decía que era algo muy íntimo y que a él le gustaba hacérmelo –sexo oral- pero yo me ponía colorada colorada colorada, me daba vergüenza, de pronto porque no estaba acostumbrada”*. Claudia Agrega *“con Juan, la última relación que tuve, él siempre quería proporcionármelo a mí todo –el placer- pero me sentía incómoda en ese rol, me sentía egoísta me sentía muy egoísta. Él me preguntaba ‘¿pero es que no te gusta?’ y yo le decía ‘es por eso mismo, me gusta tanto, es tan bueno que de pronto está mal’*.

La fragmentación del placer sexual femenino ha sido un tema poco explorado en los estudios de género, y el cual requiere un tratamiento especial en investigaciones posteriores. Desde esta perspectiva, el cuerpo femenino es fragmentado para posteriormente ponerlo al servicio del hombre, quien por el contrario tiene un acercamiento mucho más directo con su cuerpo y reconoce e identifica las partes que le proporcionan placer: en las mujeres no hay unanimidad en relación a este tema. Maribel habla en relación a sus gustos *“a mí me fascina que me cojan los senos o por lo menos la espalda, que me empiecen a acariciar la espalda, o sea es como mi parte débil”* Jazmín relata un encuentro sexual que encontró particularmente placentero *“él me besó la planta de los pies con una ternura, con un amor, eso es hermoso, que lo desvistan a uno suavemente, lentamente que lo besen de a poquito el cuerpo. El no me penetró rápido, como que primero me excitó, me besó toda, me miraba, yo lo miraba, duramos 3 horas haciendo el amor”* por su parte Diana considera que aunque no se llegue al orgasmo el acto sexual puede ser una experiencia profundamente placentera *“cuando digo que la pasé súper rico me refiero a que disfruto del contacto con la piel, de tocarse, de todo. Yo no pienso que el orgasmo es el fin último del sexo, me fascina verme y todo pero tiro feliz y rico así no me venga”*. El factor común en los relatos anteriormente presentados es que las mujeres no hacen alusiones explícitas a su placer sexual, dicho de otro modo, la consciencia del clítoris como una parte del cuerpo que interviene en el encuentro sexual es difusa y en muchos casos inexistentes, se prefiere hacer alusión a los pies, los

brazos, la espalda, el ombligo, es decir, a zonas periféricas del cuerpo que poco o nada intervienen en el placer inherentemente sexual.

Del proceso de socialización femenina se desprende la poca apropiación que las mujeres hacen de su cuerpo, del desconocimiento de su funcionamiento, de la incapacidad de romper el muro patriarcal activo-pasivo, pasivo en tanto que ‘no me toco’ ni ‘decido’ sobre mí (Corrales, 2005). En el éxtasis que produce sobre las mujeres el romanticismo se esconde un sistema que regula la sexualidad femenina y la restringe en tanto que el sexo es deseable si se produce en un contexto de espectacularidad metafísica –más allá de la corporeidad-. La hipersentimentalización del acto sexual ha sido un mecanismo de control de la sexualidad femenina sumamente efectivo.

El control del cuerpo y la sexualidad femenina pone al descubierto una de las grandes amenazas del sistema ideológico patriarcal: el orgasmo femenino, es decir, la sexualidad femenina puesta en escena y vivida en plena libertad. La historia de la tradición occidental en gran parte ha consistido en la incorporación de métodos de coerción efectivos impuestos por el patriarcado con el objeto de ahogar el placer sexual femenino, regularlo, domesticarlo, alienarlo para finalmente ponerlo al servicio de los deseos masculinos. Vale resaltar que este sistema cultural e ideológico ha sido heredado por un gran número de países latinoamericanos. En el siguiente apartado se profundizará en los dispositivos institucionales que promueve el patriarcado para hacer posible su proyecto político de alienación y posterior apropiación del cuerpo femenino.

3.1 La represión institucional en la socialización primaria femenina frente a la sexualidad. La sobreprotección familiar, la virginidad como un baluarte y la asimetría en la educación masculina y femenina.

El silencio en relación a los temas de sexualidad solamente se rompe para instruir a la niña en la estricta instrucción en cuanto a los usos legítimos de su cuerpo: las madres cultivan desde la infancia y adolescencia actitudes y códigos morales fundamentados en el valor simbólico que se le atribuye al cuerpo como templo de Dios, sin mácula, puro y limpio (Hernández, 2008). Las madres advierten a sus hijas sobre la incapacidad masculina de controlar sus impulsos sexuales, de ahí que sean ellas quienes deben rechazar cualquier contacto o proposición que provenga de los hombres. Desde esta perspectiva las mujeres crecen con la idea de que ‘allá afuera’ en las calles, donde prevalece el caos y el desorden, solo se puede encontrar el peligro. En palabras de Lina, estudiante universitaria de 23 años de los sectores dominantes: *“mi mamá desde chiquita como que me metió el trauma, no sé hasta qué punto sea un trauma pero ella me contaba ‘Lina María cuando yo tenía tu edad yo andaba en bus sola y una vez un tipo me mostró el pipí. ¡Tú no puedes dejarte hacer eso así de chiquita, apenas veas cosas así sal corriendo!’ Y yo quedé traumatizada”*. Helena agrega en relación a los valores que su madre le inculcó *“cuando yo me desarrollé mi mamá me empezó a decir que ahora iba a cambiar mi cuerpo, que los niños me iban a empezar a molestar. En ese entonces se hablaba mucho entre los papás de ‘la pruebita de amor’ entonces me dijo mi mamá que cuando elija un niño, que cuando él me pidiera la pruebita de amor entonces yo no le diera nada. Y mi mamá fue una persona que se conservó por mucho tiempo, se conservó para el papá de mi hermano mayor, entonces ella me protegió mucho de eso, o de que me hicieran daño, o de que algún niño me cogiera, me manoseara y yo siempre fui muy pudorosa”*.

Es por esto que es responsabilidad de los hombres de la familia salvaguardar la integridad y la inocencia de las mujeres que pertenecen a su núcleo familiar; la virtud y el honor son características exclusivas de las mujeres, a esto se debe que los hombres reclamen autoridad sobre sus esposas, hijas y hermanas y les exijan cualidades morales que no esperan de sí mismos (Fuller, 2001). Dicha diferenciación se verá reflejada en los hogares en donde los hijos varones tendrán privilegios, mientras que las hijas mujeres se verán envueltas en inagotables discusiones con sus

padres en cuanto a salir a la calle, asistir a reuniones sociales y fiestas. En palabras de Jazmín “yo no podía decir ‘me voy para una fiesta’ y eso que las fiestas en ese tiempo eran de día, o sea, eran por las tardes. Ellos tenían miedo de todo, de un embarazo, que diera con un mal hombre, con malas amistades, eso era lo que temía mi familia, además que mi familia es muy tradicionalista, o sea, de esas tías que son ‘si usted le demuestra ‘eso’ –el deseo- a un hombre, él se va a aprovechar de usted’ ‘hay que mantener la distancia’ ‘hay que hacerse respetar’”.

Sin embargo dicha sobreprotección masculina tiene un doble propósito; por una parte proteger pero también se encuentra fundamentada en la desconfianza que en el patriarcado se tiene sobre las mujeres en donde ‘la protección de la inocencia de la niña’ se convierte en una excusa para restringir su contacto con la calle y posteriormente con hombres (Fuller, 2001). En palabras de Carolina, “mi papa creía que nos íbamos a convertir en lo peor, mi hermana y yo o sea, a ese nivel de extremo que en el paseo de sexto de bachillerato la única forma en la que me dejó ir fue porque mi mamá y hermana armaron un viaje en paralelo para decir que ellas iban conmigo. Para nosotras ir a una fiesta de noche era un drama completo. Las mujeres eran lo peor para mi papá él creía que las mujeres eran prostitutas e iban a terminar con cualquier tipo, era un nivel de desconfianza con las mujeres terrible, había una materia en la universidad de agricultura en la que teníamos que ir a Cota y él siempre creía que yo me estaba yendo con hombres. Mi mamá tenía que estar con nosotros en la casa a las 5 de la tarde porque según mi papa, quién sabe qué estaba haciendo y le parecía que una mujer no tenía que estar por fuera de la casa a esa hora, no tenía nada que estar haciendo en la calle”.

Maribel, empleada de servicio de 30 años de los sectores populares agrega en relación a la sobreprotección por parte de su padre con ella y sus hermanas “el ritmo de mi papá con nosotros era que nosotros no podíamos dialogar con nadie, no podíamos de pronto hablar con un obrero o un trabajador porque él inmediatamente lo trataba a uno mal, si queríamos hacerlo tenía que ser ahí en la casa y siempre cuando mi papá no estuviera, por lo mismo, porque él por todo nos trataba mal y si no nos trataba mal nos pegaba”. Así, tanto en los sectores populares como en los sectores dominantes prevalecen los discursos acerca de la sobreprotección de los miembros masculinos de la familia sobre las libertades femeninas. Estas son formas de abuso dentro del patriarcado que permanecen ocultas debido a que en muchos casos es leída como preocupación y protección parental.

Todo del sistema de regulación de la sexualidad femenina contribuye a la institucionalización de la virginidad como virtud, si bien las mujeres de nuestra muestra por lo general no creen en la virginidad hasta el matrimonio sí creen que la primera vez de una mujer debe ser una experiencia única y especial; un criterio que prevalecerá durante el resto de su vida de la mujer incluso después de haber perdido la virginidad. Y contribuirá a la postergación de la iniciación de su vida sexual. En palabras de Diana “con ninguno de los hombres con los que me rumbeé en la universidad hubiese valido la pena tirar, para mí tiene que ser algo especial, una relación especial con eso que yo nunca creí en la virginidad hasta el matrimonio, o sea yo solamente quería que fuera especial”. Diana agrega en relación a alguna oportunidad en que no tuvo relaciones sexuales “o sea era también el tema de que yo no me quería acostar con alguien solo por tirar, él era un churro o sea súper atracción y todo pero yo no quería tirar. O sea yo no puedo decir que fue porque no había condiciones, él tenía su apartamento súper bonito en Londres pero yo no quería tirar así. Para mí tirar implicaba algo más, mucho más. Esos polvos que fueron de tirar por tirar fueron como tan insulsos”. La falsa creencia de que la virtud de una mujer es su virginidad, pertenecerle a un solo hombre o no haber sido tocado nunca son los más comunes atributos del machismo y la cultura patriarcal; es una institución inconsciente y unánimemente aceptada y que tiene como propósito restringir el contacto sexual femenino, por otro lado, los hombres no tienen la necesidad –ni el

deber, ni la responsabilidad- de abstenerse de los placeres de la carne, por el contrario, ellos tienden a acceder con mayor facilidad a los encuentros sexuales (Corrales, 2005).

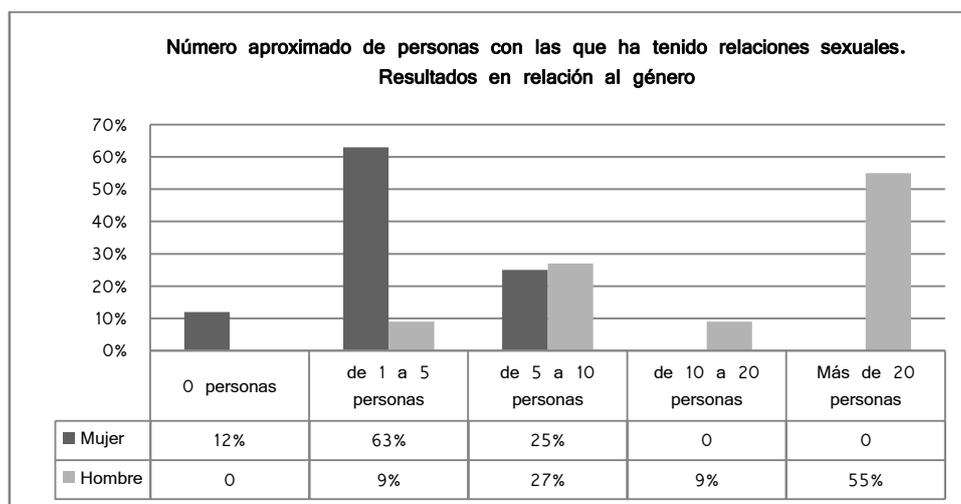
En principio la exaltación de la virginidad femenina no representaría ningún problema si no fuera porque en los hombres es inaceptable. Los valores sobre la virginidad no terminan cuando se pierde, perduran durante el transcurso de toda la vida; la mujer estará en la constante búsqueda de una relación sexual especial y trascendental, es decir, que vaya más de lo físico y preferiblemente con un solo hombre, o en su defecto, con la menor cantidad de hombres posibles. En este sentido la virginidad femenina forma parte de las instituciones que el patriarcado impone para legitimar el sistema bidimensional de género: el hombre podrá vivir su sexualidad en un estado de libertad autodestructivo y contraproducente mientras que la mujer es restringida por la instrucción de su madre, y la sobreprotección de los miembros de su familia quienes tendrán como propósito mantener limpia su integridad y alejarla de cualquier rumor que ponga en duda su reputación.

El hombre no necesita ser protegido y por tanto el sistema de género es desigual ya que las libertades masculinas prevalecen. En palabras de Carolina *“mi papá era el más machista, mi papá a mis hermanos les enseñó a manejar, nosotros teníamos una finca y se iba manejando con mi hermano desde los 13 años para que aprendiera y apenas pudo le empezó a regalar carro y les dejaba hacer lo que querían, mis hermanos rumbearon todo lo que quisieron en la vida y nunca les dijo nada, tuvieron todas las viejas que quisieron en la vida y nunca les dijo nada, las llevaban a la casa y se encontraba con ellas en el cuarto y nunca les dijo nada nada nada, en cambio para que nosotras, mi hermana y yo, pudiéramos salir a una fiesta eso era todo un drama”*, en el mismo sentido Lina agrega *“en mi casa somos dos hombres y una mujer, mis hermanos y yo. Mis hermanos van con las novias a la casa, cierran la puerta del cuarto y no les dicen nada pero vaya yo a arruncharme con mi novio... Ése es el problema más grande y en la casa de mi mejor amiga es así, en la de mi mejor amigo es así y en varias casas que conozco es así, mi mamá me dice ‘pero es que Lina María tu eres una señorita’”*.

La restricción de las libertades femeninas tiende a ser tan fuerte que en algunos casos la iniciación de la mujer en la vida sexual resulta ser problemática para ellas mismas, sin embargo, esta tendencia se impone más en los sectores populares. Anita relata la actitud ante su novio después de haber perdido su virginidad: *“yo le dejé de hablar a él una semana, la vergüenza no me dejaba, yo lo veía a él y me escondía, yo mejor dicho duré toda esa semana, mejor dicho, toda esa semana tampoco fui a estudiar porque yo decía ‘nooo ya todo el mundo sabe’ Yo tenía compañeras que no les daba pena y le contaban a uno, pero como yo fui tan terrible en el colegio yo fui de las que hice y deshice, entonces para mí era un orgullo decirle a mis compañeras que a pesar de que yo era tremenda y todo... Yo soy señorita, me daba orgullo”*, en la misma línea Jazmín relata el momento en que estaba perdiendo su virginidad, *“yo quedé ahí quieta estática en la cama, él me desvistió, me besaba ya después me penetró y marica yo sentí fue dolor, yo no le dije nada, me dio mucho pánico, me dio mucho miedo, yo empecé a llorar, a mí se me bajaban las lágrimas de pensar en mi mamá yo decía ‘dios mío defraudé a mi mamá’ o sea, yo pensaba en ese engaño que le había hecho a mi familia”*.

En síntesis, la educación es una forma sutil de promover la monogamia femenina mientras que al mismo tiempo se consolida el concubinato masculino. A través de la socialización la mujer incorpora el amor y la entrega al varón como el principal motor de su sexualidad. Estos valores y creencias que comienzan en la infancia y se reafirman a lo largo de la vida van asociando las cualidades femeninas a la docilidad, la abnegación, el sacrificio y la fidelidad (Hernández, 2008). Dicha conducta se ve reflejada en la tendencia generalizada de las mujeres pertenecientes a ambas clases sociales de restringir el número de parejas sexuales, mientras que los hombres tienden a

ampliario. En el gráfico que se expone a continuación se puede apreciar dicha relación asimétrica en relación al género:



Gráfica 15: Respuesta a la pregunta ‘¿cuál es el número aproximado de personas con la que usted ha tenido relaciones sexuales? Según género.

Así, dentro del sistema bidimensional del género un cuantioso número de parejas sexuales le otorga prestigio social al hombre, mientras que para la mujer una conducta similar imprimiría un estigma en su vida.

A pesar de que en ciertos grupos sociales la coerción física es desaprobada, esto no necesariamente refleja un cambio en los valores profundamente asimétricos del sistema bidimensional de género, más bien, refleja un cambio en la forma en que se ejerce el poder patriarcal sobre el cuerpo femenino (Castañeda, 2007). ¿Quién necesita la coerción física cuando se cuenta con dispositivos de poder mucho más sofisticados? Entre ellos, el sistema de valores y creencias culturales que tanto hombres y mujeres incorporan en relación a sus prácticas sexuales. Como lo hemos mencionado anteriormente la sexualidad femenina no solamente es restringida sino que también es puesta al servicio del hombre, así los valores del patriarcado construyen un repertorio de acción sexual femenino en donde prevalecen las necesidades eróticas masculinas sobre las propias.

4. Las prácticas sexuales femeninas: el placer para los otros. Opiniones de mujeres en relación al sexo anal y el uso de disfraces y/o lencería.

En los dos apartados anteriores exploramos como la mujer no es dueña de su cuerpo en tanto que no lo explora ni lo descubre en libertad sino más bien que su conducta sexual se encuentra supeditada a imposiciones culturales y silencios institucionales, sin embargo, de esto no se desprende que el cuerpo femenino sea un cuerpo sin dueño; le pertenece a la masculinidad hegemónica y a los usos legítimos que este sistema cultural le ha impuesto. Por tanto encontramos un cuerpo para los demás; *mujer-cuerpo-para-otros* en donde la expectativa de recibir placer subyace a la realidad de darlo (Corrales, 2005).

Trabajos feministas recientes, tanto interpretativos como empíricos sobre la pornografía avalan que dentro del sistema bidimensional de género el cuerpo femenino es poseído más no posee. En conjunto, las prácticas que se expresan en la pornografía son estructuradas y al mismo tiempo actualiza el poder distintivo de los hombres sobre las mujeres en la sociedad; el hecho de que

ciertas formas de pornografía que denigran la figura femenina sean permitidas lo confirma y lo amplía (Mackinnon, 1987). Del mismo modo, el hecho que las mujeres accedan a tener relaciones sexuales por encima de sus propios deseos bien sea por miedo a herir la susceptibilidad masculina o bajo la amenaza explícita de una infidelidad reafirma esta realidad (Mackinnon, 1987). En palabras de Lina *“a veces cuando hay problemas en la relación las cosas no fluyen muy bien y no me dan ganas –de tener relaciones sexuales- y uno tiene que ser un poco sutil porque ese tema es delicado y a veces toca –acceder-”*, Helena frente al mismo tema agrega *“mira hasta hace 15 días a mi me dolía la pierna derecha y me sentía incomoda yo le decía ‘no flaco, me duele mucho mi pierna’ y el insistía diciéndome ‘ay eso de ladito’ que-no-se-qué y me tocó hacerle así, eso es jarto, créeme es muy tensionante. Yo accedo cuando no tengo ganas porque yo sé que él se iría a buscar en la calle, eso sí no me gustaría porque él ya me fue infiel una vez y créeme que eso duele mucho”*.

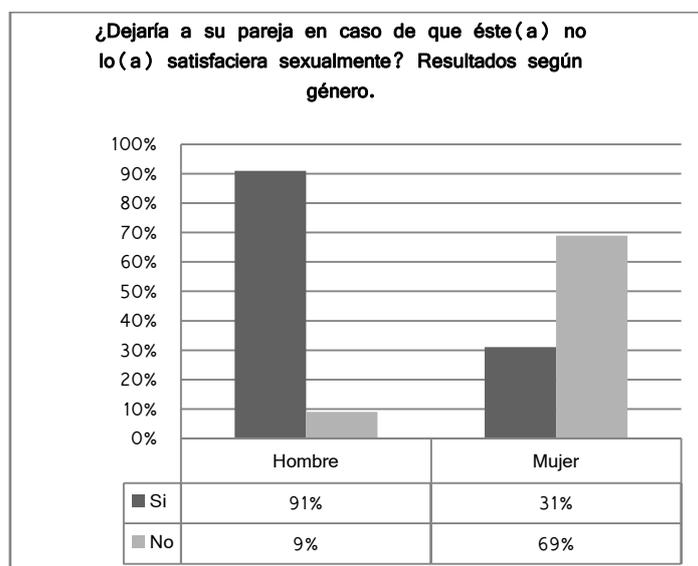
La mujer no solamente accede a tener relaciones sexuales por encima de sus propios deseos sino que también ajusta su repertorio de acción sexual para ser complacientes con su pareja pues, dentro del modelo hipermasculinizado del género el desempeño sexual de la mujer juega un papel indispensable para involucrarse en un compromiso posterior. Desde la perspectiva de Anita *“hay unos hombres que dicen que la mujer tiene que ser en la cama una puta, o sea, como la prostituta da de todo. Una mujer tiene que ser mejor dicho, uno no puede decir que le duele la cabeza, o que a uno le duele una pierna, que uno está cansado, nada... Tienen que aceptar todo eso, a la hora que el hombre quiera, donde él quiera, y hay mujeres que no son aptas para eso, como te dije, hay mujeres que dicen ‘ay no es que yo no fui criada así’ entonces no son capaces de hacer lo que ellos piden y el hombre se aburre, se va y se consigue en la calle alguien que se lo hace mejor que ella”*. Las mujeres enfrentan constantemente el miedo a ser abandonadas; es uno de los elementos identitarios fundamentales dentro del patriarcado para garantizar el sistema bidimensional de género y por lo tanto la mujer estará en la constante búsqueda de la auto-perfección sexual para mitigar el miedo de ser reemplazada por alguien más.

Así, el miedo es un elemento por excelencia constitutivo de la identidad femenina en tanto que se le impone institucionalmente la fragilidad y la vulnerabilidad como parte constitutiva de su ser, así la mujer performa su cuerpo utilizando y potencializando sus mejores atributos; la industria cosmética y quirúrgica ejemplifican éste fenómeno, pero también el repertorio de acción en tanto que la mujer está en la búsqueda constante de aprender a complacer sexualmente a su pareja. A su vez, los colectivos de discusión masculinos juegan un papel determinante dentro de la incorporación de dicha construcción identitaria; los hombres narran situaciones en las cuales han abandonado a su pareja por no ser sexualmente complaciente. En palabras de Maribel *“yo he ido a las reuniones con los compañeros de él –mi novio- y uno los escucha cuando ellos dicen ‘noo mano... Me comí una vieja y la dejé porque mal polvo’ comentarios entre ellos mismos, o por lo menos ‘nooo esa vieja que yo tenía se botaba en la cama y no hacía nada’ entonces uno lo que hace es parar oreja y yo pienso... Si eso es lo que dicen entre ellos entonces ¿Qué será lo que dirán de uno? Pues sí, uno escucha de que ‘noo que esa vieja es mala pal huevo’ ‘noo que esa vieja es grande acaba-chiros’ o sea, grande acaba-chiros es que se ven bonitas, buenas y hermosas pero que no sirven para la cama. Por lo menos uno escucha también los otros comentarios contrarios ‘esa chiquitica me salió tremenda, esa chiquita me bajaba –me hacía sexo oral- y yo hasta estrellitas veía’. Entonces me gustaría tener como terapias -sexuales- como para hacerlo uno mejor –el sexo- como para experimentar cosas que uno no ha experimentado”*.

Las mujeres interiorizan así un discurso en relación a la sexualidad en donde identifican al hombre como receptor, en otras palabras, lo que a las mujeres les gusta es equivalente a lo que el hombre ha impuesto en relación a lo que a ellas les tiene que gustar. En palabras de Mandarin *“hay mujeres que les gusta que les meta la lengua, que le haga por el ano, que le haga por detrás, que le*

haga por delante, que le meta el pene por el medio de los senos, cosas que a las mujeres les gusta. Hay mujeres que me han pedido que les haga de todo, que la pongan a chupar, que por medio de los senos, que por detrás, que por delante, hay mujeres que les gusta masturbar y que se lo echen a la boca y se lo coman”. En síntesis la sexualidad ha sido por lo general una construcción social en donde prevalecen los intereses masculinos y un sistema que reproduce las condiciones necesarias para su excitación, nuevamente la libido es solo una; la masculina en tanto que el coito responde únicamente a sus intereses (Fernández, 2006).

El hecho que para el hombre el sexo resulte ser profundamente importante mientras que por el contrario las mujeres tengan la libido menos ‘alborotada’ no es necesariamente resultado de procesos químicos u hormonales en el cuerpo; es un proceso social en donde el cuerpo femenino ha sido sometido a fuertes disciplinamientos y restricciones institucionales que la alienan de su placer. Dicho de otro modo la poca valoración que las mujeres le dan al sexo es un proceso político debido a que ha sido incorporado culturalmente a través de dispositivos de poder tales que en su conjunto hacen la vida femenina, no solamente concebible, sino también deseable si no están en la búsqueda constante del deleite sexual. La asimetría en relación a la importancia de la sexualidad según género se expresa en el gráfico expuesto a continuación; el sexo es sobrevalorado por los hombres y subestimado por las mujeres:

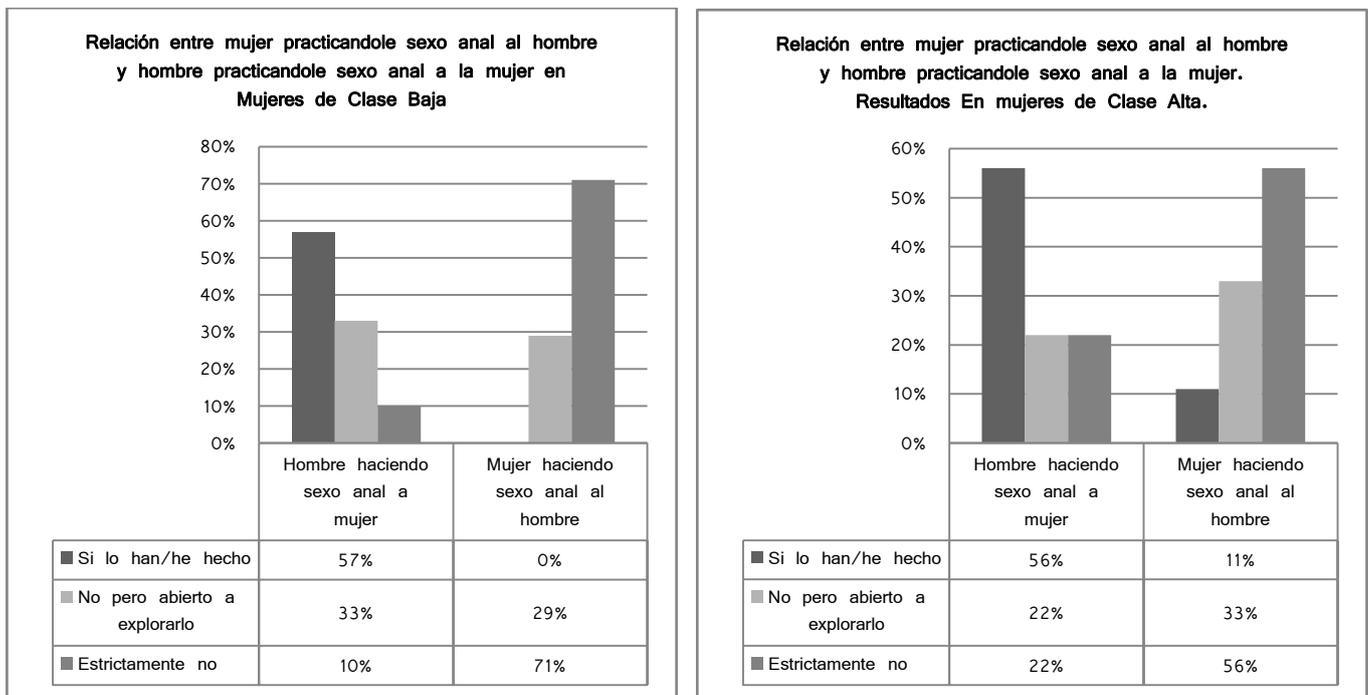


Gráfica 16: Resultados en porcentajes a la pregunta ¿Dejaría Usted a su pareja en caso de que éste(a) no lo(a) satisficiera sexualmente? según género.

La hipervalorización del sexo por parte de los varones tiene un impacto en las prácticas sexuales femeninas; el ideal de auto-perfeccionamiento que hemos mencionado anteriormente es alimentado del los imaginarios sociales de que el sexo tiene la particularidad de ‘amarrar’ o ‘retener’ al hombre, del mismo modo, de ‘garantizar’ la continuidad de la relación conyugal y fortalecer el compromiso. En palabras de Jazzmín *“mis tías decían que uno tenía que hacer sentir al hombre, mejor dicho, hacerlo ver maravillas para que al hombre a uno no se le fuera tan fácilmente, o sea, hay que hacerle bien el amor, hay que moverse, tener tácticas de cómo hacer el amor, por ejemplo, cuando uno está siendo penetrada hay una forma que es como si uno chupara y eso los hace sentir súper bien. Uno piensa que uno tiene que tener fuerza y flexibilidad en los brazos, en las piernas, en la cintura pero también hay que tener flexibilidad en la vagina”*. Diana en relación al mismo tema agrega *“yo decía, tengo que aprender a tirar, pues por aprender como todo en la vida, para disfrutarlo más. Pero algo que entendí mucho después es que yo pensaba ‘ay de pronto por acá, si*

me acuesto con él, se encarreta y se queda' o sea como de quedarnos saliendo entonces como que yo pensaba 'tiremos como para asegurar continuidad', yo creía que en la continuidad podría estar asociada con que uno tirara". Helena enfatiza en lo siguiente: "ponte a pensar, tú como mujer, llega tu novio o tu esposo y te busca sexualmente y tú te acuestas estilo 'vaca muerta' y 'hágale' o sea el hombre se mama. Sí, el sexo influye mucho, amarra mucho a un hombre por eso hay que hacerlo bien".

El sexo anal, por ejemplo, es un indicador de la permisividad femenina y la búsqueda constante de satisfacer los deseos eróticos masculinos. Esta práctica es parte de la experiencia sexual femenina en tanto que ella es la receptora, el sexo anal es construido tanto por hombre como mujeres como una demanda esencialmente masculina frente a la cual las mujeres ante la constante presión tienden a acceder (Fachel, Ondina; Fachel, Jandyrá, 1999). A continuación se expone el gráfico en donde se muestra la relación entre dar y recibir sexo anal en mujeres de clase baja y alta, la cual es coherente con lo que se expusieron también en las masculinidades; más de la mitad de las mujeres de ambos sectores sociales ya han sido receptoras del sexo anal, al mismo tiempo, más de la mitad está estrictamente cerrada a practicarle sexo anal a su pareja. Los roles sexuales en relación al sexo anal tanto en hombres como mujeres es; la mujer asume el rol pasivo de receptora mientras que el hombre asume el rol activo de 'dador' de sexo anal:



Gráfica 17: Disposición de hombres de clase baja (izquierda) y hombres de clase alta (derecha) en relación a inmobilizar a su pareja mujer y ser inmobilizados por ella.

En conclusión, dentro de los imaginarios femeninos sobre la masculinidad el hombre está en la búsqueda de una mujer dinámica, de mente abierta que esté dispuesta a explorar la sexualidad sin restricciones para la satisfacción de los deseos y las fantasías masculinas, mientras que al mismo tiempo está en la búsqueda de una mujer recatada que no explore autónomamente sus propias necesidades sexuales. Dicho de otro modo, para los hombres, la pareja sexual ideal es aquella que tiene iniciativa sexual, que disfruta del sexo, aquella que sabe cómo complacerlo, la que accede a lo que él quiere, la que corresponde a sus deseos sexuales, y finalmente, la que es 'comprensiva' con las necesidades sexuales masculinas (Fachel, 1999). En definitiva la mujer ideal es la que se

encuentra alineada su sexualidad autónoma y que incorpora las prácticas y roles sexuales que los hombres han consensuado que ellas deben desempeñar.

A lo largo de éste capítulo hemos discutido que dentro del modelo cultural patriarcal, el cual Colombia y gran parte de los países latinoamericanos han heredado, es el hombre quien construye y moldea el accionar femenino en la sexualidad. Dicha construcción responde a los intereses y las necesidades eróticas masculinas y por lo tanto se imponen expectativas sobre el deber *ser* de la sexualidad femenina. Sin embargo este proceso no es necesariamente deliberado, co-habita en los intereses inconscientes de hombres y mujeres que reproducen automáticamente su cultura y lo seguirán haciendo hasta que estas expresiones sutiles de dominación de género no salgan a la luz y sean visibilizadas y reconocidas por los mismos actores sociales que las reproducen.

Finalmente, vale la pena resaltar que a pesar de que las opiniones, actitudes y prácticas que las mujeres de los sectores populares y dominantes incorporan a su cotidianidad comparten mayoritariamente similitudes, en los sectores dominantes hay una muy ligera tendencia a distanciarse de la construcción hegemónica de la sexualidad femenina que hemos introducido a lo largo de éste capítulo. En los sectores dominantes está empezando a emerger, aunque lentamente, formas de empoderamiento sobre el placer en donde se enfatiza la importancia de aproximarse al reconocimiento del propio cuerpo. En palabras de Lina, *“la primera vez que me masturbé no sentí miedo, pero me sentía rara porque yo decía ‘¿qué es esto? ¿Qué es esta agua?’”. Lo veía como algo nuevo que estaba pasando en mí, yo sabía que era, o sea era algo extraño para mí pero yo sabía que era. O sea yo siempre he sido muy consciente de mi sexualidad con todos los cursos de pedagogía de mi mamá. Incluso cuando era chiquita, como a los 10 años, le descubrí un dildo a mi mamá y yo le pregunté a mi mamá ‘¿mami qué es esto?’ y ella me dijo ‘mamita es un vibrador, es un pipí de mentiras con el que yo me doy placer cuando tu papito no está’. Entonces a mí no me parece que tenga algo de malo, me parece más interesante experimentar. Yo me conozco muy bien, yo conozco muy bien mi anatomía, mi cuerpo y la masturbación es clave para eso porque tú sabes dónde son tus puntos. Hay un punto que es el punto G, que en mi caso, es como una clase de membrana que es más rugosa, más carrasposa, o sea no es lisita, sino áspera, por decirlo así. Entonces según la posición, según el tamaño y según como entre se estimula más o menos ése punto”*.

Estos procesos de reconocimiento del cuerpo y el placer se están empezando a incorporar en los sectores dominantes, sin embargo, las mujeres de los sectores populares también están empezando a cuestionar los preceptos que el sistema ideológico patriarcal les impone, del mismo modo, las mujeres están adquiriendo cada vez más consciencia de la doble moralidad sexual que las somete. En palabras de Anita, *“hay algunas mujeres que se someten a ese solo hombre, a ese solo placer, dicen que por su educación ellas no lo pueden hacer –ser infiel o acceder a sexo casual-, mejor dicho, para ellas es primordial estar con un solo hombre y dejan que él salga con cuántas él quiera más ellas no pueden hacer lo mismo. Pero tenemos otras que no, que decimos que noo, que si ellos pueden ¿porqué yo no? No metemos con el cuento de la liberación femenina. Siempre cuando uno hace algo es malo, pero entonces cuando el hombre hace lo mismo la gente dice ‘ahh pero es que al hombre no se le ve mal’ O sea todo lo que hacemos la mujeres para las personas es malo. Pero si el hombre es infiel, la gente dice ‘ay no pero es que él es hombre, no se le ve mal’ pero si la mujer sí es infiel de una le tiran a uno”*. En la misma línea Jane agrega, *“el hombre no es culo-loco siempre es la mujer la que se tiene que cuidar y el hombre no porque el hombre siempre cae parado como el gato ¿tú sabes que es parado como el gato? Un ejemplo, parado como el gato es que él siempre queda bien pero la mujer siempre queda mal”*.

En relación a la construcción de nuevas formas alternativas de identidad femenina, se debe resaltar también el surgimiento de identidades masculinas alternas, especialmente en los sectores dominantes, que cuestionan los preceptos más inquisidores del patriarcado y las cuales reconocen cada vez más el placer femenino como un elemento constitutivo de ambas identidades de género. Del mismo modo, no se puede desconocer las transformaciones que durante la última década Colombia está teniendo en materia de acceso a nuevos medios de información y más específicamente en materia de acceso a internet. Vale agregar que desde el último decenio han empezado a surgir iniciativas visuales que cuestionan la visión unidimensional del erotismo y proveen una perspectiva femenina de la sexualidad, como es el caso del *porno femenino*, en donde las escenas de dominación-sumisión son significativamente suavizadas, enfatizando así sobre el placer femenino y los medios para alcanzarlo; este nuevo lenguaje de la pornografía podría jugar un papel fundamental en la apropiación del cuerpo y la sexualidad por parte de las mujeres (Figari, 2008). En fin, ha habido una serie de dinámicas sociales que en los próximos años podría traer transformaciones interesantes en relación a las identidades de género y las prácticas sexuales en las que se expresan.

CAPITULO IV

Conclusiones

1. Aciertos y desaciertos del modelo aditivo de poder en relación a las prácticas sexuales.

Como lo expusimos en la introducción el *modelo aditivo* de poder en relación a las prácticas sexuales se construyó con base a un cúmulo de estudios que esencialmente proponen una escala de poder en donde los hombres blancos de los sectores dominantes están ubicados en la cúspide mientras que las mujeres negras de clase baja se encuentran en la base. Así los individuos que ocupan los escalones de poder más altos tenderán a incorporar una mayor variedad de prácticas sexuales en comparación con aquellos quienes se encuentran ubicados en la base (Raymond, Renslow, 1980; Browning, Kessler, Hatfield, Choo, 1999; Gonzales, Rolison, 2005).

Como se puede apreciar en los capítulos II y III, gran parte de las hipótesis que propone el *modelo aditivo* son cuestionadas en relación con nuestra muestra; por una parte, los hombres de los sectores marginales son quienes en su conjunto incorporan una mayor variedad de prácticas sexuales en comparación con los varones de las clases altas. Por otra parte, las mujeres de los sectores populares y los sectores dominantes incorporan conductas sexuales similares, mientras que el modelo aditivo sugiere que las mujeres de los sectores dominantes deberían incorporar una mayor variedad de prácticas sexuales en comparación con sus homologas de los sectores menos favorecidos.

Así, a pesar que el modelo aditivo proporciona un marco interpretativo interesante resulta ser más apropiada la perspectiva de interseccionalidad en tanto que las prácticas sexuales no son genéricas e indiferenciadas sino que algunas están determinadas por la clase social y otras por el género. Dentro de las prácticas condicionadas por la clase social se encuentran los piropos, las orgías y la infidelidad; estas prácticas son restringidas por los hombres de los sectores dominantes mientras que son ampliamente reconocidas y legitimadas por aquellos que pertenecen a los sectores socialmente excluidos.

Por otro lado, dentro de las prácticas sexuales restringidas por el género se encuentra, por ejemplo, la masturbación, práctica que está presente en los discursos de la mayoría de hombres de cualquier condición social representada en nuestra muestra, al mismo tiempo esta práctica se encuentra ausente en los discursos de las mujeres. Del mismo modo ocurre con el uso de disfraces y lencería, la cual está presente en las mujeres de cualquier condición social y ausente en los hombres –aunque está empezando a adquirir legitimidad dentro de un pequeño grupo de hombres de las clases altas-. Así, el poder no es un cúmulo de fuerzas que se adhieren y se expresan en la variedad de prácticas sexuales que el individuo incorpora en su vida erótica sino que cada práctica sexual tiene especificidades; algunas son legitimadas por un grupo y rechazadas por otro en relación a las identidades particulares de clase social y género, las cuales en muchos casos se intersecan.

Sin embargo, lo anterior no significa que las prácticas sexuales sean aleatorias y no sigan patrones, para el caso de nuestra muestra sería más apropiado decir que dichos patrones no se organizan sobre la base del modelo aditivo, es decir a mayor poder, no necesariamente el individuo incorpora una mayor variedad de prácticas sexuales.

En relación a la interseccionalidad vale agregar que, la identidad de género femenina, expresada en los procesos de socialización en relación al cuerpo femenino y las prácticas sexuales, desvanece las fronteras de clase social. Esto se expresa en que las mujeres de los sectores dominantes y las clases populares comparten estereotipos, imaginarios e ideas similares en relación a sus prácticas

sexuales. Por el contrario, en el proceso de socialización masculino la condición socioeconómica tiende a acentuar más profundamente las diferencias entre los varones pertenecientes a clase sociales antagónicas en relación a sus prácticas sexuales. Dicho de otro modo, la clase social no se manifiesta significativamente sobre la construcción de las prácticas sexuales femeninas, mientras que esta se impone con contundencia sobre los discursos masculinos en relación a su sexualidad. Así, la clase no se expresa del mismo modo en relación al género e, igualmente, el género no tiene los mismos efectos según la clase social, por lo tanto la intersección de ambas categorías de análisis no necesariamente es lineal ni aditiva.

2. Las consecuencias perversas del sistema bidimensional de género.

El sistema bidimensional de género se sostiene sobre las bases de una doble moral sexual; impone el rol 'activo' en los hombres y 'pasivo' en las mujeres. Dicho sistema no permite ambigüedades, y cualquier intento de invertir dicho orden va acompañado de fuertes sanciones sociales, lo cual, resulta ser pernicioso para los actores sociales que lo incorporan.

Así, el sistema bidimensional de género es un sistema perverso sobre el cual se organiza socialmente las prácticas sexuales, para el caso de nuestra muestra hemos identificado tres formas en las que se expresan sus consecuencias perniciosas; en primer lugar tanto hombres y mujeres acceden a tener encuentros sexuales por encima de sus propios deseos. En segundo lugar, la alienación sexual del placer femenino ha sido un mecanismo de dominación patriarcal que ha permanecido en casi total anonimato dentro de la literatura en ciencias sociales, lo cual ha contribuido a su reproducción. Y finalmente, los estereotipos sociales de 'activo' 'pasivo' han construido los imaginarios sobre la violencia sexual que en muchos casos deja a muchos hombres que son víctimas de dichos abusos en situación de vulnerabilidad. A continuación profundizaremos en estos tres aspectos.

2.1 El acceso a prácticas sexuales por encima de los propios deseos.

La construcción identitaria hipermasculinizada le impone al hombre incorporar prácticas sexuales por encima de sus propios deseos. En este sentido el hombre no construye una sexualidad autónoma; sus prácticas son el resultado de la imposición que otros hombres hacen de su propio cuerpo. En este sentido, ante la necesidad constante de probar su hombría el hombre accede a encuentros sexuales con prostitutas, a estar constantemente legitimando su heterosexualidad a través de piropos, a demostrar que su mujer está sometida a él en tanto que él rompe el pacto conyugal sin recibir ninguna penalidad por ello etc. Dicho de otro modo, el hombre es más género que individuo en tanto que no hace su voluntad; es aplastado por las fuerzas avasallantes de su virilidad.

Por otra parte las mujeres de ambos sectores sociales acceden a tener relaciones sexuales con sus parejas debido a la importancia que la sociedad le atribuye a la relación indisociable sexo-masculinidad. Las mujeres de los sectores populares temen que sus parejas las abandonen por no acceder sexualmente a sus demandas, o que salgan a la calle a 'buscar lo que no encuentran en la casa', de esto se desprende que ellas están en la búsqueda constante del auto perfeccionamiento sexual. Por otra parte las mujeres en los sectores dominantes acceden ante el temor de herir la susceptibilidad de sus parejas.

2.2 La alienación del placer sexual femenino.

Gran parte del tercer capítulo de esta investigación se destinó a visibilizar los procesos institucionales que contribuyen a la amputación simbólica del placer. El cuerpo femenino y particularmente el placer ha sido parte de un proceso político que ha culminado en una forma particular de sexualidad en la cual, la mujer no solo niega sus propias necesidades eróticas sino que además, pone su cuerpo al servicio del erotismo masculino. Vale resaltar que la alienación del placer sexual femenino es un tema que necesita mayor protagonismo dentro de los estudios en ciencias sociales; es un indicador de desigualdad social tan importante como cualquier otro. Es importante desarticular la maquinaria del poder patriarcal para entender las formas más sutiles en que se expresa y así contrarrestar los efectos de su reproducción.

2.3 masculino/activo y femenino/pasivo: Los imaginarios en relación a la violencia sexual.

La construcción del cuerpo femenino como ‘pasivo’, es decir que no toma la iniciativa ni responde a sus propias necesidades sexuales y del cuerpo masculino como ‘activo’, que está en la búsqueda constante del placer, ha tenido un impacto sobre los imaginarios en relación a la agresión sexual; el hombre por lo general es el agresor y las mujeres y los niños son sus víctimas. Dichos imaginarios han dificultado la identificación de otras formas de abuso sexual que los hombres enfrentan y que permanecen en absoluta impunidad incluso para ellos mismos.

El hombre al cual se le impone ser sexualmente activo enfrenta la dificultad de no saber cuando está siendo objeto de abuso sexual debido a que su construcción identitaria de género le impone acceder a cuantos encuentros sexuales le sea posible. En el segundo capítulo se enfatizó en como los hombres acceden a encuentros sexuales por encima de sus propios deseos, pero para concluir queremos enfatizar en las historias de abuso sexual –las cuales no incluimos en el capítulo dos para no desviar la atención en la reflexión central-. Sin embargo, no quisiéramos hacer omisión de ellas puesto que es un tema que requiere mayor profundidad en próximas investigaciones, del mismo modo requiere atención en el diseño de políticas públicas que propenda a la protección y el bienestar de los hombres.

Esta es la historia de Benjamín: *“cuando tenía 13 años, llegó una señora al barrio, ella era joven tenía como 22 años y llegó diciendo como ‘ay es que mi hijo no tiene amigos, venga se lo presento’ (...) El niño era bien inocente pero lo que no sabía es que la mamá era bien dañada, entonces ella me preguntó ‘¿este usted tiene novia?’ y yo le dije ‘sí, ella vive al frente’ y entonces llegó y me dijo ‘¿sí? Y ¿usted que hace con su novia?’ y yo le respondí ‘no, pues besitos’ y ella me preguntó así literalmente ‘¿usted le ha besado las téticas?’ Yo le dije ‘noo, pero sí he tocado’ y ella me preguntó que si yo quería tocarle y besarle las téticas. Y bueno ahí empezaron las vainas pero entonces yo era el promotor de decirle a mis amigos ‘mire lo que me pasa, con esa vieja hacemos esto y esto y esto y esto’ y yo era como el de hacerme notar ante mis amigos, de lo que hacíamos, de lo que experimentábamos. (...) Un día me dijo ella ‘quítese la ropa’ y yo pues ‘bueno’ entonces sí, tuvimos sexo y llegó el punto en que a mí me empezó a gustar pero ya ahora en este momento yo pienso que eso fue una violación porque ella nunca optó por preguntar, iba al hecho pero nunca preguntó por sentimientos; nunca hubo un afecto real solamente el hecho, pero también era por contarle a mis amigos ‘uy hermano vea yo hice esto ¿usted sí conoce el cuatro? Sí lo hice’ o ‘esta vieja me lo chupó’”.*

Los hombres que son objeto de abuso sexual tienen sentimientos ambivalentes en relación a sus experiencias; por una parte pueden alardear ante sus amigos pero por otra se sienten usados. Incluso aquellos hombres que identifican que fueron abusados sexualmente permanecen en silencio pues, su condición de ser ‘el que busca’ ‘el que es activo’ ‘el que hace’ lo pone en una situación vulnerabilidad ante la mujer, quien por lo general es ‘pasiva’ y por tanto la víctima de los abusos

masculinos. Como ocurrió en el caso de Alejo: *“eso fue como a los 13 años con la hermana de mi mamá, o sea mi tía. Ella era la misma persona que me bañaba, me vestía y me llevaba al colegio. Ella fue la que me buscó a mí, en ese tiempo yo era muy acomplexado. Me pedía que la besara, que le cogiera los senos, la vagina... Todo eso. Ella tenía como 18 años, a mí me daba como miedo porque yo no entendía y yo nunca dije nada porque si uno no le hacía las cosas le pegaba a uno. Le pegaba a uno con lo que encontrara y me decía ‘si usted le dice algo a su mamá yo le digo que es que usted el que me está obligando a hacer eso’ entonces ¿uno iba a decir?”*.

Dicho de otro modo, el sistema bidimensional de género construye el papel de víctima y victimario basándose en los roles sexuales pasivo-activo. Así dentro del lenguaje y la significación no existe la violadora, e incluso el hombre ‘abusado sexualmente’ es una idea ridiculizada. Esto deja sin protección a un sinnúmero de hombres que a diario no saben cómo interpretar los abusos de los cuales son objeto.

3. La asimetría entre dar y recibir.

Finalmente, se puede concluir que existen profundas asimetrías en cuanto a ‘dar’ y ‘recibir’ en relación a la clase social y el género. En primer lugar, la identidad de género femenina, que permanece relativamente invariable dentro de la clase alta y baja en nuestra muestra, es esencialmente dócil y complaciente y por tanto las prácticas sexuales femeninas tienden a responder a las necesidades sexuales masculinas, de ahí que ellas estén en mayor disposición de ‘dar’ que de ‘recibir’.

La asimetría es también coherente en relación a las masculinidades, los hombres en general tienden a asumir más el rol de receptor de placer que de dador, sin embargo en las clases altas dicha asimetría es menor; está empezando a emerger una forma particular de identidad masculina que cuestiona los valores hipermasculinizados y en donde los hombres están empezando a adquirir consciencia en relación a las necesidades sexuales femeninas. De lo anterior se desprende que la brecha entre dar y recibir en los sectores dominantes sea más angosta en comparación con los sectores socialmente excluidos.

4. Cambios y transformaciones sociales de las identidades de género masculinas y femeninas.

Durante el capítulo II y III hemos ilustrado como durante la última década han empezado a emerger identidades de género que oponen resistencia a las perspectivas tradicionales de la sexualidad; este proceso ha ocurrido esencialmente en los sectores dominantes sin embargo en los sectores populares también ha habido iniciativas significativas. Un pequeño grupo de mujeres han empezado a reconocer las expresiones placenteras que sus cuerpos posibilitan en vez de silenciarlas o invisibilizarlas, lo cual ha contribuido al empoderamiento de su placer sexual. Por otra parte, la construcción identitaria masculina alterna, ha constituido una forma de resistencia ante los preceptos más exigentes de la identidad hipersexualizada, la cual le impone a los hombres ser sexualmente activo y no rechazar cualquier invitación sexual. Así, tanto hombres como mujeres han empezado a prevalecer sus propios deseos por encima de los preceptos culturales impuestos por su identidad de género.

REFERENCIAS

- Andrade, Xavier. "Introducción masculinidades en el Ecuador: contexto y particularidades". En *Masculinidades en Ecuador*. Xavier Andrade y Gioconda Herrera, compiladores. Quito: FLACSO Editorial, 2001, pp 139-155.
- Alsop, Rachel. Fitzsimons, Annette. Lennon, Kathleen. *Theorizing Gender*. Cambridge: Polity Press, 2002.
- Berger, Peter; Luckmann, Thomas. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación Masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.
- Bogaert García, Huberto. "La Paranoia y los Crímenes Pasionales". En *Ciencia y Sociedad*, Vol. XXXIII, Núm. 2, abril-junio, 2008, pp. 223-236.
- Browning, James. Kessler, Debra. Hatfield, Elaine. Choo, Patricia. "Power, Gender, and Sexual Behaviour". En *The Journal of Sex Research*, Vol.36, No. 4 (Nov., 1999), pp. 342-347.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Capasso, María Angella. "Baudrillard y la Seducción". En *Revista de Teoría, Epistemología, Comunicación y Política*, Número 1, Caracas, Octubre 2007 – Marzo 2007.
- Castellanos, Gabriela. "¿Existe la mujer? Género, Lenguaje y Cultura. En *Género e Identidad: Ensayos Sobre lo Femenino y lo Masculino*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara viveros Vigoya. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores, 1995, pp 39 – 59.
- Castañeda, Marina. *El Machismo Invisible*. México D.F: Editorial Taurus, 2002.
- Corrales, Amira. "Sexualidad femenina: De la restricción a la apropiación" en la página web de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México. Sobre el segundo congreso sobre sexualidad: <http://www.uaeh.edu.mx/campus/icsa/aap/congresos/segundo>.
- Fachel, Ondina; Fachel, Jandyra. "Cultura reproductiva y sexualidad en el Sur de Brasil". En *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Mara Viveros Vigoya Gloria Garay Ariza. Bogotá: Universidad Nacional Ediciones, 1999, pp 142-164.
- Fedelich, Mónica Alicia. "La sexualidad en la Cárcel: Una Mirada Diferente". En *Revista Pensamiento Penal*. 26 agosto 2006.
- Fernández, Ana María. "Poder y autonomía: violencias y discriminaciones de género". *Consultoría a cargo de la agencia Laín Entralgo para la Consejería de Sanidad y Consumo de la Comunidad de Madrid*. Madrid, 2006.
- Fernández, Ana María. "Sexualidad Femenina. La Pasividad Femenina: Una Cuestión Política. En *Revista Zona Erógena*. Número 16, 1993.
- Figuroa, Mark. "Male Privileging and Male 'Academic Underperformance' in Jamaica". En *Interrogating Caribbean Masculinities: Theoretical and Empirical Analyses*. Kingston: University and the West Indies Press, pp 137-166.

Figari, Carlos Eduardo. "Placeres a la Carta: Consumo de Pornografía y Constitución de Géneros". En Revista La Ventana, número 27, México, 2008.

Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

Fuller, Norma. "Identidad masculina en el Perú urbano". En *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. Mara Viveros Vigoya, José Olavarría y Norma Fuller. Bogotá: Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional Ediciones, 2001, pp 265-371.

Fuller, Norma. "En torno a la polaridad marianismo-machismo". En *Género e Identidad: Ensayos Sobre lo Femenino y lo Masculino*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara viveros Vigoya. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores, 1995, pp 241-262.

García Sainz, Cristina. "Género y Clase Social: Treinta Años Después". En apuntes sobre Congreso de Femeinidades, Granada, España Diciembre 2009.

Gonzales, Alicia. Rolison, Gary. "Social Opression and Attitudes toward Sexual Practices". En *Journal of Black Studies*, Vol. 35, No. 6 (Jul., 2005), pp. 715-729.

Hernández, Luisa. "El Imaginario de la Sexualidad y la Representación de Género en Puerto Rico, 1950 – 2000". En Revista de Ciencias Sociales, Número 19, 2008, pp 128 – 149.

Hill-Collins, Patricia. "Toward a New vision: Race, Class, and Gender as Categories of Analysis and Connection". En *Social Class and Stratification: Classic Statements and Theoretical Debate*. Edited by Rhonda Levine. USA: Rowman and Little Field Publishers, 2006.

Hoffman, Kelly. Centeno, Miguel Ángel. "The Lopsided Continent: Inequality in Latin America". En *Annual Review of Sociology*, Vol. 29 (2003), pp. 363-390.

Holloway, John. Clase: Lucha. *Antagonismo Social y Marxismo Crítico*. Buenos Aires: Herramienta, 2004.

Kaufman, Michael. "Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres". En *Género e Identidad: Ensayos Sobre lo Femenino y lo Masculino*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara viveros Vigoya. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores, 1995, pp 123-146.

Kogan, Luida. "Los Estudios Sobre los Sectores Socioeconómicos Altos de Lima". En "Relaciones de Género en las Familias de los Sectores Altos de Lima". Pontificia Universidad Católica de Perú. Debates en Sociología, Número 23-24, 1999.

Lamas, Marta. "Cuerpo e Identidad". En *Género e Identidad: Ensayos Sobre lo Femenino y lo Masculino*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara viveros Vigoya. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores, 1995. -81

Lee-Bartky, Sandra. "Foucault, Femininity, and the Modernization of Patriarchal Power". En *Feminism and Foucault: Paths of Resistance*. Lee Quinby and Irene Diamond. USA: Northeastern University Press, 1988, pp 61-86.

Mackinnon, Catherine. "Sexuality". En *Toward a Feminist Theory of the State*. USA: Harvard University Press, 1987.

Maffesoli, Michel. De la Orgía: Una Aproximación Sociológica. Madrid: Editorial Ariel, S. A.

Ordoñez-Charpentier, Angélica. “La mujer astronauta. Aproximaciones a la masculinidad, el cuerpo y la enfermedad”. En *Masculinidades en Ecuador*. Xavier Andrade y Gioconda Herrera, compiladores. Quito: FLACSO Editorial, 2001, pp 139-155.

Ortega-Alegría, Idsa; Rivera-Medina, Eduardo. “Género, poder, vida cotidiana y masculinidades”. En *CENTRO Journal*, Vol. XVII, Número 2, 2005.

Portes, Alejandro. Hoffman, Kelly. “La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal”. En *Desarrollo Económico*, Vol. 43, No. 171 (Oct. - Dec., 2003), pp. 355-387.

Raymond, Eve. Renslow, Donald. “An Exploratory Analysis of Private Sexual Behaviors Among College Students: Some Implications for a Theory of Class Differences in Sexual Behavior”. En *Journal of Social Behavior and Personality*, No. 8, (1980), pp. 97-105.

Santos, Santos Velásquez. “Deseo, Ley e Identidad: Una Mirada Psicoanalítica Sobre Las Diferencias de Género. En *Género e Identidad: Ensayos Sobre lo Femenino y lo Masculino*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara viveros Vigoya. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores, 1995, pp 83 – 100.

Spataro, Carolina. “Las Jóvenes y la Música Romántica: Reflexiones en Torno a las Narrativas, el Consumo y las Identidades de Género”. En *Primer Encuentro Sobre Medios de Comunicación e Industrias Culturales*, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Scott, Joan. “El género: Una Categoría Útil Para el Análisis Histórico. En *Sexualidad, Género y Roles Sexuales*. Compilado por Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

Urrea Giraldo, Fernando; Quintín Quílez, Pedro. *Subjetividades masculinas en jóvenes de clases subalternas urbanas*. En proceso de publicación. Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, 2001.

Viñuela, Laura. Rodríguez, Gloria. “Amor y Patriarcado en Alejandro Sanz”. En *Discursos Sobre la Música Popular, el Género y la Etnicidad*. Colectivo Interdisciplinar *Dig me Out* financiado por el Centro Artístico Arteleku, País Vasco, 2009.

Vitale, Luís. “Aportes Para una Teoría de la Opresión y Protagonismo de la Mujer Latinoamericana”. En *La Mitad Invisible de la Historia Latinoamericana: El Protagonismo Social de la Mujer*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1987.

Viveros, Mara. *De quebradores a cumplidores*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional Ediciones, 2002.

ANEXO 1: FICHA SOBRE CONTEXTO SOCIAL

	Ultimo nivel de estudio cursado	Primaria	Bachillerato	Técnico	Universitario	Maestría
	¿Lo terminó?	Si	No			
	¿A qué se dedica actualmente?					
	Número de personas a cargo					
2	Sexo	Femenino	Masculino			
3	Edad					
4	Situación Sentimental actual	Sin pareja	Relación Abierta	Noviazgo	Unión Libre	Casado/a
5	Actualmente ¿usted depende económicamente de su pareja?	No	Sí, parcialmente	Sí, totalmente		
6	Número aproximado de personas con las cuales usted haya tenido relaciones sentimentales					
7	¿Cuánto tiempo duró su relación más larga?					
8	Ocupación principal de su padre					
	último nivel de estudio cursado	Primaria	Bachillerato	Técnico	Universitario	Maestría
	¿Lo terminó?	Si	No			
9	Ocupación principal de su madre					
	último nivel de estudio cursado	Primaria	Bachillerato	Técnico	Universitario	Maestría
	¿Lo terminó?	Si	No			
10	¿Clase social a la que considera que pertenece?	baja	medio-baja	media	medio-alta	alta

¿Cuánto son los ingresos mensuales de su hogar?

¿qué estrato es la vivienda en la que actualmente vives?

ANEXO 2: ENCUESTA SOBRE PRÁCTICAS SEXUALES

I. PRÁCTICAS SEXUALES EN PAREJA:

A continuación usted encontrará 9 prácticas sexuales y dos columnas: "Columna 1: lo que mi pareja me hace" y "columna 2: lo que yo le hago a mi pareja", cada columna expresa 3 afirmaciones. Señale con una X en cada columna la afirmación que mejor se ajuste a su experiencia en relación a cada práctica sexual.

Tipo de práctica sexual	Columna 1: lo que mi pareja me hace	Columna 2: lo que yo le hago a mi pareja
1. Estimulación oral de zonas erógenas - Sexo Oral.	Mi pareja me ha practicado sexo oral	Yo le he practicado sexo oral a mi pareja
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que lo hiciera.	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de practicarle sexo oral.
	Mi pareja no me ha practicado sexo oral, y no estaría abierto/a a la posibilidad en un futuro.	Yo no le he practicado sexo oral a mi pareja y no estaría dispuesto/a a hacerlo
2. Estimulación manual de zonas erógenas - Masturbación	Mi pareja me ha masturbado	Yo he masturbado a mi pareja
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que lo hiciera.	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de hacerlo.
	Mi pareja no me ha masturbado, y no estaría abierto/a a la posibilidad en un futuro.	Yo no he masturbado a mi pareja y no estoy abierto a la posibilidad de hacerlo tampoco.
3. Ataduras como parte de la experiencia sexual	Mi pareja me ha atado	Yo he atado a mi pareja
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que mi pareja me atara	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de atar a mi pareja.
	Mi pareja no me ha atado y yo no estaría abierto/a a la posibilidad de que lo hiciera.	Yo no he atado a mi pareja y no estaría abierto/a a la posibilidad de hacerlo

4. Empleo de miel, chocolate, leche condensada, halls, líquidos o comida en general como parte de la experiencia sexual	Mi pareja ha probado miel, chocolate o comida sobre mí.		Yo he probado miel, chocolate o comida sobre el cuerpo de mi pareja	
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que mi pareja probara miel, chocolate o comida sobre mí.		No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de probar comida sobre el cuerpo de mi pareja.	
	Mi pareja no ha probado miel, chocolate o comida sobre mí y tampoco estoy abierto/a a la posibilidad de que mi pareja coma sobre mí.		No he probado miel, chocolate o comida sobre mi pareja y tampoco estaría en la disposición de hacerlo.	
5. Uso de disfraces como parte de la práctica sexual	Mi pareja se ha disfrazado para mí.		Yo me he disfrazado para mi pareja	
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que mi pareja se disfrazara para mí.		No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de disfrazarme para mi pareja.	
	Mi pareja no se ha disfrazado para mí y tampoco estaría abierto/a a la posibilidad de que mi pareja lo hiciera.		No me he disfrazado para mi pareja y tampoco estaría abierto/a a la posibilidad de hacerlo.	
6. Castigos como parte de la experiencia sexual	Mi pareja me ha castigado o nalgueado		Yo he castigado o nalgueado a mi pareja	
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de dejarme nalguear o castigar por mi pareja.		No, però estaría abierto/a a la posibilidad de castigar o nalguear a mi pareja	
	Mi pareja no me ha nalgueado o castigado y tampoco estaría abierto/a a la posibilidad de acceder a que mi pareja lo hiciera en un futuro.		No he castigado ni nalgueado a mi pareja y tampoco estaría en la disposición de hacerlo en un futuro.	
7. Sexo anal	Mi pareja me ha hecho sexo anal o, en caso de yo ser hombre, mi pareja me ha introducido sus dedos en mi ano.		Yo le he practicado sexo anal o, en caso de yo ser mujer, le he introducido los dedos en el ano a mi pareja.	
	No, pero estaría abierto/a a la posibilidad de que mi pareja me haga sexo anal o, en caso de yo ser hombre, estaría dispuesto a que mi pareja me introduzca sus dedos en mi ano.		No, pero estaría dispuesto/a a practicar sexo anal o, en caso de yo ser mujer, a introducirle mis dedos en el ano de mi pareja.	
	Mi pareja no me ha practicado sexo anal o, en caso de yo ser hombre, mi pareja no ha introducido sus dedos en mi ano y tampoco permitiría que ocurriera.		No le he practicado sexo anal a mi pareja o (en caso de yo ser mujer) no le he introducido los dedos en el ano a mi pareja y tampoco estoy en la disposición de hacerlo en un futuro.	
8. Orinar como parte de la experiencia sexual	Mi pareja ha orinado sobre mí		Yo he defecado u orinado sobre mi pareja.	
	Mi pareja no ha orinado sobre mí pero estaría abierto a la posibilidad de que mi pareja orinara sobre mí alguna vez.		No he orinado sobre mi pareja pero estaría abierto/a a la posibilidad de hacerlo alguna vez.	
	Mi pareja no ha orinado sobre mí y no estoy abierto/a a que lo permitiría que lo hiciera alguna vez.		No he orinado sobre mi pareja y nunca lo haría.	

9. Defecar como parte de la experiencia sexual	Mi pareja ha defecado sobre mi pareja		Yo he defecado sobre mi pareja.	
	Mi pareja no ha defecado sobre mí pero estaría abierto a la posibilidad de que mi pareja orinara sobre mi alguna vez.		No he defecado sobre mi pareja pero estaría abierto/a a la posibilidad de hacerlo alguna vez.	
	Mi pareja no ha defecado sobre mi y no estoy abierto/a a que lo permitiría que lo hiciera alguna vez.		No he defecado sobre mi pareja y nunca lo haría.	

II. PREGUNTAS TIPO SI/NO:

A continuación le aparecerán 11 preguntas, responda Si o No según corresponda a su experiencia personal.

1. Si Usted no tuviera novio/a ¿Usted aceptaría un encuentro sexual causal con un desconocido?	Si		No	
2. ¿Usted le ha sido infiel a su pareja alguna vez?	Si		No	
3. ¿Usted estaría abierto a tener un encuentro sexual con una persona de su mismo sexo?	Si		No	
4. ¿Usted alguna vez ha ido a un <i>sex-shop</i> o a una tienda especializada en productos sexuales?	Si		No	
5. ¿Alguna vez usted le ha 'lanzado' un piropo a alguien en la calle?	Si		No	
6. ¿Usted ha dejado o dejaría a su pareja en caso de que ésta persona no le satisficiera en la cama?	Si		No	
7. ¿Usted le ha pagado alguna vez a alguien para que tenga relaciones sexuales con usted?	Si		No	
8. ¿Usted alguna vez ha utilizado juguetes o ayudas sexuales?	Si		No	
9. ¿Usted alguna vez ha participado en un trío o en una orgía?	Si		No	
10. ¿Alguna voz ha mantenido relaciones amorosas con dos o más personas al tiempo?	Si		No	
11. ¿Usted ha continuado o continuaría con su pareja después de que ésta le haya sido infiel?	Si		No	

12. ¿Usted alguna vez ha fingido un orgasmo? O ¿Ha realizado sonidos que sugieren que usted está sintiendo placer cuando aún no había alcanzado el punto culmen -el orgasmo-?	Si		No	
---	----	--	----	--

*IV. A continuación se le presentará una lista de **prácticas sexuales y situaciones hipotéticas**, marque con una X aquella o aquellas prácticas de la lista (puede seleccionar más de una) que **usted personalmente** considere que es **REPROBABLE O QUE ESTÉ MAL**.*

X	Práctica sexual
	Una persona leyendo relatos eróticos o historias sexuales.
	Un hombre viendo pornografía.
	Una pareja teniendo sexo oral.
	Una mujer besando a otra mujer.
	Una persona masturbándose.
	Una mujer acudiendo a un prostituto.
	Amarrarse, ser atado o esposado a la cama como parte de una relación sexual.
	Una mujer disfrazándose para su pareja dentro del encuentro sexual.
	Castigos como parte de la experiencia sexual
	Usar juguetes sexuales como parte de la experiencia sexual.
	Tres o más personas teniendo un encuentro sexual.
	Encuentros sexuales extramaritales o por fuera del noviazgo. Infidelidad
	Un hombre practicándole sexo anal a su pareja mujer.
	Hombre besando a otro hombre.
	Una mujer viendo pornografía.
	Tener relaciones sexuales mientras la pareja duerme.
	Una mujer teniendo relaciones sexuales con otra mujer.
	Tener relaciones sexuales sin contar con la aprobación de la otra persona
	Orinar o ser orinado como parte de la experiencia sexual
	Un hombre teniendo relaciones sexuales con otro hombre.
	Defecar como parte de la experiencia sexual.
	Usar chocolate, crema batida, cerveza, arequipe, miel o comida en general como parte de la experiencia sexual.
	Frotar el pene en medio de los senos de la mujer.
	Una mujer penetrando a un hombre con un pene de plástico.
	sexo con animales
	Una mujer masturbándose en vivo a través de internet.
	sexo con niños
	Un hombre acudiendo a una prostituta.
	Introducir juguetes en el ano del hombre.
	Una persona adulta teniendo relaciones sexuales con una persona de 13 a 16 años.
	Esposar o amarrar a la pareja en la cama como parte de un juego sexual
	Darle latigazos a la pareja como parte de un juego sexual.
	Una pareja teniendo relaciones sexuales en un baño público.

	Una pareja teniendo relaciones sexuales en un parque público.
	Un hombre masturbándose en vivo a través de internet.

III. A continuación le aparecerán 8 preguntas, seleccione la opción que mejor se ajuste a su realidad.

1. ¿Qué tan frecuentemente usted piensa en sexo?	Todos los días	3-4 Veces por semana	1 vez a la semana	Casi nunca	Nunca
2. ¿Qué tan frecuentemente usted se masturba?	Todos los días	3-4 Veces por semana	1 vez a la semana	Casi nunca	Nunca
3. ¿Qué tan frecuentemente usted consume pornografía?	Todos los días	3-4 Veces por semana	1 vez a la semana	Casi nunca	Nunca
4. ¿Qué tan frecuentemente usted tiene relaciones sexuales?	Todos los días	3-4 Veces por semana	1 vez a la semana	Casi nunca	Nunca
5. Usted siente atracción sexual por:	Estrictamente por los hombres	Estrictamente por las mujeres	Fuerte por los hombres y ligeramente por las mujeres	Fuerte por las mujeres y ligeramente por los hombres	
6. Si usted estuviera abierto a la posibilidad de participar en un trío con su pareja. A usted le gustaría que el tercer integrante fuera del sexo:	Un hombre	Una mujer			
7. En comparación con su pareja ¿Quién por lo general pone más excusas para no tener relaciones sexuales?	Yo	Mi pareja			
8. En comparación con su pareja ¿quién por lo general toma la iniciativa para tener relaciones sexuales?	Yo	Mi Pareja			